
Crónicas de Carnaval

Crónicas escritas durante los
talleres de Periodismo Cultural
organizados por la CAF y la FNPI.
Carnavales de Barranquilla 2004 y 2006.
Dirigidos por Héctor Feliciano



nuevo
periodismo
FUNDACIÓN NUEVO PERIODISMO IBEROAMERICANO

Crónicas de Carnaval

Depósito legal: If 74320040702370

ISBN: 980-12-0876-7

Taller de periodismo cultural 2004, 17 a 20 de febrero de 2004.

Taller de periodismo cultural 2006, 16 a 23 de febrero de 2006.

Editor: Héctor Feliciano

Editor de fotografía: Gonzalo Martínez

Coordinación y producción editorial:

Unidad de Comunicaciones y Publicaciones

de la CAF y la FNPI

publicaciones@caf.com

editorial@fnpi.org

Diseño gráfico: Pedro Mancilla

Fotografía de portada: Gonzalo Martínez

Impreso en: Norma Color

Caracas, Venezuela – noviembre de 2006

Las ideas y planteamientos contenidos

en esta edición son de exclusiva responsabilidad

de sus autores y no comprometen la posición oficial

de la CAF ni de la FNPI.

© Corporación Andina de Fomento (CAF)

© Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI)

La versión digital de este libro se encuentra en:

www.caf.com/publicaciones

www.fnpi.org

A modo de presentación

Jaime Abello Banfi

Director Ejecutivo de la
Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano

Desde que fue inventada, la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) ha mantenido estrechos vínculos con Barranquilla. Fue en esta ciudad, en una noche de brisas de diciembre de 1993, donde Gabriel García Márquez, su esposa Mercedes y yo, junto con algunos amigos, empezamos a hablar en serio sobre su idea de hacer unos talleres para periodistas. La charla sabrosa de aquella buena cena daría lugar a la preparación de un proyecto y, menos de un año después, a la creación en Cartagena de Indias de esta organización, que busca contribuir a la formación y el desarrollo profesional de los periodistas y a la búsqueda de la calidad periodística en los medios iberoamericanos. No es de extrañar que el primer taller de reportaje impartido personalmente por García Márquez en el marco de las actividades de su fundación, se hubiera celebrado a mediados de 1995 en la bella casona del barrio El Prado perteneciente al diario *El Herald* de Barranquilla.

Las fechas móviles en que se hace cada año el Carnaval de Barranquilla han estado desde siempre marcadas en la programación de la FNPI. A lo largo de los años, decenas de reporteros y editores de todos países de América Latina han conocido y disfrutado el Carnaval al terminar, o antes de comenzar, un taller de periodismo en Cartagena o en la propia Barranquilla.

A partir de la declaratoria del Carnaval de Barranquilla como Obra Maestra del Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad en 2003, los equipos de trabajo conjunto de la FNPI y una aliada formidable, como es la Corporación Andina de Fomento (CAF), nos dimos cuenta de que se presentaba una oportunidad magnífica para organizar unos talleres muy serios de periodismo cultural y narrativo, tomando como campo de experimentación y práctica el escenario inigualable de fiesta y cultura populares que la Unesco recomienda que el mundo conozca y proteja como parte de la herencia común. En las calles de la ciudad en carnaval se encuentra una riqueza singular y única de tradiciones folclóricas, libertades expresivas, pequeños y grandes negocios, espectáculos y estéticas inusitadas, lecciones de humanismo, tensiones y distensiones políticas y sociales, en fin, historias de toda clase que merecen la atención del nuevo periodismo.

Vale la pena recordar las palabras del presidente de la junta directiva de la FNPI, Gabriel García Márquez, cuando expresó, en un mensaje enviado en mayo de 2003 a los directivos y evaluadores de la Unesco, para apoyar la postulación del Carnaval de Barranquilla: “El Carnaval de Barranquilla es la manifestación folclórica y festiva de la cultura popular del Caribe colombiano, la misma que alimenta mis imágenes y mi literatura... Sus raíces tradicionales provienen de las comunidades campesinas, indígenas y afro-americanas diseminadas por la región, en una afortunada fusión con la matriz europea de la fiesta traída por los colonizadores españoles. En un país

afectado por la violencia este carnaval es un espacio excepcional de convivencia pacífica, tolerancia y diversidad cultural”.

El primer taller se realizó en 2004 y el segundo en 2006, en el marco de la serie Encuentros de Periodismo CAF+FNPI, bajo la conducción experta y entusiasta de Héctor Feliciano, maestro de la Fundación, periodista puertorriqueño con amplia trayectoria en la investigación y reportaje sobre temas culturales, y digno bailaror de los ritmos cadenciosos del Caribe colombiano. La mirada fotográfica en los talleres fue orientada por Gonzalo Martínez, editor fotográfico del diario *Página/12* de Buenos Aires, a quien la amorosa dedicación al trabajo visual del Carnaval todavía no le ha permitido aprender a bailar de mejor manera.

Editar un libro con una selección de los relatos de texto y fotografía más significativos producidos en estos talleres y publicados en distintos medios del continente americano, es una contribución a la memoria de nuestro periodismo cultural y, sobre todo, a la posibilidad de profundizar la mirada y agudizar la comprensión de los barranquilleros y los lectores del mundo iberoamericano sobre un fenómeno cultural único, que ahora es reconocido y debe ser conservado como patrimonio inmaterial de toda la humanidad.

Este libro, “Crónicas de Carnaval”, se pone a disposición de todos los interesados en forma gratuita, tanto impresa como virtual, por lo cual la FNPI reitera su agradecimiento a los periodistas participantes en los talleres, a la Corporación Andina de Fomento, en particular a su presidente Enrique García y sus colaboradores José Luis Ramírez y Nathalie Gerbasi, a la Fundación BAT y su directora Oliva Díaz Granados, que brindaron un apoyo decisivo, a la Fundación Carnaval de Barranquilla, y a todas las personas y organizaciones que de una u otra forma han contribuido a hacerlo posible.

Crónicas de Carnaval

A manera de prólogo

Héctor Feliciano

La palabra carnaval describe esa gran manifestación que incluye abundantemente a centenares de miles o millones de personas en una misma ciudad o pueblo, utilizándose muy corrientemente y con facilidad en nuestro idioma; su articulación y sonido evocan vastos y complejos sentimientos e imágenes. 3

Pero, a pesar de todo lo que esa palabra hace surgir en nosotros, el carnaval real es harto difícil de describir, de capturar, en su riqueza, para aquel que no lo presencia o lo vive.

Cada año hacia la misma época, el periodismo intenta atrapar, para sus lectores, la esencia de ese acontecimiento en las distintas ciudades del mundo en donde ocurre. Y, para lograrlo, recurre, entre otros, a la entrevista, al comentario, a la nota.

Sin embargo, es la crónica, de todos los géneros del periodismo escrito, la que mejor se adecua para abarcar plenamente esa gigantesca y contundente fiesta popular hecha de jerarquía y de simultaneidad; es la crónica la única que puede hacer penetrar a los lectores en ese maremoto de gente, de música y de colores que, con tanta intensidad, se despliega a lo largo de cuatro días, pero que ha tomado el año que lo precede para gestarse.

Son aquellos elementos que componen toda buena crónica los que permiten recrear esa densidad y magnitud propias de un gran carnaval: la reportería minuciosa, las extensas entrevistas, los protagonistas variados, la cronología y los detalles, las acertadas observaciones y descripciones, la causalidad precisa y, para entretener esos elementos dispares, el relato bien hilado y el dominio del lenguaje.

Traer a la página escrita de la crónica todas las ricas dimensiones del Carnaval de Barranquilla fue lo que intentamos realizar en los dos talleres de Periodismo Cultural que dirigí para la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) en 2004 y 2006.

Los talleres, integrados por una quincena de periodistas jóvenes, permiten reflexionar sobre el oficio periodístico y mejorar el trabajo realizado por cada uno hasta entonces. Es una de las grandes bazas de los talleres de la FNPI convocar a periodistas de orígenes distintos para, en un mismo esfuerzo de conjunto, ver y comprender su trabajo de un modo fresco o inédito.

Durante aquellos días en Barranquilla, aprovechamos, pues, nuestra ubicación en pleno ojo del carnaval y utilizamos la diversidad de los talleristas presentes –procedentes de

catorce países de América Latina— para observar, escuchar, entender y redactar desde diferentes enfoques lo que iba aconteciendo a nuestro alrededor en esa ciudad del Caribe. Así, las crónicas seleccionadas reflejarán la diversidad de lo que presenciamos y vivimos.

Un acto, unas palabras, un sonido, un gesto que se presentan a un barranquillero como hechos unívocos y evidentes pueden ser perfectamente invisibles o indescifrables para un andino o un mexicano; o, aquel hecho que un extranjero, de plano, más advierte en el carnaval, quizá no lo sepa distinguir un barranquillero de pura cepa.

Con ello en mente, nos propusimos, pues, que en estas crónicas el lector, no importa su origen, descubriera nuevas perspectivas.

Primeramente, caerá en cuenta de que es un fervor casi medieval el que Barranquilla tiene por su carnaval. Se siente en la entrega de su gente, en su afán por realizarlo, en las horas y energías innumerables dedicadas a los preparativos, en los sacrificios emprendidos para poder llegar y participar en él, en sus comparsas y músicos que nunca descansan y, finalmente, en el entusiasmo sin límite de los barranquilleros a lo largo de esos cuatro días.

Junto a ese fervor descubrirá que este carnaval, designado Patrimonio Oral de la Humanidad, habla su propio idioma. De la misma manera en que, en Europa, los carnavales originales fueron producto de la mezcla de los ámbitos cultos y populares que formaban el Viejo Continente, en Barranquilla, los elementos europeos importados han venido a unirse con elementos africanos e indígenas para producir nuevas combinaciones, con personajes, músicas y tradiciones creados allí. Para nuestro agrado y sorpresa, ese idioma local ha logrado preservarse, por el momento, fuera del comercialismo que ya ha transformado irremediablemente a otros carnavales y manifestaciones culturales.

Y, finalmente, si el lector ya sabe que todo carnaval tiene su Rey Momo y su reina—figuras que encuentran su origen en la burla del pueblo de la tradicional jerarquía de las monarquías— y que, claro está, en ese campo el Carnaval de Barranquilla no se queda atrás, observará, sin embargo, que esta ciudad ha creado, también, su propia variación local pues, allí, la monarquía se ha reproducido no con burla popular sino con gran veneración y una fuerza inaudita. La proliferación de las reinas de carnaval de arriba a abajo de la sociedad y a lo ancho de la región de Barranquilla —la reina oficial, la popular, las reinas de barrios, las de

vecindarios, la reina gay, la reina infantil, las reinas de los pueblos limítrofes y las muchas otras soberanas que olvido— ha establecido una obediente y compleja jerarquía que podríamos caracterizar paradójicamente de democratización barranquillera del reinado. Y esa democratización se debe, en parte, a la sapiencia popular urbana que entiende que si todos organizan su reinado y eligen su reina se ampliará el círculo de participantes y de comprometidos con esta fiesta popular para terminar fortaleciendo al propio carnaval.

En mis talleres, he intentado que la fotografía sea siempre parte integrante del reportaje de un acto eminentemente visual. He querido, por lo tanto, acompañar las crónicas que siguen con abundantes fotos que las prolonguen y apunten, apoyándolas, además, con dos fotoensayos a color que abren y cierran el conjunto, realizados por dos fotógrafos que nos acompañaron en el taller de 2006, Gonzalo Martínez y Fernando Mercado Santamaría.

Por último, deseo reconocer mi agradecimiento a Nathalie Gerbasi, de la Corporación Andina de Fomento (CAF), por su generoso empeño y dedicación en idear y lograr la publicación de este libro, así como a la Fundación BAT y a Fundemas por contribuir a la realización de estos talleres de periodismo cultural.

Las crónicas y fotos que siguen, espero, depararán gratas horas de lectura y de observación pues recrean el Carnaval de Barranquilla casi como si el lector lo hubiera vivido.

Contenido

- Crónicas de Carnaval. A manera de Prólogo**, *por Héctor Feliciano* 3
- Sueño de Carnaval (fotoensayo)**, *por Gonzalo Martínez* 9
- Las abuelas galácticas**, *por Juan Ruiz Sierra* 22
- El rey taxista**, *por Yenny Cáceres* 34
- Nacidas para reinar**, *por Claudia Itzkowich* 43
- La reina baila la cumbia como ninguna**, *por Óscar Contardo* 55
- Doble reina**, *por Boris Muñoz* 63
- Las otras soberanas de La Arenosa**, *por Sara Araújo Castro* 82
- Destino de Farota**, *por Carla Martínez Gallardo* 90
- Libertad, igualdad y ‘fraternidá’**, *por María Teresa Ronderos* 100
- La cabeza perdida del carnaval**, *por Andrés Zamora* 106
- La muerte carnalera**, *por Arturo Mendoza Mociño* 115
- Carnaval a ojos de Perro (fotoensayo)**, *por Fernando Mercado Santamaría* 130

Sueño de Carnaval (fotoensayo)

Gonzalo Martínez (Argentina).

Página 12, Buenos Aires.

*“Quien lo mira es quien lo goza”,
podría decirse de uno de los carnavales
más importantes del mundo.
Podrá estar Río, podrá estar Venecia,
pero Barranquilla tiene esa luz inconfundible
del Caribe, donde los colores estallan
en forma de metáfora visual.
Cuatro días que no paran de brillar, bailar,
de entregar colores, como si Colombia
en esas fechas fuera representada por
la lujuria de un olvido a la violencia, para
dar rienda suelta a una fiesta donde todos,
sin distinción de credo, ideología o religión
danzan, bailan, viven, gozan.
Fotografiar el Carnaval de Barranquilla
es llenar el corazón de imágenes, es dispararle
fotos a los sueños.*



El Magdalena nos saluda.



A brillar.

12



Color pasión.



Mirada de Congo.



Juego de máscaras.



Hacia la fiesta.







La manzana de la paz.



Bailando un sueño.



Rojo vino.



El pavimento sigue bailando.

Las abuelas galácticas

Juan Ruiz Sierra (España).

Taller de periodismo cultural 2004.

Diario *La Prensa*, Managua.

Publicado en la revista *Gatopardo*. No 45, abril de 2004.

22

La Múcura de la Tercera Edad es una comparsa de ancianos que cada año desfila en el Carnaval de Barranquilla. La mayoría son mujeres a quienes el machismo imperante en su época no las dejó participar en la fiesta. Ahora se están vengando. Ya se disfracen como conejitas Playboy, ya como personajes de película fantástica, este ejército de abuelos constituye una de las imágenes más extravagantes en la ciudad del Caribe colombiano.

Cuando Josefina Stand llegó caminando por la acera mojada al parque Olaya de Barranquilla, la mayor parte de sus compañeros ya estaba dentro del viejo autobús. Sus pasos, aunque alegres, eran cortos y lentos. Su sonrisa, de oreja a oreja. Los ojos le brillaban de puro nervio. El vehículo la llevaría, junto al resto de su comparsa, a la Vía 40, el lugar donde se realiza la Batalla de Flores, el desfile más importante del carnaval de esta ciudad del Caribe colombiano. Eran las 11:30 de la mañana del sábado 21 de febrero, las nubes cubrían el cielo por completo y el agua caía incómodamente para la ocasión. A pesar de su dilatada experiencia, ningún miembro del grupo recordaba que hubiera llovido en otro carnaval anterior, pero eso no amargó el buen humor de esta señora. Era su gran día. Decenas de miles de personas, sentadas en palcos y sillas de plástico, la iban a aplaudir y vitorear a lo largo de esa ca-

lle cercana al río Magdalena. “Qué lluvia grosera esta”, dijo mientras subía con cuidado las escaleras del autobús. “En fin, da lo mismo; yo voy a desfilarse igual”.

Josefina tiene 75 años. Iba embutida en un vestido que ella llama “de galáctica”: ceñido pecho de rosa chillón, con los pantalones en forma de campana debajo de sus rodillas. Sobre los hombros portaba una especie de galones siderales de color plata y, en su espalda, una gigantesca capa en el mismo tono. La corona que lucía formaba un pico encima de su cabeza y estaba rematada por tres pequeñas conchas de plástico. Cuarenta ancianas y sólo cinco ancianos llevaban el mismo atuendo, en distintas versiones rojas, verdes y azul turquesa. Este grupo de viejitos fiesteros prepara el desfile hasta el último detalle. Y no sólo su propia marcha, sino también la de sus familiares: una integrante había trabajado hasta las 2 de la madrugada del día anterior, confeccionando los últimos disfraces para sus 28 nietos.

-¿No está cansada?

Josefina no dejó que la sacrificada abuela respondiera. Levantándose del raído sillón del vehículo, alzando sus brazos al aire y moviendo las caderas, contestó en su lugar con tono cantarín: “¡No, no, no, mi amoor! Es que somos las abuelas extraterrestres, las abuelas futuristas. No hay nadie con tantas ganas de parranda como nosotras”.

Esta delgada mujer de pelo blanco, arrugas en toda la cara y nariz y orejas agrandadas por el paso del tiempo pertenece a la Múcura de la Tercera Edad, una comparsa que participa en el carnaval desde hace casi dos décadas y cuyos integrantes tienen más de 70 años de edad. Existen otras agrupaciones del mismo tipo, como los Guapachosos de Cudamayor o Asoviche (siglas de Asociación de Viejos Chéveres), pero ellos fueron los primeros de su edad en pasear sus castigados cuerpos a lo largo de un desfile carnavalesco en el que el protagonismo recae en cientos de jóvenes bailarinas de finas cinturas, modelos semidesnudas, mulatas de danza impúdica y esculturales reinas de belleza.

También son el grupo de ancianos más conocido: los asistentes al carnaval todavía recuerdan aquella vez, hace cuatro años, en la que marcharon como conejitas *Playboy*, con el trasero rematado por una cola que movían con sensualidad nada recatada. Ese disfraz les hizo ganar el Congo de Oro, el más alto honor que se puede otorgar a una comparsa en esta fiesta, un galardón que cubre de prestigio a quien lo recibe.

Quizá debido a la importancia que la competición tiene para los ancianos, no cualquiera puede formar parte de la Múcura. La edad constituye el primer requisito: hay que tener más de 60 años. El segundo, tan importante como la senectud, radica en la destreza para el desfile y la danza. A algunos viejitos del grupo, después de

casi un año practicando para la Batalla de Flores, no les han permitido participar. No bailaban lo suficientemente bien.

La idea de formar la comparsa surgió de manera progresiva. Cuando comenzaron a juntarse, hace 25 años, eran un simple colectivo de ancianos con mucho tiempo y escaso dinero. Bailaban, hacían gimnasia regenerativa y tejían plácidamente en su lugar de reuniones, el Centro de Compensación Familiar de Barranquilla. Poco a poco, la danza y la rumba se fueron convirtiendo en las actividades más importantes, las más alegres y las que les permitían liberar más energía. De ahí al desfile sólo había un paso. Ellas mismas propusieron participar en la Batalla de Flores.

La mayoría de ancianas, 25 de 40, enviudaron tiempo atrás. Son señoras que lidiaron con el exacerbado machismo de la época, a quienes la familia o el marido no las dejaban desfilar. Hasta mediados de la década de los 50 no se aceptaba socialmente la participación de mujeres en el carnaval. Según Samira Varela, la trabajadora social de la comparsa, el carnaval permite a las ancianas “mostrar a la sociedad que ellas existen, que están vivas”. Apenas hay hombres en este grupo. Para las mujeres, la razón es muy simple: “Ellos son más flojos”.

Ahora, en los últimos largos años de sus vidas, las viudas están liberándose. Una vez al año pueden disfrazarse, convertirse en otra persona y ser ovacionadas por ello, pueden bailar pega-

das a un guapo y alto mulato, pueden escuchar como el público les dice: “¡Vamos abuela! ¡Vamos ricura! ¡Guau!”.

Hay algo de revanchismo bien entendido en la actitud de Josefina. “Estoy gozando lo que no gocé de pelada. ¡Quemando mis últimos cartuchos!”, gritó con excitación cuando el autobús la llevaba a su cita más importante, aquella que prepara durante todo el año. Proveniente de una familia del interior de Colombia—“que no entendía esta fiesta”—, esta mujer fue sometida a un marcaje pegajoso y continuo por parte de su madre y sus cuatro hermanos varones. Desfilan estaba prohibido, y los novios, también. “Me celaban mucho. Si les presentaba a un chico decían que era un flojo, que era marihuanero, que tenía cara de nosequé; así todo el tiempo”.

Sólo tuvo una vaga esperanza de liberación cuando se casó a los 22 años. El marido era caribeño, rumbero, y Josefina pensó que había llegado su momento de pisar con fuerza la calle en la Batalla de Flores. La ilusión duró poco. “A él sí le gustaba desfilan, pero desfilan con otras mujeres—recordó en el lugar de reunión del grupo el día antes de la marcha, con la mandíbula tensa y continuos silencios—. Mujeres por aquí, mujeres por allá... No aguantaba. Duré unos meses y me volví con mi mamá”. Llevó con ella a su hija recién nacida, pero ésta murió al año y medio, víctima de gastroenteritis, algo frecuente en la Barranquilla de entonces. Muchos de sus habitantes

sacaban el agua del contaminado río Magdalena, que cruza toda Colombia de norte a sur y desemboca en el Mar Caribe, al lado de la ciudad.

Ahora, Josefina duerme en una habitación de alquiler en Barranquilla. Sin parientes cercanos, y viviendo entre extraños, pasa el día entero en el lugar de reunión de la comparsa, de la que forma parte desde hace siete años. “Yo manejo esto desde las 8 de la mañana hasta las 7 de la noche. ¡Y aquí estaré hasta que muera!”.

Con la edad, mucha gente se vuelve nostálgica, idealiza los tiempos pasados, que pasan a ser el único tema posible de conversación, el único centro de interés. A Josefina le ocurre lo contrario. Sus frases se llenan de exclamaciones y risas y la voz se le torna aguda cuando habla del actual carnaval; desciende varios tonos al narrar su vida anterior a la comparsa. “Es que aquí rumbeamos mucho”, explicó guiñando un ojo con picardía.

Mientras el autobús se dirigía a la Vía 40, los peatones y los otros conductores miraban al vehículo de ancianos disfrazados con una mezcla de perplejidad y alegría. En el Carnaval de Barranquilla abundan las insólitas imágenes, como la de un decapitado que corre con el tronco inclinado mientras sostiene su órgano pensante con una mano, o la de un mulato con gabardina de detective y seis piernas que baila *break-dance* al ritmo de la cumbia, pero hay pocas comparables a la de este ejército de viudas disfrazadas de súper heroínas—o súper villanas, según se mire—de



G.M.

La Múcura de la Tercera Edad es una de las comparsas más reconocidas para participantes mayores de sesenta años. Arriba, desfilan en la Batalla de Flores de 2004. En el año 2000, desfilaron disfrazadas de conejitas *Playboy* y ganaron el Congo de Oro, el más alto honor otorgado a una comparsa.



G.M.

Hasta mediados de los años 50 no era bien vista la participación de mujeres en el carnaval.
Pero, ahora, se desquitan y cada año desfilan ante el público de la Vía 40.

película de serie B. Josefina sacaba su huesuda mano por la ventana y saludaba a los curiosos.

Barranquilla, a diferencia de Cartagena de Indias y Santa Marta—las otras dos ciudades importantes del Caribe colombiano—, no tuvo un origen colonial. Fue un sitio de libres a principios del siglo XIX, una ciudad mestiza, nueva, sin estructuras de abolengo, menos constreñida que sus vecinas por el rígido moralismo imperante en esos tiempos. Cuentan que cuando algún joven de Cartagena o Santa Marta actuaba de una forma que no era bien vista, sus familiares lo enviaban a esta ciudad. Aquí, en una especie de destierro liberador, gozaba de mayor autonomía que en su lugar de origen.

Los preparativos del baile de carnaval de la Múcura de la Tercera Edad comienzan a finales de abril en la terraza del Centro de Compensación Familiar. Es un espacio amplio, de suelo rojo, con una vista privilegiada sobre la ciudad. Lo que se divisa, en su mayor parte, son edificios de varios pisos construidos en la segunda mitad del siglo pasado.

Todavía se puede apreciar algo del espíritu libre barranquillero al ver los movimientos desinhibidos y sexualmente explícitos que los integrantes de la comparsa de ancianos hicieron durante el ensayo previo a la Batalla de Flores. En la azotea, ellas movían rítmicamente las caderas y el trasero mientras se agachaban, para después alzarse y sacudir los hombros de esa

forma tan tropical que hace que los senos se bamboleen de un lado a otro. Ellos, dando fe de lo que sus compañeras aseguran, bailaban de manera más floja.

Esmelis Contreras, un joven coreógrafo, los dirigía con mano de hierro, como si fueran una compañía de danza profesional y no una agrupación de ancianos. “¡Vuelta! ¡Cuatro! ¡Cero!”, Contreras dictaba los pasos de baile con actitud marcial. “¡Gladys, mal! ¡Estás dormida! ¡Es por la derecha!”. Y Gladys, que tiene 74 años y varios bisnietos, obedecía inmediatamente al instructor. “Yo puedo parecer muy duro”, señaló éste después, “pero, si no actuara así, ellas tratarían de vacilarme. Además, llevan practicando desde hace más de diez años; es como si fueran bailarinas”.

La agrupación ensaya tres días a la semana, dos horas cada día. Lunes, martes y jueves de dos a cuatro de la tarde. Van al gimnasio, a la piscina y, lo más importante, dedican mucho tiempo a la rumbaterapia: la salud a través de la rumba. Todo ello para que estén en forma y con los movimientos aprendidos durante el desfile del Carnaval, una fiesta que, para la Unesco, es una Obra Maestra del Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad, pero, para Josefina Stand, resulta, simplemente, “la cosa más maravillosa del mundo, m’hiiiijo”.

—¡A ver, atiéndanme todos!—ordenó el coreógrafo. Se formó un círculo alrededor suyo—¡Es-

te año nos ha tocado el puesto número 47 en la Batalla de Flores!

-¡Oooh! –un grito de decepción recorrió la terraza del centro donde ensayan.

Cerca de 200 grupos participaron en el desfile del sábado. La suya era una buena posición, de las primeras, pero no lo suficientemente buena para ellos. Pese a que el orden de salida se atribuye por sorteo, los ancianos consideraban que se merecían un mejor lugar. Uno delantero, que les hubiera permitido salir a desfilar antes, cuando el público de las gradas y las sillas estuviera más fresco, con los ojos menos cansados por el paso de los otros grupos, más dispuesto a admirarlos.

Ésta no es una comparsa cualquiera. La Múcura ha ganado 12 premios en la categoría de tercera edad en sus 18 años de historia. Son los pioneros, el espejo en el que se miran el resto de agrupaciones de ancianos, y su instinto competitivo está tan acentuado como el de cualquier equipo de fútbol profesional de nutrido palmarés. “Deberíamos salir antes, deberíamos salir antes”, insistió Josefina con la expresión de quien está segura de que se ha cometido una injusticia. El ensayo finalizó con un largo aplauso de automotivación y un refresco. Los viejitos apuraron el líquido hasta la última gota, exhaustos por las dos horas de baile ininterrumpido bajo el sol del Caribe.

Pese a la pequeña desilusión por el puesto que les había sido asignado en el desfile y por el día

gris con el que se despertaron, los integrantes de esta comparsa montaron en el autobús que los llevaría a la Vía 40 con el mismo humor de un niño en el momento previo a la entrega de su regalo de Navidad. El ambiente era de nervios y fiesta, y en el estómago de varios ya había alguna que otra cerveza, “para gozarla mejor”.

-¡Viva la Múcura! –gritó una.

-¡Viva! –coreó al unísono todo el vehículo.

-¿A qué vamos? –preguntó otra.

-¡A bailar!

Comenzaron a cantar a capella la canción que da nombre a su grupo, popularizada por Celia Cruz. Una múcura es un jarrón de barro que utilizaban antiguamente las campesinas para transportar agua sobre sus cabezas. De ahí el estribillo: “La Múcura está en el suelo, y yo no puedo con ella. Es que no puedo con ella. Mamá no puedo con ella”.

Pero ellos sí pudieron, vaya si pudieron. El transporte los dejó a un kilómetro del lugar donde comenzaría el desfile. Recorrieron esa distancia bailando, abrazados unos a otros. Las nubes se habían marchado y el sol caía en vertical, pero eso no les importaba. “Una vez al año no hace daño”, comentaron riendo. El sol de Barranquilla es tan fuerte que los taxistas llevan una manga que les cubre su antebrazo izquierdo, el que sacan por la ventanilla para golpear rítmicamente la puerta del vehículo, mientras la cumbia, la salsa, el vallenato y otras músicas del Caribe colom-



G.M.

Antes de la Batalla de Flores, los integrantes de la comparsa se preparan y alimentan para recorrer bailando cuatro kilómetros bajo el sol de plomo de Barranquilla.

30



G.M.

La Múcura de la Tercera Edad está conformada por 40 ancianas y 5 ancianos.
Josefina, arriba, en el autobús, tiene 75. "No hay nadie con tantas ganas de parranda como nosotras".

biano salen despedidas de sus baratas radios a todo volumen, con los cánticos de los vocalistas distorsionados hasta perder el sentido. Esta prenda evita que se les queme la piel. Cuando el sol comienza a caer, a eso de las cinco y media de la tarde, los conductores se quitan la manga y se levanta un viento fresco que es intrínseco a esta fiesta. “Con las brisas llega el carnaval”, dice la frase, que se ha convertido en un lugar común.

Al llegar al punto de partida del desfile, los ancianos entraron en un bar y allí se maquillaron la cara con los mismos colores del disfraz. Todo estaba ya preparado: la doctora que los iba a acompañar durante el acto, el botiquín con medicamentos para cualquier emergencia, los músicos –con camisa rosa y un sucio pañuelo en la cabeza como protección solar–, el aguardiente y la comida. Incluso tenían solventado el que suponía su mayor problema hasta hace pocos años: la incontinencia urinaria de la mayoría de los integrantes. A su edad, no pueden aguantarse. No hay espacio ni tiempo para orinar durante el desfile, así que ahora llevan un pañal desechable en sus partes bajas. Si se presenta la necesidad, cosa que ocurre a menudo, los viejitos evacúan su líquido mientras siguen bailando, siempre bailando.

La Múcura de la Tercera Edad está preparada para estos contratiempos y para otros mucho más graves. De los 50 ancianos que desfilaron por primera vez, sólo una mujer permanece en el

grupo. Los restantes están demasiado enfermos o han fallecido. La muerte es una presencia continua en esta comparsa. El pasado 11 de diciembre murió una integrante; el 27 del mismo mes, otra; y el 18 de enero fue un viejito el enterrado, uno de los más activos, con cuyo recuerdo los ancianos todavía se emocionan. Tres miembros caídos en poco más de 30 días. Y cada año fallecen alrededor de siete. Cuando uno muere, todos van a su entierro y pasan dos semanas de duelo. Después, vuelven a los ensayos. “El grupo”, dicen con orgullo tribal, “tiene que seguir”.

La Vía 40 y su zona aledaña estaban tan repletas que caminar una cuadra requería decenas de minutos y un largo baño de sudor. Sudor propio y ajeno; era imposible andar sin sentirse dentro de una gigantesca ola de transpiraciones corporales. La mitad de los cerca de dos millones de habitantes de Barranquilla se encontraba allí, así como gran parte de los 750.000 visitantes que, según el alcalde Guillermo Hoenigsberg, llegaron a la ciudad durante ese fin de semana. Las botellas de aguardiente y ron corrían sin peaje de mano en mano, y los vendedores ambulantes, con sus blancas neveras de corcho al hombro, ofrecían la mercancía de forma agresiva, como si la ingesta de alcohol tuviera carácter obligatorio y no opcional: “¡Cerveza, cerveza, cerveza!”.

Una de las integrantes de la Múcura entró en el bar y llamó al resto del grupo: “¡Chicas! ¡Nos toca desfilar!”. Los ancianos se alinearon en

cuatro filas y aguardaron la salida de la comparsa que las precedía. Lucían serios, concentrados. “Estos viejitos son bacanos (buenagente, simpáticos). Demuestran que nuestra cultura es para todas las edades”, dijo el agente Sarmiento, un corpulento oficial de policía que más tarde sería el encargado de cerrar la Batalla de Flores –“alguien lo tiene que hacer”– a bordo de una imponente tanqueta de color negro.

Esmelis Contreras, el coreógrafo con dotes de militar, levantó el puño y comenzó el desfile. El ejército de ancianos salió en pos de su particular batalla. Delante marchaba Edith Cruz, la reina de la comparsa y una de las pocas integrantes que no es viuda. Cruz, oronda y morena, llevaba una corona más vistosa que el resto y un cetro rematado en su parte superior con una bola de espejos estilo discoteca años 70. Mientras su marido veía la marcha por televisión, cómodamente sentado en el sofá de su casa, ella hacía vibrar a los congregados. Detrás de la reina, las 40 ancianas y cinco ancianos; cerrando el grupo estaba el aguador, cargando un carro de compras con el líquido y los víveres; al lado suyo, la doctora; y, en medio, el conjunto musical, formado por trombón, clarinete, trompeta, bombo, tambor y platillos.

Tocaban fandango. Puede que la cumbia sea la música oficial del Carnaval de Barranquilla, pero ellos necesitan algo más movido. Ellos necesitan fandango, un estilo semejante a las *mar-*

ching bands de Nueva Orleans, aunque mucho más rápido, con el tambor redoblando sin pausa y los vientos sincopados combatiendo entre sí. Era como techno duro, pero en versión banda de pueblo.

Antes y después de la Múcura pasaron por la Vía 40 grupos con vistosas carrozas, con disfraces más ornamentados, con mejores coreografías y, por supuesto, con cuerpos más atractivos. Aún así, ellos fueron de los más aplaudidos. Cerca de 50 ancianos bailaban frenéticamente, con sus capas, sus petos, sus galones y sus coronas galácticas. Todos miraban al coreógrafo, quien les iba diciendo por señas los movimientos que debían hacer. “Seis”, indicaban los dedos de Contreras, y se formaban varios corros de cuatro viejitos que giraban y giraban sobre el ardiente asfalto.

A Josefina Stand, quien en esos momentos se encontraba quemando uno de los últimos cartuchos de su recámara, le había tocado el lado izquierdo de la comparsa. El mejor para relacionarse con el público. A la derecha se encontraban los palcos, separados de la calle por una verja de alambre. Del lado de Josefina no había barreras, y los asistentes al desfile podían levantarse de sus sillas de plástico y hablar, cantar y bailar con las comparsas. “¡Vamos, abuela! ¡Vamos ricura! ¡Guau!”, le gritaban. “¡Vamos, mi amor! ¡Ay! ¡Ay!”. Ella, sin parar de moverse y sonreír, agarraba su enorme capa plateada con

una mano y simulaba un sinuoso pase de torero. “¡Torera! ¡Dale ahí! ¡Olé!”.

Un apuesto y joven mulato de dos metros de altura comenzó a bailar a su lado, moviendo la pelvis y casi frotándose con Josefina, quien antes le había provocado un poco: “Estamos bien despachadas, ¿eh?”. Después de tanta vida esta mujer podía, a sus 75 años, sentirse el centro de atención. Tuvieron que pasar más de seis décadas para que supiese qué se sentía al desfilar, pero ahí estaba ella, saboreando su momento de gloria, gozándola.

“Están acostumbrados a este trote. Me canso más yo que ellos”, reconoció la doctora María Teresa Echevarría, quien lleva acompañándolos desde hace cinco carnavales. Era cierto: mientras el rostro de esta mujer de 34 años estaba, en el último kilómetro, casi desenchajado por el esfuerzo, los ancianos continuaban bailando como

si nada. Echevarría se encarga de que los problemas de articulación, diabetes e hipertensión que sufren casi todos los integrantes no se compliquen durante el desfile. Un cuarto de hora después de haber empezado la marcha les dio un caramelo a cada uno, otros 15 minutos más tarde, un vaso con suero de rehidratación. Un nuevo cuarto de hora, caramelo; otros 15 minutos, suero de rehidratación. Así durante las dos horas y media que duró el desfile a lo largo de los cuatro kilómetros de la Vía 40.

Pero los viejitos, en realidad, habían andado mucho más. Habían saltado, extendido sus manos al cielo, girado sobre sí mismos, bailado hacia los lados, retrocedido y vuelto a avanzar. En total, debieron recorrer más del doble de esa distancia. “Cuando acaba el carnaval –dijo al final Josefina Stand– ya está uno descansadito para seguir la lucha del día”. Hasta el año que viene.

El rey taxista

Yenny Cáceres (Chile).

Taller de periodismo cultural 2006.

Publicado en la revista *Qué Pasa*, Santiago de Chile,

el 4 de marzo de 2006.

34

No sólo Río de Janeiro tiene carnaval. El de Barranquilla es la fiesta más popular de Colombia y también elige su propio Rey Momo. El de este año se llama Armando Zambrano, ha bailado cumbia desde los 12 y como todos en esta ciudad caribeña, durante los días de carnaval tiene un solo objetivo: gozar hasta donde las fuerzas alcancen.

Faltan tres horas para que comience el desfile de La Guacherna, uno de los más importantes del Carnaval de Barranquilla y en una casa del barrio Olaya, sentado en una silla, un hombre sueña despierto con una nueva noche de gloria. Tiene la piel morena, laboriosamente curtida por el sol, que contrasta con su camisa blanca, de una tela fluorescente tan brillante como sus zapatos de lentejuelas y el anillo de oro que lleva en su mano derecha. En cualquier otro lugar del mundo sería sólo un taxista. Pero aquí es un Rey Momo, porque a Armando Zambrano Morelo le tocó nacer hace 63 años en Barranquilla, la ciudad con más monarcas de toda Colombia.

En las mismas fechas en que el Rey Momo del hipermediatizado Carnaval de Río desfiló por el sambódromo —entre el 25 y el 28 de febrero—, Barranquilla también tuvo lo suyo: un carnaval, que ha sido declarado Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad, y su propio Rey Momo. Zambrano, director de la cumbiamba “La Arenosa”, es el soberano de este año y ape-

nas puede aclarar que no cualquiera en esta ciudad lleva este título: “Para ser un monarca de mi categoría se necesita una trayectoria intachable, haber fomentado el folclor y ser alegre, mostrando un carisma único e inconfundible”. Y sin una pizca de falsa modestia, remata: “Los reyes anteriores no habían tenido el carisma necesario, en cambio a mí ya me quieren reelegir”.

Durante febrero el carnaval trastorna por completo a esta ciudad de la Costa Caribe. A nadie parece importarles llegar tarde a las citas o lidiar con el caótico tráfico, liderado por unos microbuses chillones que no saben de pasos de cebra ni de luces rojas. Acá todos quieren gozar. Y todas quieren ser reinas. Y siguiendo este impulso caribeño de no complicarse por nada, hay soberanas para todos los gustos. Desde reinas populares de cuanto barrio exista hasta reinas gay. Pero la máxima estrella es la reina del Carnaval. Nadie vota por ella, sino que la designa la fundación que organiza esta fiesta popular. En una ciudad con una fuerte presencia de población negra, nadie parece inmutarse tampoco por el perfil de la reina oficial: chicas pertenecientes a la elite, de preferencia rubias y con un inconfundible *look* de candidata a Miss Universo.

El Rey Momo entonces viene a equilibrar las cosas. Porque éste es un monarca de origen popular. Aquí no valen ni las cuentas bancarias ni el color de piel. También es nombrado por la Fun-



G.M.

El Carnaval de Barranquilla es, acaso, el único en el mundo en donde un taxista se convierte en rey. El Rey Momo es el monarca de la burla, el sarcasmo y la ironía. Cada año, su nombramiento recae en algún barranquillero con larga trayectoria en el campo del folclor y la cultura popular. En 2006, fue coronado Armando Zambrano Morelo.



G.M.

El Rey Momo 2006 y su corte de cumbiamberas, horas antes de su desfile triunfal en La Guacherna.

dación Carnaval de Barranquilla, pero para elegirlo lo que importa es lo que se conoce como “trayectoria carnavalera”. Y de esto sí que sabe Armando Zambrano, quien además de ostentar el título de director de la cumbiamba “La Arenosa”, ha pertenecido a esta agrupación de bailarines de cumbia desde los 12 años. Es justamente en esta casa del barrio Olaya, sede de “La Arenosa”, donde Zambrano espera que pasen las horas antes de su entrada triunfal en La Guacherna. En la fachada del lugar, letras multicolores anuncian al “Rey Momo 2006”, mientras los cumbiamberos se agolpan en la entrada, listos con sus trajes para salir a desfilar.

Al traspasar el umbral de esta casa, que perteneció a los padres de Zambrano, se entiende que este lugar es mucho más que una sede. Esto es el templo de “La Arenosa”. Desde la sala de la entrada, todas las paredes están decoradas con coloridas guirnaldas, cabezas de toritos y afiches del carnaval. Pero Armando prefiere pasar de largo y conversar en una pieza al final del pasillo. Allí está su altar, con una pared tapizada con fotos de cada una de las grandes figuras que han pasado por la cumbiamba, trofeos y diplomas. Aquí, rodeado de congos de oro y Joselitos (nombres de algunos de los premios que se entregan en época de carnaval), Zambrano se acomoda en una silla adornada con los colores de Barranquilla (verde, rojo y amarillo) y se lanza a contar la historia de “La Arenosa”, que es tam-

bién la historia de su familia. Una leyenda que comienza en 1947, cuando sus padres deciden fundar la cumbiamba “La Arenosa”, que un año después hacía su debut en el carnaval.

Desde entonces la agrupación no ha dejado de estar ligada a la familia Zambrano. Luego de la muerte de su padre y del retiro de su hermano mayor, a Armando (el tercero de ocho hermanos), le tocó hacerse cargo de la cumbiamba en 1967. Nunca lo intimidó esta misión. Sólo le interesaba cumplir la promesa que le hizo a su padre, de “que nunca dejaríamos caer “La Arenosa”. Ni la muerte de su hermana Ena lo derrumbó. Porque si hay alguien que preside el altar en esta casa, ésa es Ena Zambrano. Muy querida entre los barranquilleros, como cumbiambera era insuperable, a tal punto que gobernadores y alcaldes hacían fila para bailar con ella, cuenta con orgullo su hermano. Después de su repentina muerte, en 1986, a los 34 años, fue proclamada diosa de la cumbia. Para venerarla, en este altar abundan las fotos de Ena bailando, pero lo que más sobresale es una escultura de su rostro, que siempre está acompañada de una vela y un vaso de agua. “Así Ena nos mantiene alejados de las energías negativas”, dice, convencido, el Rey Momo, a quien le ha tocado enterrar a otros dos hermanos. La gran coincidencia es que todos murieron en el mes de marzo, a pocos días del cierre de la fiesta barranquillera: “Gozaron el carnaval y des-

pués hicieron la fila eterna a la que todos tenemos que llegar”.

Gozo, luego existo

“¡Goza quien la goza, La Arenosa!”. Este es el grito de guerra que repiten con fuerza los cerca de 50 cumbiamberos de “La Arenosa” apenas se suben al bus que los pasa a buscar casi al filo del comienzo de La Guacherna. Van apretujados, pero felices y hasta se dan el tiempo para improvisar unos rezos. No así Armando, a quien el retraso le preocupa, como si repentinamente comenzara a posesionarse de su rol de monarca. “¡Sebastián!, vamos a llegar atrasados”, grita, mientras el encargado de la organización del Carnaval se deshace en explicaciones. Intentan acortar camino por una calle, pero la policía no los deja. Zambrano se queda callado. Parece resignado, como si recordara que a fin de cuentas él es el rey popular, y no Marichy Dávila, la reina oficial, la que con sus fastuosos trajes copa las portadas de los diarios y viaja a sus actividades con escolta policial.

Treinta cuadas de fervor y sudor. Eso es La Guacherna, el desfile de la calle 44. Es que sólo participando en uno de ellos se entiende de qué diablos están hablando los barranquilleros cuando uno ve repetido hasta el cansancio en poleras, afiches y folletos el lema de esta fiesta: “¡Quien lo vive, es quien lo goza!” Mientras comienza a sentirse lo que acá llaman la brisa car-

navalera –unos fuertes vientos que prometen refrescar a la húmeda Barranquilla–, la cumbiamba “La Arenosa” se instala en medio de las casi 300 comparsas que participan en este desfile. Aún nadie comienza a marchar y el delirio ya se toma la calle, que luce más democrática que nunca. Los monocucos, como llaman aquí a los arlequines, parecen ganar en número, pero eso no impide que uno pueda toparse con un fauno, un Julio César y hasta un tigre.

Y claro, también hay un monarca. Porque cuando los músicos que acompañan a la cumbiamba “La Arenosa” tocan los primeros tambores y la flauta de millo comienza a sonar, sólo en ese momento Armando Zambrano Morelo olvida su nombre. Ahora le toca ser Rey Momo. Y reinar durante toda la noche, acompañado de Kathy, una sensual barranquillera. Su reinado consiste en bailar, con mucho “sabor”, como dicen aquí. Rey Momo lo sabe, quiere complacer a sus súbditos y le pone empeño, sin dejar de sonreír ni mover coquetamente los hombros ni por un momento. Porque una vez que esto empieza no para. Las calles están repletas de un público ansioso de venerar a su rey. Lo avivan con gritos –“¡Momo, Momo!”–, muchos quieren sacarse fotos junto a él y hasta las niñitas se le acercan moviendo graciosamente sus caderas.

La euforia colectiva se desata, ruedan por el suelo las latas de cerveza Águila y una mujer con notorio sobrepeso, vestida con una ajustada ma-



G.M.

Zambrano es, también, el director de la cumbiamba *La Arenosa*. Su casa, en el popular barrio Olaya, es la sede de esta tradición familiar que comenzaron sus padres en 1947.



F.M.

“Para ser un monarca de mi categoría se necesita una trayectoria intachable, haber fomentado el folclor y ser alegre”.

lla roja y una aleonada peluca rubia, se solaza en ser el centro de las burlas de todos: “¡Shakiiiiira, ahí va la Shakiiiiira!”. Es como si por un rato, los barranquilleros se olvidaran de toda su amabilidad y descargaran toda la rabia que tenían guardada. La palabra “cachaco”, el apodo con que llaman a los de Bogotá, se comienza a escuchar por todos lados. “¡Cachaco, muévete cachaco!”, les gritan sin piedad a los que osan no mover las caderas frenéticamente, de esa manera que sólo ellos saben hacerlo. Por si a alguien le quedaran dudas de qué se trata todo esto, la leyenda de la camiseta que lleva una barranquillera se encarga de aclarar las cosas: “Goza y después existe”.

La realeza por dentro

Armando Zambrano Morelo mandó a empastar un libro que lleva su nombre con letras doradas sobre un fondo negro, en el cual se pueden encontrar recortes de prensa, fotos y algo así como su biografía, donde escribió: “Siguiendo la ley de Dios de multiplicarnos, la cosecha es de diez hijos”. De todos ellos, Dick Charles, de 27 años, es el único que participa en la cumbiamba.

Es el día después de La Guacherna, y “La Arenosa” se prepara nuevamente para salir a las calles en la casa del barrio Olaya, porque les espera otro desfile, esta vez en la calle 84. Dick Charles dice estar orgulloso de su padre, pero aburrido de que “me estén *mamando gallo*, jodiéndome la vida, diciéndome el *Momito*, pero

tengo que aguantar porque a mí me gusta joder demasiado”.

Pero lo de *mamar gallo* le viene del padre. Porque si en la mitología grecorromana el Rey Momo era un personaje asociado a la crítica jocosa y la burla, Zambrano le hace honor a esa tradición. Para sus hijos, escogió nombres de antología. Acá una pequeña muestra: Lindon Aldrin, Eduvigis Divina, Bella Enit, Linda Argelia o Haigwel Armando. El Rey Momo ahora está vestido con una camisa de satín dorado, y aunque el bus tiene casi una hora de retraso, luce más relajado y hasta se da tiempo para explicar de dónde vino lo de Haigwel: “Estaba en la clínica, tomando whisky, de marca *Haig*, y quería ver a mi hijo, entonces ahí fue cuando se me ocurrió unir ambas palabras: *Haig-wel*”.

Y cuando muestra sus dos celulares, aclara que uno es “camufle”, y el otro es “el sagrado, para la esposa”. Que a estas alturas, es la tercera. Con una sonrisa pícara explica que si ahora va en la tercera esposa, es “porque fueron canitas al aire y hay que aceptarlo”. Con cada una de ellas tuvo hijos, que le han dado once nietos, pero lo que parece tenerlo más satisfecho es que “abrí con hembra y cerré con hembra”. Dice que todos sus hijos se quieren y conocen, pero, aludiendo a sus esposas, aclara: “Las que no se quieren son las muchachas”.

En este mapa de la realeza por dentro, hay una mujer que es la más férrea guardiana de que el reinado de Zambrano fluya sin contratiempos. Se

llama Luz Marina Zambrano y es su hermana, otra cumbiambera neta, la que se encarga desde organizar los ensayos de “La Arenosa” hasta revisar que los adornos en las cabezas de las bailarinas luzcan perfectos. Aunque es una mujer de pocas palabras, su mirada se ilumina cuando cuenta que el día que Marichy Dávila leyó El Bando –espectáculo en que la reina da inicio a las actividades carnavales– el pasado 21 de enero, pidió la reelección de su hermano como Rey Momo.

O sea que esto podría seguir otro año más. Y en ese caso a Zambrano no le quedaría otra que volver a “rascarse los bolsillos” para financiar lo que cuesta ser Rey Momo. Porque aunque la organización del Carnaval le pasa unos fondos, eso apenas le alcanzó para solventar el 40% de los gastos. De los doce trajes que se mandó a hacer, el más caro fue el que usó el día de su coro-

nación –una larga capa verde de terciopelo y plumas– y que costó cerca de dos millones y medio de pesos colombianos. Y para eso tuvo que recurrir a los ahorros que le da su trabajo como taxista, oficio que durante las semanas que duran las actividades de carnaval tiene que dejar de lado para dedicarse de lleno a lo que parece gustarle más: reinar. Pero como todos en Barranquilla, Zambrano no se queja por tener que gastarse todo por el carnaval. Aunque confiesa su deseo más íntimo: “Espero que alguna estrella luminosa le regale al Rey Momo los diez millones que gastó y así pueda recuperar el dinero”. Pero ahora otro desfile le espera. Porque así es Barranquilla en época de carnaval. Insaciable con sus ganas de gozar. E impredecible. El único lugar del mundo en que un taxista pudo llegar a ser rey.

Nacidas para reinar

Claudia Itzkowich (México).

Taller de periodismo cultural 2006.

Revista *Travesías*, Ciudad de México DF.

Publicado en la revista *Gatopardo*. No. 68, mayo de 2006.

Yohanna Evelin Castillo, la Reina Popular del Carnaval de Barranquilla, pensaba que tendría el día libre, que al fin podría dejar descansar su piel del maquillaje y el sol, y se fue a hacer un facial. Pero para la tarde ya estaba enfundándose en lycras, plumas y lentejuelas en casa de la diseñadora Amalín de Hazbun, la “aguja de oro” de Barranquilla, buscando qué ponerse esa noche para un evento de Coca Cola. Tendría que sustituir a María Isabel Dávila Clavijo, la Reina del Carnaval, que tenía la rodilla hinchada desde que se cayó unos días antes en el desfile de La Guacherna. Tenía que estar lista para bailar el próximo sábado por toda la Vía 40, durante la Batalla de Flores.

“Me imagino, te compadezco... no te preocupes, Marichy, que te mejores”, le dijo Yohanna por el celular, mientras aprobaba un modelito azul turquesa estilo leotardo que dejaba asomar parte de sus firmes nalgas morenas. “Es una mujer divina”, aseguró.

Pero no es que haya cabida para dos reinas en Barranquilla. En cada carnaval, y cada vez más, se coronan decenas de niñas, adolescentes, jóvenes y hasta mujeres de la tercera edad, clasificadas por barrio, por edad e incluso por estado civil –pues existen las capitanas de solteras y también las de casadas.

Yohanna, por ejemplo, fue bautizada así en honor a la reina de belleza Nini Yohanna Soto, quien se coronó como Señorita Colombia en

1980, año en que nació la delfina. Le gusta usar el título de “reina de reinas” más que el de reina popular, ya que para obtener ese nombramiento tuvo que demostrarle a un jurado de ex reinas, coreógrafas y otras expertas que, de entre 31 candidatas de los distintos barrios populares de la ciudad, ella era quien mejor representaba la belleza barranquillera; que ella era la más alegre, la más despierta y aplomada, la que mejor bailaba y la que mejor conocía el carnaval.

Pero Vaneza Cecilia, por ejemplo, reina popular a secas del barrio Me quejo –por los baches–, está tranquila pese a no haber sido elegida Reina Popular de Barranquilla; ella se contenta con escuchar, por parte de sus vecinos, que su barrio nunca había estado mejor representado, y con el sonido de las voces que le gritan “reina, reina” cada vez que camina por sus calles. Giselle, del barrio Lucero, que se inscribió apenas pudo el día que cumplió 18 años, recuerda con ojos vidriosos cómo la recibieron “con abrazos y mejor dicho” (o sea, con abrazos y toda clase de porras). Y Kelly Johanna, carismática estudiante de teatro llamada así por la canción que el compositor de vallenato Rafael Orozco le dedica a su hija –de nombre Kelly Johanna–, no se esperaba quedar como virreina popular. “Te veías gorda, gordísima, nada que ver, te falta mucho, mi amor, tienes que avisparte, pellízcate”, imita, tan espigada como es, las críticas de un grupo de gays de su

barrio que la desanimaron tras su primera aparición en la televisión. Ahora, después de que apantalló al jurado bailando cumbia con una botella en la cabeza e improvisando un monólogo en el que una sirvienta cubana se pone los vestidos de la patrona y conoce a Hermenegildo, que más tarde sería su esposo, la llaman el orgullo del barrio y la animan a “conseguirse un tipo con plata”.

Con todo, la verdad es que “Reina del Carnaval” –esa que sale en los carteles, videos y camisetas– sólo hay una. Por tradición, estas reinas han sido siempre “niñas bien” de Barranquilla, hijas de familias influyentes, educadas en el colegio Marymount (de monjas) o el Kart C. Parrish (bilingüe). Y sí, son designadas por su gracia, pero primero por aquello.

Yohanna, al igual que el resto de las reinas populares, se rieron cuando les pregunté si alguna vez quisieron ser reinas del carnaval. Ser reina lleva lejos, aunque no lo suficiente como para cambiarse el apellido. Y eso que Yohanna se apellida Castillo.

Pero en Barranquilla el carnaval es cosa seria. Hay quien empeña sus cosas de valor, hay quien cambia de cónyuge, y quien viene desde el extranjero para desfilan en la comparsa de la familia. Hasta ahí todo bien: el carnaval es ese momento (un momento que en Barranquilla dura dos meses, si se cuentan los preparativos) en que el orden se invierte, los de abajo suben,

lo importante se pisotea y todos cambian, beben y bailan. Es mucho lo que queda de esa fiesta traída de Europa que sirvió para resistir las jerarquías monárquicas y darle rienda suelta a la risa, el placer, lo prohibido, lo grotesco y lo erótico.

Lo triste es ver que esa importancia de pronto necesite pensarse. La Unesco le dio al Carnaval de Barranquilla el título de Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad, y los Barranquilleros no saben qué hacer para conservarlo; ni el título ni el patrimonio.

El bailarín cumbiambero Edgar Blanco asegura haber sido amenazado de muerte más de una vez por haber dedicado buena parte de su vida a defender el folclor. Hace algunos años, en la Plaza de la Paz, tres personas vestidas de marimondas –uno de los disfraces tradicionales del carnaval– le dijeron: “Ábrase del carnaval, hijo de puta, porque se muere”.

Blanco es el fundador de un carnaval alterno, “el de la 44”, como se le conoce por la carrera en que desfilan sus grupos. Su objetivo es evitar que la inclusión de comparsas y disfraces contemporáneos desplace bailes como el congo (de origen africano), el garabato (de origen español) y la cumbia (mestiza, y muy distinta a la que se baila en México). Asegura que en 15 años han desaparecido 56 danzas tradicionales. “En la coronación de la reina, private, salieron con una vaina china... en Río, voy a ver si se baila cumbia”.



C.I.

María Isabel Dávila Clavijo, 'Marichy', Reina del Carnaval de Barranquilla 2006, baila en la Noche de Orquestas, un concurso en donde las agrupaciones que apenas comienzan tienen la oportunidad de darse a conocer.



F.M.

Las reinas representan la belleza, la alegría y el buen baile de las barranquilleras. En la foto, Yohana Evelin Castillo, Reina Popular del Carnaval de Barranquilla 2006, baila en la Noche de Orquestas acompañada de las reinas de tres barrios de la ciudad.

La antropóloga barranquillera Mirtha Buevas desmiente que pueda rastrearse un origen, ni hablar de defenderlo, a menos que se admita que ese origen es mestizo por naturaleza: “La identidad del carnaval es el mestizaje del mestizaje”. Y por eso está convencida de que el único modo de preservar el carnaval como algo vivo, sin nostalgia, es continuar con la mente abierta hacia el mestizaje; en estos tiempos, el que proponen de manera espontánea las nuevas generaciones, con sus comparsas de vallenato (esa música “nata” de Valledupar que se hace acordeón, caja y guacharaca) y champeta (una especie de reggaeton de Cartagena), o el que sugiere la aparición de disfraces como el de Hugo Chávez o el de Osama Bin Laden.

El otro gran tema de debate es la estratificación del carnaval: para poder ver el desfile de La Batalla de Flores en la Vía 40, hace falta entrar a un palco, lo cual cuesta entre 50.000 y 80.000 pesos (20 a 35 dólares), y la preparación e inscripción de un grupo a los desfiles es capaz de arruinar familias enteras, que sólo después de varios años pueden aspirar a obtener financiamiento.

Pero la energía del carnaval es tal que no hay valla que no pueda atropellar. Si no se puede desfilar y bailar en la 40, se desfila en la 44, en la 17 o, como hacen los barrios del suroccidente, en la calle de uno o en la tienda de la esquina. Y eso es lo que importa. Grupos de mapalé como “Que-mele” y “Mestizaje” están integrados por niños

de los barrios populares de suroccidente que mueven sus cuerpos con un ritmo, una energía y una gracia que dudo pueda superarse en ningún otro escenario, y eso aún montados sobre los hombros de sus compañeros, o sobre la superficie desigual de una calle sin pavimentar, donde se alinean pequeñas casas de tabiques, láminas o tablones de madera.

A las candidatas a reinas les sucede algo similar: esa flexibilidad hacia lo horizontal que tiene el Carnaval de Barranquilla, admite la coexistencia armónica de varias coronas y, lo que es más importante, permite que todas las mujeres, de todos tipos, siempre y cuando sepan menearse en tacones, sientan haber nacido con potencial de reinar. Y no sólo eso. También con ganas, porque para mí que es eso. “Tener algo que contar”, “Mostrar las fotos”, “Abrirse puertas” fueron algunas de las respuestas que obtuve a la hora de preguntar sobre las motivaciones de las reinas. Pero las más frecuentes y enfáticas fueron las que ni siquiera entendían la pregunta: “Quién no quiere ponerse un ramo de flores en la cabeza, enfundarse en una pollera y ponerse a bailar”.

“Yo voy a ser reina”, decía de niña María Isabel Dávila Clavijo mientras jugaba sola a las comparsas para espanto de su papá, un comerciante de ambulancias a quien la idea le entusiasmaba poco por motivos de seguridad. “Fue lo primero que me dijo cuando la conocí”, confir-

ma Natalie, su amiga de la infancia y actual compañera de cuarto en Austin, donde Marichy –como le llaman desde niña sus papás– estudia comunicación y ella ingeniería biomédica. “Es que tiene una personalidad arrolladora; cuando baila, el tiempo se detiene”, agrega esta chica de origen libanés mejor conocida como Totó la Momposina, en alusión a la famosa cantadora originaria de Talaigua, Bolívar.

Su nana Sergina, o Ina, recuerda también esa determinación, pero nunca pensó que don Ramiro se lo permitiría. Gladis Vázquez, otra nana que trabajó ese tiempo en la casa de los Dávila, asegura que ella nunca la conoció con rabia y que es la reina más carismática que ha tenido el carnaval. “Saluda de beso a quien sea, al rico y al pobre”.

Besos repartió pocos en el desfile de los niños el domingo antes de carnaval. En cambio cómo repartió su sonrisa no precedera mientras recorría en *zigzag* la carrera 53, acompañada de un energético movimiento de hombros y caderas, y de esos irresistibles hoyuelos que acompañan su sonrisa y que son, por lo tanto, también no precederos.

“Los hago felices, para ellos es como si tuvieran enfrente a la reina de Inglaterra”, y hacer feliz a la gente parece ser la motivación principal de Marichy, quien admira por sobre todas las personas a la Madre Teresa de Calcuta, y ya le pidió a su papá organizar un viaje a la India.

El otro modelo a seguir es su abuela paterna, quien sola sacó adelante a sus cuatro hijos, después de que al abuelo de Marichy se lo llevara el arroyo del campo del golf del Country Club de Barranquilla.

En ese mismo “Country” se reunieron este año, el sábado previo al carnaval, 2.000 socios para celebrarla; su foto con sonrisa y hoyuelos descansaba sobre un atril en la entrada, justo al frente de la jardinera y el espejo de agua. Era un baile de disfraces, que incluía lo mismo a un Chavo del Ocho personificado por un comerciante de productos de oftalmología; una mesa de parejas de abuelos cumbiamberos que han decidido los últimos años salir a la playa los días de carnaval; y la corte de Marichy, compuesta por amigos suyos y de sus hermanos vestidos de fandango.

Para asistir era necesario ser socio, disfrazarse y pagar hasta 97.000 pesos colombianos (40 dólares) por una botella de Old Parr, el whisky patrocinador. O ser parte de la prensa, siempre y cuando uno hubiese mandado una solicitud por escrito, o estuviese dispuesto a escuchar una conversación de 25 minutos entre guardias con *walkie talkies*; una de esas guardias se quejaba amargamente de la vestimenta del fotógrafo de un diario local.

Esa misma noche, el barrio de Nieves celebraba a Yohanna Evelin, la Reina Popular. A la fiesta se accedía a través de un espacio abierto entre varias mamparas de lámina recubierta de



F.M.

Yohana Evelin Castillo fue elegida Reina Popular del Carnaval de Barranquilla 2006 entre 31 candidatas de los distintos barrios populares de la ciudad.



C.I.

Durante el desfile del Carnaval de los Niños 2006, la Reina María Isabel Dávila Clavijo deja a un lado sus vestidos tradicionales y se disfraza de Negrita Puloy para compartir con un grupo de espectadores.

graffiti. Justo antes estaba la taquilla, indicada con un cartón blanco, donde había que pagar 5.000 pesos colombianos (2 dólares) por pareja.

La verbena ocupaba la carrera 23 del barrio donde creció Yohanna, y que es uno de los más tradicionales de Barranquilla, donde el carnaval resuena espontáneo en cada esquina. Eran más de las once de la noche y Yohanna no había llegado. Estaba animando otros eventos en el centro de la ciudad.

Sus padres apenas me miraron: en el ajeteo de vender cervezas y ron en un porche decorado con carteles del Carnaval, acababan de percatarse de que alguien les había dado un billete falso de 50.000 pesos (20 dólares). En la sala, el abuelo descansaba en una de esas mecedoras de madera y mimbre que parecen ser elemento ontológico de las casas de la ciudad. El contraste entre el vinil raído de los sillones y el aparatoso picó —el equipo de sonido endémico de la costa colombiana— que ocupaba medio garaje decían todo lo que uno necesita saber sobre las prioridades de la familia Castillo. Juliet, una de las hermanas de Yohanna, de diecinueve años y con varios meses de embarazo, me hizo pasar. Ella está convencida de que ser reina abre muchas puertas. Tratamos de hablar en contra del retumbo del picó —otro, profesional— que se había contratado para la velada. Desistimos.

Afuera bailaba Bleydi. A juzgar por su energía y la atención que llamaba con sus largos ca-

bellos teñidos de rubio, su ombliguera y unos ajustadísimos pantalones de mezclilla que por algún motivo le permitían moverse como diosa desnuda, será la próxima reina de Las Nieves. Ella misma confirma la aspiración: estudia medicina, pero le gusta divertirse, y forma parte, junto con Juliet, de la comparsa que coreografía Yohanna. “No por ser profesional hay que dejar al lado las costumbres del país”, dice Bleydi. Y sobre todo, muchos vecinos la estimulan a postularse, incluido el tímido Carlos, cuyo ojo no es como el de cualquiera: si bien su trabajo oficial es el de auxiliar de cocina, tiene tres años asesorando a las reinas del barrio. Él sabe descubrirlas y explotar sus virtudes. También sabe bailar un mapalé espectacular.

El taxista que nos dejó en un local de hamburguesas me pidió que cuidara a la reina. Había reconocido a Yohanna, al menos cuando escuchó que la estaba entrevistando; la había visto en un programa de Telecaribe, el canal de televisión local. Y es que el tiempo a bordo del taxi y el de la hamburguesa eran los únicos que Yohanna podía concederme: “Sí: es un sueño hecho realidad, verme en los periódicos, en la portada de la revista *Miércoles de El Heraldo*, que es donde comenzó Sofía Vergara”, la famosa modelo barranquillera. De todos modos, a menos que se le presente una muy buena oportunidad, quiere hacer un posgrado en Servicios de Salud. Su ideal sería trabajar como gerente de una clínica para

gente de bajos recursos, “pero ese sí es un sueño difícil”. No imposible. Tiene esperanzas de que los contactos hechos como reina la acerquen más a la posibilidad de lograrlo.

Mientras sueña despierta [sic] y su memoria viaja por todos los medios donde ha aparecido, Yohanna comparte una información no pedida. “Una persona me hizo daño, me hizo sentir de la patada, y verme adonde estoy debe de dolerle en el alma. Él vive en Bogotá, pero estaba aquí cuando pasó todo esto. Es músico, y aún no ha podido salir de los bares”.

Olvidar por un segundo que es reina se ha vuelto tarea difícil. Rara vez duerme más de cinco o seis horas, y cada vez que su prima la despierta, es por una llamada de la Casa del Carnaval. El único momento en que se da el lujo de sentarse a reír como antes es a la hora de *Los Simpson*. Leer los libros de superación personal de Carlos Cuauhtémoc Sánchez también le resulta alivante.

Si bien los ambientes en que María Isabel y Yohanna Evelin se han desenvuelto son tan radicalmente distintos como las fiestas que las celebraron, a las dos reinas las une la proximidad de sus fantasías, sobre todo ahora que a ambas “les sonó la flauta”, como dicen acá, claramente en referencia a la flauta de millo que acompaña todos los desfiles y fiestas, y da tumbos en la cabeza de cualquiera que haya estado en Barranquilla en tiempos de carnaval.

Yohanna no habla de la Madre Teresa, pero asegura que su sueño es abrir una clínica para personas de bajos recursos. Y ambas han gozado este carnaval más que ningún otro, por la oportunidad de compartir su alegría y sonreírle a toda la gente. Sobre todo, en lugar de pies destrozados y parchados con curitas, ambas se miran al espejo y lo que encuentran es diamantina, pestañas exorbitantes y otras manifestaciones concretas de la gloria.

“Sí es un sueño hecho realidad”, me dijo sería Yohanna cuando le pedí que me contara algo que nadie le hubiese preguntado. “Claro que volvería a ser reina, me va a hacer falta, y por eso entiendo que sólo se puede una vez”, me dijo con indomable voracidad Marichy.

Y es cierto que a las reinas del carnaval se les ve. La del año pasado conduce un programa de TV, y la más legendaria de la historia reciente, María Cecilia Maldonado, mejor conocida como “La Chechi”, fue viceministra de cultura y desde 2003 es directora de la Fundación Carnaval de Barranquilla. Pero el sábado de carnaval me perdí en el taxi que debía llevarme a casa de Yohanna, adonde había prometido llevar unas cervezas.

-¿Sabe dónde queda la casa de la reina popular?

-¿La de la tercera edad?

-No, la popular.

-No hay –concluyó una anciana que vendía minutos de celular, dejando ver que la fama es

mucho más un fantástico placer interior que una realidad palpable. Y que por fortuna ronda en la mente de las mujeres barranquilleras por un lapso mucho más largo del que le toma a la piel de los pechos, pómulos y piernas sucumbir ante la fuerza de gravedad.

“Te presento a la perra real”, me dice Yohana cargando una bestia diminuta con cara de murciélago. Era obvio que estábamos en su reino. Su hermana Liliana, asesora financiera de profesión y gustosa acreedora de las deudas que Yohana ha contraído en todo este proceso (el vestido más barato que alquiló durante la “campana”, antes de poder conseguir patrocinadores, costó 180.000 pesos, casi 90 dólares), me jaló hasta el cuarto que ambas comparten para mostrarme hasta qué punto ha sido invadido por el carnaval.

Entre bolsas de disfraces, antifaces y sombreros, que se iba poniendo y quitando mientras hablaba, sacó un sombrero “vueltaio” de caña flecha con el nombre Yohana bordado en lentejuelas, y un traje de cambiamera sobre el que ella y su prima habían bordado rosas rojas, también de lentejuelas. Las dos fieles y divertidas chaperonas se habían gastado las yemas de los dedos con el minucioso trabajo, pero las autoridades del carnaval las obligaron a quitárselas, pues todos los vestidos tenían que lucir iguales.

A la bola de chicas sentadas en la cama se unió la mamá—la que eligió el nombre de Yohan-

na en honor a Nini Yohana—, y en un gracioso golpe de estado se convirtió en la capitana de mi secuestro: “Y por qué no se me queda aquí hasta el carnaval, acá la disfrazamos”, me dijo.

El plan era mucho más tentador que el de volver al edificio Domenico, rodeado de setos de buganvillas, y de cuya fachada cuelga ahora un enorme retrato de Marichy, que creció en el penthouse. Me había propuesto repartir mi tiempo en conocer a ambas mujeres, pero las dos veces que me habían citado en el domicilio de Marichy había sido confinada a los mullidos sillones del lobby color beige por la barrera conformada por el edecán de la soberana, la empleada de la casa y el portero del edificio, quien nunca se retractó ni siquiera en el énfasis con que describía la sencillez y accesibilidad de la reina, “es popular, amable, cariñosa con uno”. A mí, de la accesibilidad, me tocó poca.

Pero incluso a Liliana, la hermana y mecenaz de Yohana, le gusta Marichy, le gusta sin duda más que su hermana. Y también a Bleidy, la entusiasta reina en potencia de Las Nieves, quien afirma sin titubeos que “más carismática es obviamente *la* reina”. Aunque no viva acá, “ella se siente del pueblo”, remata Liliana, aceptando tácitamente y *ad infinitum* la separación entre el pueblo y los que se van a estudiar a Austin, pierden abuelos en el arroyo del campo de golf, se comparan con la Reina de Inglaterra y sueñan con alcanzar en bondad a

la Madre Teresa de Calcuta. Trato de apaciguar mi asombro repitiéndome esa verdad reconfortante de que cada pueblo tiene el monarca que se merece. Pero termino por volver a asombrarme: la reina se cayó en el desfile de

La Guacherna, y a nadie le dio risa. Nadie aprovechó ni siquiera ese momento en que sus tacones, traicioneros, la dejaron azotar al ras del suelo. Y eso que eran tiempos de carnaval en Barranquilla.

La reina baila la cumbia como ninguna

Óscar Contardo (Chile).

Taller de periodismo cultural 2004.

Publicado en *El Mercurio*, Santiago de Chile,

29 de febrero de 2004.

El máximo anhelo de Olga Lucía se cumplió hace siete meses, cuando asumió como reina del Carnaval de Barranquilla. La ciudad del caimán y del río Magdalena, y la de una fiesta que es patrimonio de la humanidad que tiene 12 meses de preparación y seis días de duración.

En la última negociación antes de entrar a la conferencia de prensa de inauguración del Carnaval, la asesora de comunicaciones de Olga Lucía promete convencer a la monarca barranquillera de conceder algo más que cinco minutos. Es Colombia, es caribe, es carnaval y es la reina Olga Lucía, agobiada y asediada por las necesidades de su pueblo y las ansiedades de los medios. “Tiene la agenda repleta”, asegura su vocera. Olga Lucía es la cara de la fiesta y en su rol de rostro público debe estar en todo sitio, abrazando guaguas, besando ancianos, sonriéndole al mundo. La esperanza por ubicarla es débil y como una forma de desnutrirla aún más la diligente asesora pregunta si la entrevista será para televisión. La interrogante suena a amenaza. Es evidente que una cámara y una emisión televisiva abren más puertas en estos casos que una grabadora barata y la promesa de una publicación dominical en un país sin carnavales descolgándose del mapa. Cuando la respuesta es negativa, “no trabajo para la televisión, esto es para un diario”, hay un instante de silencio, se-

guido de un leve resoplido de resignación. “Solo dos preguntas” advierte tajante la asesora con un dejo de decepción y una mirada de “no me hagas perder mi tiempo” que compensa con comentarios del tipo “tu país es divino, mi vida”.

En Barranquilla cuando las cosas son muy buenas son “divinas”, cuando alguien lo pasa bien “goza”, y la utilización del sustantivo “sabrosura” parece no tener las restricciones de sociedades más constreñidas.

“Quien lo vive es quien lo goza” reza el eslogan del Carnaval. Lo que se lleva es el concepto táctil que sugiere que el organismo entero está recubierto de papilas gustativas alertas y dispuestas para los estados placenteros. Una idea subyacente que explica la enorme distancia entre el auditorio y el investigador que desde la tetera explica el campo teórico que sustentó la candidatura de estos carnavales caribeños al rango de Patrimonio Oral e intangible de la Humanidad. Palabras como multiculturalismo, pluriculturalismo y la súbita evocación a Jurgen Habermas mantienen los rostros de los asistentes algo perplejos y el semblante francamente somnoliento. Frente a ellos las papilas metafóricas no tienen nada que hacer. El incómodo estado colectivo sólo logra ser alterado por el sonido de un celular. O de varios. En Barranquilla ninguna reunión es lo demasiado importante como para desactivarlo. El carácter expansivo y enfático de los lugareños los protege del rubor frente

a una llamada inesperada, o varias, no importa la incomodidad que produzca. Cualquier instante es bueno para revisar el buzón de voz, todo momento es adecuado para responder a un amigo inquieto. Por eso cuando el moreno académico que orgullosamente enumera los estudios que respaldaron el reconocimiento de la Unesco se ve desafiado por el chillido de un teléfono móvil nadie parece incomodarse. Ni siquiera el detalle de que “La cucaracha ya no puede caminar” fuera el *ring tone* elegido por la dueña del aparato. Interesante y arriesgada elección. La requerida presurosamente se levanta, sale de la sala, contesta, vuelve a ingresar y se vuelve a sentar y se vuelve a parar. Sin duda es una mujer con vínculos y obligaciones. El incidente funciona como descanso antes de la siguiente presentación. Esta vez el apoyo del *Power Point* y el traje en azul intenso de la siguiente expositora le imprime algo más de frescura a la conferencia aunque ni siquiera la decisión de ponerse de pie distrae a la audiencia del verdadero foco de atención.

Definitivamente lo importante está afuera de la rueda de prensa en el patio de la Casa del Carnaval. La atención se la llevaba el grupo de baile, el ron y la esperada llegada de Olga Lucía Rodríguez, la soberana que solo en la mañana había sido descrita en *El Herald*, el diario local, como espontánea, muy sensible y algo temperamental. Este último adjetivo genera suspicacia, sobre todo porque va acompañado de la aclaración

de que Olga Lucía “no hace pataletas”. Si la descripción hubiese sido “temperamental, pero serena” o “de fuerte carácter, aunque relajada” no habría de qué extrañarse, pero nadie describe públicamente a una personalidad como “no es chillona”, cuando quiere resaltar la sobriedad o “no es para nada tarada”, cuando el adjetivo es inteligente. Esos deslices son intolerables si hablamos de una monarca.

El ex Rey Momo también ha escuchado reparos del estilo de Olga Lucía. Leopoldo Klee, urólogo y ex monarca carnavalero ha recibido rumores de ciertos gestos impropios de una soberana, el peor de todos es evitar el contacto con el pueblo más necesitado y hacer coronaciones sumarias. Una acusación grave porque entre las labores de la reina barranquillera está la de ungir a las soberanas menores elegidas por sus barriadas. En lo posible dentro de su propio medio. El rumor que corre, y del que Klee no quiere hacerse cargo completamente “es algo que me contaron”, es que Olga Lucía mandó llamar a las 32 reinas populares de barrio, las puso en fila, y las fue coronando en una ceremonia demasiado sintética, ejecutiva y funcionaria para la relevancia del acto.

“Sólo son rumores, ella es divina, mi vida” asegura bien erguida la reina popular, soberana absoluta de las barriadas de Barranquilla y defensora de la vocación pública de Olga Lucía. Natural de la zona de La Playa Keimy Ávila se ve a sí misma como la segunda, tras Olga Lucía,



Fundación Carnaval de Barranquilla

En 2004, Olga Lucía Rodríguez fue elegida reina del carnaval.
En la Barranquilla de las carnestolendas esta es la figura de máxima autoridad.



Fundación Carnaval de Barranquilla

Entre los criterios para designar a la reina del carnaval están su alegría, su buen baile, su belleza y que pertenezca a una familia vinculada al carnaval.

en la extensa línea de regencia de esta ciudad. “Ella me manda a mi, y yo mando al resto”. Desde la perspectiva de la Reina Popular, los derechos de sucesión tienen un orden: Está la reina del carnaval, la popular, seguida por la reina cívica, la de la calle 44, la infantil, la de la tercera edad, la gay y alguna que a Keimy se le escapa de lo puro cansada. No hay que escarbar mucho para darse cuenta que a la soberana de los barrios le incomoda ser la segunda en el organigrama. La morena Keimy asegura tener un plan para lograr estar uno de estos años en el lugar de Olga Lucía fiel representante de la Barranquilla blanca.

Su pasado de reina infantil fogueó a Keimy en el difícil mundo de los concursos de belleza. La preparación se nota. La soberana del pueblo responde corto y conciso y deja escapar cierto dejo de erudición en la materia. “La primera reina popular es de 1942, y la última pelea en este reinado fue en 2002”. En ese año y contra todo pronóstico Ingrid Patricia de 19 años y fanática del pollo con papitas se impuso por sobre la gran favorita Luz Marina Cassiani. Hubo escenas de estupor en el público y divisiones entre las participantes. El nutrido sistema de reinados colombiano hizo posible que Luz Marina se tomara la revancha y lograra el cetro de reina intermunicipal este año. Keimy, como Ingrid y Luz Marina tienen su lugar en los archivos del reinado popular que la Casa del Carnaval guarda escrupulosamente. En los tomos ordenados por años se en-

cuentran datos claves para conocer a fondo a las aspirantes a soberana. Con la seguridad de alguien que ya ha leído el mismo libro varias veces Keimy desempolva los archivos, los abre y cita un caso al azar, “aquí tenemos a Guenolla Paula Vargas, por ejemplo, reina del Barrio Simón Bolívar en el año 2000, estudió en la Academia de Glamour y modelaje de Diana Biase”, lee pausadamente la reina Popular apuntando con el dedo la fotocopia del diploma que acredita los conocimientos estéticos de Guenolla. Keimy cuenta que ella estudia psicología en la Universidad del Norte, y que los compromisos del reinado la tienen alejada de los estudios y “bastante más flaca, mi vida”. Viene llegando de un jardín infantil, la última actividad del día antes de regresar a su barrio y seguir con la vaina del reinado. En el momento justo y con el énfasis necesario Keimy apunta un dato esencial: “Yo soy la profesora de baile de Olga Lucía” no sin rematar con su característico “mi vida”. Lanza la información y con gesto de haber quedado satisfecha la reina popular da por terminada la entrevista. Agarra corona y banda, la guarda en su cajita de zapatos y las emprende rumbo La Playa en donde su madre, la Turca, afina los detalles para que el orgullo del barrio se luzca en carnavales.

“Mi gran ventaja sobre las otras candidatas fue el baile”, confiesa Olga Lucía mientras se acomoda el escote y pasea la vista en el sentido

de las manecillas del reloj, con porfiado énfasis en la mirada hacia el cielo, como quien recuerda algo placentero o difícil de expresar con palabras. Por fin llegó la reina de reinas al patio de la Casa del Carnaval. Enfundada en furioso rojo la soberana irrumpe con una coreografía de agresivos contoneos que su público celebra. Terminado el baile remata con un discurso para la prensa asistente, y deja muy claro que su gran objetivo en la vida era llegar a ser la soberana que ya es —“*ni siquiera me interesa ser Señorita Atlántico*”—, lo que no deja de ser inquietante por lo efímero del cetro, los años que quedan por venir, y el vacío de metas a futuro que podría generar.

En rigor, la actual soberana nunca conoció a sus contrincantes ni tuvo que someterse a un certamen. La reina del Carnaval es elegida por la Fundación que maneja las festividades entre barranquilleras de sociedad que van “sonando” durante el año. Calzando un par de zapatos bicolors y vistiendo un riguroso blanco Alfonso Atehortúa —“vasco pero no etarra”—, presidente del Carnaval recuerda que la primera reina fue designada en 1918, y que sólo en dos oportunidades se ha optado por el voto popular. Los criterios para la designación son “la alegría de la señorita, la belleza y la pertenencia a una familia vinculada al Carnaval”. Contrariamente a lo que podría suponerse, los requisitos no han impedido que del reinado surjan personalidades de caracteres algo disfuncionales a tan protegido entorno. Ahí

están Silvia Tcherassi, la diseñadora que vistió a la Bolocco y se hace de un nombre en Europa, o Edith Munarri que en los sesenta dejó la cumbia y los afanes carnalescos por el hábito de monja y los ideales de la teología de la liberación viviendo sus últimos días bajo la amenaza de los paramilitares. Menos radical y más sigilosa fue la reina del 57 Marvel Moreno. Si durante una época no dudaba de posar en vestidos vaporosos o disfrazarse de gata para celebrar los carnavales barranquilleros, en otra renegó de todo eso por escrito a través de la literatura. La vida de Marvel en “el gran caimán tirado junto al río”, como describió la ciudad a orillas del Magdalena, no fue todo lo alegre que se suponía debía ser. A juzgar por algunos de sus cuentos recopilados recientemente por Editorial Norma, el gozo y la sabrosura o nunca existieron —y llevaba la procesión por dentro— o definitivamente algún evento traumático la despercudió de tal forma que prefirió morir en París a volver a menear las caderas al caribe como en los buenos tiempos.

Contrariamente a Marvel, Olga Lucía no parece llevar procesiones internas ni se merece una decepción tal que la fuercen a deshacerse de todo ese entusiasmo que permanentemente muestra y demuestra. “Toda la vida quise ser reina del Carnaval, toda niña barranquillera lo quiere. Me encantaría que hicieras la prueba y cogieras una pitufa en la calle y le preguntaras”. No hace falta hacer el experimento propuesto. Los reinados



Fundación Carnaval de Barranquilla

“Toda la vida quise ser reina del carnaval, toda niña barranquillera lo quiere”.

62 infantiles se van sumando en barrios y clubes y sólo hace falta un vistazo para constatar que más de la mitad de la población femenina cuenta con los atributos necesarios para plantarse en un escenario y dar el paseo correspondiente deseando paz en el mundo mientras se sujeta firme

la corona que insiste en caerse. Aunque en este caso la paz en el mundo esté en segunda prioridad. Porque la primera es el carnaval, el que se vive y se goza en la ciudad en donde todas las reinas bailan cumbia.

Doble reina

Boris Muñoz (Venezuela).

Taller de periodismo cultural 2006.

Colaborador del diario *El Nacional*, Caracas.

Texto inédito.

Es la noche de La Guacherna, el Carnaval de Barranquilla acaba de comenzar. La mayoría de las comparsas aguardan en orden la salida de la carroza de Estercita Forero, toda una institución para los locales quienes la llaman “la novia de Barranquilla”. Sólo un grupo falta por llegar y es precisamente la comparsa de los travestis y *drag queens*. Esta vez traen una delegación que no tiene nada que envidiarle al carnaval oficial, conservador, “hetero”.

-¡Qué marica más bonita!- grita un hombre de bigotes.

La gente que se encuentra en la atiborrada acera, grita a coro:

-¡Marica, marica, marica!

Quien recibía estos elogios era María Victoria, una morena de un metro noventa de estatura, con piel de bronce quemado y unos impresionantes ojazos azules que entornaba con sus pestañas postizas. María Victoria se contoneaba y pavoneaba, describiendo círculos con su trasero, en un gesto que hacía enloquecer a su público.

-Muévete marica. Mira lo que tengo aquí y es todita para ti –le gritó un hombre bigotón apuntándole con una botella de aguardiente que sostenía con las dos manos sobre su vientre.

Comprendí que habíamos llegado al punto que buscábamos y casi sin pensarlo le pregunté a María Victoria: “¿Son ustedes la comparsa 51 B?”.

“Estamos llegando tarde y perdimos nuestro puesto por estar arreglándonos. Así somos”.

Corpulento como un todoterreno, María Victoria tiene gestos acentuadamente femeninos. Otro hombre del público le lanzó un beso y ella le respondió con un coqueto aletazo de sus largas pestañas postizas.

María Victoria pasaba revista complacida al panorama. Los travestis bromeaban con el público haciendo un numerito que recordaba las coristas de *Sábado Gigante*. La gente los aplaudía con ellos. Habría que ver cómo destellaban sus ojos de zafiros bajo los flashes de la noche tropical. “La Guacherna es total, lo máximo”, comentó otra *drag queen* a unos metros. “Date la vuelta, reina”, le pidió una mujer sentada con un niño en las piernas. Después, con una sonrisa maliciosa, le dio un codazo al hombre a su lado advirtiéndole: “No te entusiasmes”. La aprobación era unánime. Los *drags* y travestis parecían estar viviendo el Nirvana gay.

Este año La Guacherna tiene un valor agregado con respecto a ediciones anteriores. Es el primer evento del carnaval que congrega a las tres reinas más importantes del medio gay de la ciudad: la reina oficial, la reina cívica y la reina popular. Cada una es el espejo de sus homólogas mujeres y aspiran a ser tan legítimas y queridas como ellas.

Las mujeres y las travestis de Barranquilla tienen un fuerte vínculo en común. Muchas sueñan con ser reinas. Hay que admitirlo. Las deslumbran los vestidos brillantes y el aplauso, el

halago y la celebración. Les encanta el reconocimiento que acompaña a ese cargo de elección popular. Algunas lo buscan con gran esfuerzo y otras les llega la corona como por un milagro. Es el caso de Nataly Acuña Jaraba, la única reina travesti que lucía un poco desubicada en el jolgorio descomunal de La Guacherna, la esperada antesala del Carnaval de Barranquilla. Me acerqué hasta ella. A pesar del vestido que la cubría del cuello hasta los pies y la banda de reina popular cruzándole el pecho, parecía que un ataque de frío o timidez la hubiera paralizado sobre un fondo móvil.

“Tranfor, porque no estoy operada; quiero que sepas”, fue lo primero que me dijo con voz aflautada y juguetona. La aclaratoria fue una invitación a mirarla con detenimiento. Es verdad, Nataly tiene 20 años y carece de la voluptuosidad quirúrgica de muchos de los travestis de la comparsa gay. Su pecho es plano como una tabla y sus manos, si bien suaves y con uñas largas cultivadas con esmero, son las de un muchacho delicado. Mientras marchamos, su mano izquierda va sosteniendo sobre su cabeza la corona de fantasía que un grupo de adultos mayores le prestaron para su coronación como reina popular del barrio Cevillar.

Hace unas semanas, Nataly no podía siquiera suponer que esta noche de Guacherna estaría representando a Cevillar. Y mucho menos que sería no solo como reina gay, sino también como

reina popular, es decir ocupando dos posiciones al mismo tiempo y ambas por derecho propio. Pero, en cierta forma, su vida fue tocada por un rayo del azar y cambió de curso rápidamente.

Todo comenzó cuando Tatiana Paola, una chica de veinte años, fue hecha a un lado por los habitantes del barrio descontentos con su reinado. Nataly, quien ahora vive en Bogotá, se encontraba de visita en casa de su mamá y un grupo de vecinos de toda la vida la postularon. Aquello no fue tanto una elección como un referéndum sobre el desempeño de Tatiana Paola. Pero en definitiva, después de una segunda colecta de firmas, Nataly fue nombrada reina de Cevillar. Así se convirtió en el primer hombre en ocupar el que hasta ahora había sido un honor exclusivamente desempeñado por mujeres. Desde ese momento, asumió a plenitud sus funciones de reina, representando al barrio en otros certámenes populares y en las actividades oficiales del carnaval. Los vecinos buscaban una reina que rebosara simpatía, desprendimiento y bondad. Y al parecer Nataly ofrecía exactamente eso.

Fiesta

Cevillar es un barrio de casas bajas de una sola planta, ubicado al sur de Barranquilla a unos diez minutos del centro en carro. Las casitas son todas iguales, pero para diferenciarlas unas de otras han sido pintadas de colores vivos y sus

ventanas se encuentran adornadas con guirnal-das, marimondas y motivos del carnaval barran-quillero.

Al bajar del taxi, en el No. 45 E 50, me recibe Nubia Jaraba, la madre de Nataly. Nubia es una morena alta y rubicunda, todavía atractiva a sus cuarenta y tantos años. “Harvey no está por aquí”, me dice refiriéndose a su hijo, es decir, a Nataly. Poco después me daré cuenta de que Nubia es una de las pocas personas que lo llama por su nombre de pila. “Ahora se está arreglando, pero lo puede conseguir al fondo, donde ve el picó”.

Era imposible no tropezar con el picó que bloqueaba de extremo a extremo el final de la calle, como un tótem sonoro transportado hasta aquí desde una galaxia muy remota. Esa desmesurada caja de sonidos es a los barranquilleros lo mismo que el camello a un beduino. Son pocas las casas que no tienen uno y el prestigio de una fiesta se calcula por el número de tímpanos que un picó pueda romper por kilómetro a la redonda.

Nataly me había citado a las ocho, pero eran las ocho y media y todavía no aparecía. A excepción de algunos vecinos que disfrutaban de la brisa de la noche en las puertas de su casa, la calle estaba vacía. Sólo dos muchachos custodiaban el picó, como guardias cuidando una caja fuerte. Les pregunté qué pensaban de su reina. Ambos sonrieron con orgullo. “Nataly tiene fama aquí y en los barrios cercanos como La Sierra. Toda la gente la quiere porque ella no se tira

a nadie de enemigo. Nosotros la elegimos fue por eso y rifamos cajas de cerveza y ron para colaborar con la fiesta y comprarle su vestido”, dijo César de 16 años. Alan, su primo de 15, siguió: “Lo que pasa es que Tatiana Paola, la que era reina oficial, se puso picosa. Se abrió y quería desfilarse sólo en discotecas y nada para el barrio. Por eso fue que elegimos a Nataly”. La descripción de Tatiana Paola hacía pensar en exactamente lo contrario de lo que era Nataly: una muchacha curvona y muy voluptuosa, pero también bastante engreída.

Entre los vecinos que esperaban la fiesta en las puertas de sus casas, las anécdotas en torno al carisma y simpatía de Nataly se repetían de manera casi idéntica. “Ella nos ayuda mucho a todas aquí”, dijo una vecina. Otra asintió: “Ella es del barrio, es popular y es tratable. Ella hace amistades de verdad”.

“Pero, ¿cómo es eso de elegir a un transformista como reina popular?”, le pregunto a una mujer que, sentada en una mecedora en la puerta de su casa, carga en brazos a su nietecito. Dice conocer a Nataly desde que llegó a Cevillar a los cinco años. “Todas las cualidades de ella son de mujer y es un ser humano como cualquier otro”. La mujer se reclina hacia atrás, como para tomar impulso, y abre grande los ojos antes de contestar. “Su mamá la aceptó así y nosotros la hemos sobrellevado. Por eso no debemos discriminarla”.

“Yo también la conozco desde niña”, dice

Wladimir Cabarcas, un comerciante de 54 años rechoncho, con la cara llena como una luna y un bigotito recto. Para Wladimir el principal atributo de Nataly es su feminidad. “Es más mujer que hombre y de repente usted, con unos tragos encima, se puede confundir, se puede ir...”.

La mayoría de la gente que se apretujaba alrededor del picó, resaltaba lo solidaria y bondadosa que es Nataly. “Ella nos hace muchos favores”, dice Nelly Giraldo. Esos favores cubren un amplio registro de servicios cuyo valor podríamos llamar intangible, pero que al fin y al cabo han servido para que Nataly goce del inobjetable aprecio de los vecinos. Cuando una madre no encuentra con quien dejar a sus hijos, Nataly juega con ellos hasta que ésta vuelve. Si las niñas del barrio tienen algún acto escolar, Nataly las maquilla a la perfección para que luzcan como princesitas. Pero también puede brindar buenos consejos y prestar sus oídos para las letanías de amor de las vecinas despechadas. “Cuando se forma una discusión en una fiesta ella es muy decidida. Interviene y la cosa no llega a mayores. Así es que siempre nos ayuda”, remata Giraldo.

Luego de vivir 45 de sus 68 años en Cevillar, ya nada parece sorprender ni perturbar a Luis González Molina. Ni siquiera que, biológicamente hablando, la reina de su barrio sea un varón. “Somos vecinos de la cola del patio desde que se mudaron aquí 17 años atrás. Puedo decirle que son gente buena y decente”. Le pregunto a

González Molina si no lo incomoda la elección. “Cuando la gente es así, uno la conoce y la acepta y nosotros la aceptamos desde que era un niño”. Su mujer, Everlinda Polanco de González, de 59 años, corrige la frase. “Es que no era niño, pues. Era mujer”.

Everlinda le agradece mucho a Nataly que haya traído a Cevillar un poco de la fiesta y la locura del carnaval. “Esto por aquí es muy tranquilo, pero la semana pasada vino un gentío para la coronación. La gente se perdía hasta allá”, dijo mirando hacia el confín del barrio, unas cinco calles más abajo. Tan grande es el aprecio de los viejos de Cevillar por Nataly que hasta le prestaron la corona con que la semana pasada fue coronada.

Mientras conversamos, los inmensos parlantes escupían “El espeluche enloquecedor”, un estribillo que los barranquilleros consideran la definición por excelencia de la fiesta pagana.

En eso llegó la reina. Apareció escoltada de Cirith, su hermana de 10 años, y un hombre disfrazado de negrita Puloy. Se abrió paso entre las miradas con un movimiento exhibicionista y decidido, pero volteando la cabeza de un lado al otro para no desairar a quienes la patrullaban con la mirada desde ambos lados de la calle. Se detuvo justo en el porche donde me encontraba con la mujer de la mecedora y recogió con cuidado el ruedo del vestido. Los niños revoloteaban a su alrededor y todo el que pasaba se detenía a de-



G.M.

Nataly fue nombrada reina del barrio Cevillar. Así, se convirtió en el primer hombre en ocupar el que hasta ahora había sido un honor exclusivamente desempeñado por mujeres del vecindario.



G.M.

Por la creatividad y la confección de los disfraces que se exhiben, la noche del desfile gay es uno de los momentos más atractivos del Carnaval de Barranquilla. Antes, estos desfiles se realizaban sólo en discotecas, ahora, incluso, se elige una reina gay que representa a esta comunidad en las distintas actividades del carnaval.

tallarla de arriba a abajo. Un hombre de bermudas y camisa negra estampada con ideogramas y guerreros ninja, le arrimó una silla. Ella se sentó, pero poco después los nervios de sentirse escudriñada, la hicieron saltar de la silla y menear los hombros enérgicamente al son de “La Guacherna es carnaval”. Cualquiera cosa resultaba mejor que permanecer ahí a la vista de todos como un maniquí de vitrina.

Llevaba un traje fucsia de encajes con arandelas plateadas de organza cristalizada. Bien visto, el vestido era algo anticuado. Las zapatillas de lentejuelas sin tacón delataban que la esperaba una larga noche en la que sería un martirio estar parada sobre unos zancos de aguja. Nataly está muy lejos de parecerse a las mulatas de Barranquilla, ese derroche de curvas y voluptuosidad. Pero el pelo largo, el maquillaje de tonos azules y plateados, los labios carnosos pintados de carmesí, contrastan con su cuerpo de púber y le dan un aire “femenino”. La impresión general es la de estar en presencia de alguien inclasificable, una de esas personas llamadas andróginas porque nos descolocan al verlas y elevan por encima de cualquier canon de belleza y de género.

Los hombres del sector parecían disfrutar de esta ambigüedad. La trataban con respeto y deferencias como a una verdadera soberana. Cuando ella pasaba a su lado, la saludaban y algunos le besaban la mano o la mejilla con ademanes de galantería. Me acerqué hasta a un grupo de luga-

reños que bebían aguardiente detrás del picó y frente al puesto de fritangas. A ellos también les había parecido buena idea descalificar a Tatiana Paola, la soberana escamosa, y haber recogido firmas para elegir a Nataly.

“Yo firmé por ella”, dijo Plutarco, tomando un sorbo de aguardiente. Es un hombre muy flaco y pequeño de estatura, con ojos alumbrados que nunca apartan la vista. En sus ratos libres Plutarco es mecánico, pero todos en el barrio lo conocen porque a cualquiera que pasa le suelta la larga historia de cómo se lanzó al precipicio de las drogas y terminaba jurando que ahora trataba de mantenerse limpio. Le comenté que me sorprendía que tantas personas tuvieran la mente abierta con la elección de Nataly. “Nosotros siempre bebemos en esta esquina y nos cae muy bien Nataly”. Jairo, otro de los visitantes de la esquina, agregó: ¿Así que por qué no va ser la soberana?”. “Ella es bien y muy respetuosa, hermano. Por eso, en Cevillar y en La Sierra la preferimos a ella”, anotó mientras me acercaba un trago en un pequeño vaso plástico.

“Hola, mi reina. Estás bella”, la piropoó con dulzura Plutarco, empinándose a besarle la mejilla. “Gracias, corazón”, respondió Nataly. Sólo algunos, como Jairo, iban directo a los labios y no conformes con un beso de pico, la sujetaban por los hombros para embestirla de nuevo. Nataly esquivó el ataque, pero le devolvió una sonrisa que hizo lucir su dentadura perfecta. Des-

pués de todo, el papel de una reina es hacer feliz a su pueblo.

Chibilibín Chibilibón

Mientras la fiesta tomaba temperatura, decidí dar una vuelta por Cevillar. A las 9:30 de la noche, la gente, sentada en los porches, todavía comentaba las incidencias de La Guacherna. De muchas de las casas salía música a todo volumen. Hice tiempo en una bodega, donde, por supuesto, también había una rocola vociferando un desquiciante estribillo: “Chibilibín, chibilibón. Chibilibín, chibilibón”.

Al regresar, una inquieta muchedumbre con latas de cerveza en la mano se arremolinaba en torno al tótem sonoro. Moisés, quien estaba a cargo de la música y del cobro de las cervezas, se movía de un lado al otro, contrariado porque el volumen del picó, que retumbaba varias manzanas de distancia, ¡¡¡ERA MUY BAJO!!! Unas mulatas de jeans intravenosos meneaban los hombros, contorneaban sus traseros moviendo las caderas con espasmos de poseídas. Los hombres las miraban solo de reojo y fingían indiferencia. Era evidente que acataban las tácitas reglas del juego ancestral entre machos y hembras. Ellos se hacían los duros, pero ellas estaban claras que era cuestión de tiempo antes de que el embrujo de sus espasmos se convirtiera en el llamado de la especie. Sentado en el borde de la calle ante aquel espectáculo tremebundo, yo

gritaba para mis adentros: ¡¡¡LLAMEN AL EXORCISTA!!!

Nataly se acercó meneándose también para no quedarse atrás, pero sin la gracia sinuosa de una mujer.

-¿Dónde estabas, corazón? Me tenías preocupada –soltó estirando y adelgazando la última sílaba de la palabra corazón a hasta extinguirla.

-Curioseando por el barrio.

-No te puedes perder así, corazón.

-Bueno, esto es muy tranquilo, ¿no? Por cierto, parece que tienes muchos pretendientes por aquí –le digo mirando hacia Jairo.

-Sobran, sí. Pero ya no me meto en problemas –dice entornando las pestañas.

-Y cómo es eso de que le diste un golpe de estado a Tatiana Paola.

-Bueno, yo no hice nada malo. La gente se emputó con *ella* porque no quiso hacer su fiesta aquí, sino que la hizo en una discoteca en otro barrio y no invitó a nadie.

-Y por qué crees que te eligen a ti.

-Yo era perfecta para esto. Supuestamente, yo le quité la gente y la puse en su contra. Eso dice *ella*.

-Y están peleadas.

-Éramos amigas, no muy cercanas, desde hace año y medio pero ya no nos hablamos. Tatiana Paola no es la gran cosa pero tiene sus cualidades como cualquier ser humano. Igual, si *ella* me viene a hablar, la recibo.

Un inciso: días después, cuando al final conozca a la reina destronada, me daré cuenta de que su leyenda negra es un caso clínico de mala suerte y un ejemplo fantástico de cómo la opinión pública puede cebarse contra alguien hasta destruir sus sueños más inocentes. Para ser justos, hay que decir que lo que en realidad pasó con Tatiana Paola fue lo siguiente: Milton Vargas, el presidente de la Junta Comunal de Cevillar y quien fue a buscarla para que fuera la reina del barrio no le dio los recursos que le había prometido para el reinado. Incluso la dejó plantada y sin corona el mismo día de su investidura. Para colmo los dos hermanos de Vargas fueron acribillados un par de días antes de la fiesta que Tatiana Paola había preparado para sus vecinos. Así las cosas, en solidaridad con la familia Vargas, la pobre suspendió la fiesta. Después de eso corrió el rumor sin fundamento de que Tatiana Paola era una arrogante que prefería hacer sus fiestas en otros barrios o en discotecas. En resumidas cuentas, ya se había echado al barrio en contra y su desgracia no hizo más que seguir su curso fatal hasta el destronamiento y la elección de Nataly en su lugar.

A las once la pista ya estaba caliente. Los ojos se cruzaban en instantáneos fognazos. El aguardiente corría de boca en boca en vasos mínimos como un dedal. Las miradas tenían tanto de picardía como de invitación a consumir el amor. El cachondeo se propagaba como si el aire estuvie-

se contaminado con gérmenes afrodisíacos.

Mientras seguía la escena, repasaba mentalmente algunos vacíos en la historia de Nataly: su infancia, su relación con sus padres, el hecho de ser transformista en lugar de travesti, su rivalidad con Tatiana Paola, la reina destronada. De pronto, fui consciente de que era observado. Sin llamar la atención ni dejar de moverse, los hombres y las mujeres vigilaban mis movimientos. Un periodista con anteojos y anotándolo todo en una libreta es un extraterrestre por estos lados.

Durante todo el rato, las motos habían estado cruzando por un estrecho paso entre el picó y la acera. Pero ahora varios motorizados hacían rugir sus máquinas frente al picó y se regodeaban en fantásticas acrobacias. Había cierta violencia contenida en el ambiente. O eso me dio por pensar envuelto por la música y la cacofonía insoportable de las motos. En ese momento me atacó una ráfaga de paranoia. Para no llamar la atención, me limité a cerrar mi libreta y me dispuse a desaparecer lo más rápido posible.

Cuando encontré a Nataly para decirle que era hora de partir, me puso mala cara. “Pero corazón, si esto apenas va a empezar”. Alegué un compromiso al que no podía faltar, pero le pedí vernos al día siguiente, después de la fiesta, para seguir conversando.

-Claro que sí, corazón.

Nataly insistió en acompañarme a tomar un taxi. La distancia era de dos cuadras y no le veía

mayor peligro. “No, corazón. No te puedes ir por ahí solo”. Me tomó del brazo con su mano larga y fría para llevarme como a un niño.

-Te juro que no es necesario. Mira, la calle está casi vacía –le dije oteando el horizonte.

-Pero no te pongas a hablar con nadie ni a buscar cosas raras. Hay que cuidarse porque nunca se sabe.

A la tercera va la vencida

Cuando llamé, al día siguiente, me atendió una voz pastosa.

-¿Qué hora es?

-Casi las once. ¿Podemos vernos a las dos?

-Corazón, me acosté a las seis...

-Entonces a las cuatro...

Mi lista de preguntas había crecido con nuevos asuntos que le presentaría apenas la tuviera enfrente: infancia, reinados, familia, relación con los vecinos, descubrimiento de la sexualidad. Al llegar no había buenas noticias. “Lo llamaron y se fue a los carnavales de Galapa”. De regreso al *Hotel Majestic*, sentí una punzada de frustración y rebajé al mínimo las esperanzas de completar la crónica. Pensé que este sería el final de la historia. Pero fue Nataly la que llamó al día siguiente disculpándose.

Al detenernos frente a la casa, pude verla sentada en el claroscuro de la sala. Y, por supuesto, ahí estaba Nubia, desaliñadamente guapa a sus cuarenta y pico. La sala era larga y estrecha.

Unas gruesas cortinas de color vinotinto impedían ver hacia los dos cuartos que estaban a la derecha. Al otro extremo de la entrada estaba la cocina y una puerta que daba a un patio de tierra. Nada distraía la vista, salvo una mesita con adornos de cristal sobre la cual había un espejo y, más arriba, adosado a la pared, un plato de porcelana rodeado de querubines. En resumidas cuentas, era una casa austera pero no pobre.

-Pónganse cómodos.

Apenas nos acomodamos en unas sillas mecedoras, Nubia se apostó detrás de su hijo como una guardiana silenciosa y atenta. Los fotógrafos comenzaron a disparar intercalando comentarios simpáticos para romper el hielo.

Pensando en todos los momentos de las últimas semanas vertiginosas, el que Nataly recuerda con mayor cariño es el día de la coronación.

-Yo no sabía que iba a llegar tanta gente. Venían de otros barrios y había más *straights* que gay.

Su evocación hace pensar en una jornada con altas dosis de cosméticos y secador de pelo. Esa mañana se levantó temprano y con el ánimo sereno. Fue a la peluquería a arreglarse el peinado. Se miró las uñas y escogió un esmalte carmesí oscuro. Luego recogió el vestido de soberana. Nada la inquietó hasta la tarde cuando la gente del barrio comenzó a llegar a las puertas de la casa reclamando verla. El bullicio esa noche era ensordecedor. Entonces, ya vestida, se detuvo



G.M.

Harvey Acuña llegó al barrio Cevillar a los cinco años. Ahora, a sus 22, es conocido como Nataly y los vecinos lo aprecian por sus atributos de reina: amigable, carismática y simpática.



G.M.

Junto a su madre, Harvey se maquilla para convertirse en Nataly. "Apenas comienzo a maquillarme, me meto en el cuento de ser mujer. Soy muy femenino".

ante el espejo y dio media vuelta, frunciendo los labios rojos y subiendo y bajando el mentón. Sólo en ese momento se dio cuenta de que al salir de la habitación sería coronada como reina de Cevillar.

En vez de desanimarla o asustarla, este detalle la llenó de orgullo. Hasta entonces había participado en dos reinados en Bogotá.

-Pero esos eran reinados de discoteca entre gente del mismo gremio. Siempre había querido ser reina con todas las de la ley.

Al escuchar esto me da por pensar que seguramente cuando era más joven sus sueños se poblaban con coreografías en las que ella desfilaba bajo potentes reflectores y era aplaudida y celebrada por todos al unísono. Pero el sueño de ser reina tiene que haber sido mucho más profundo y nada banal. Para ella el colegio fue un infierno donde tenía que esconder su homosexualidad. En realidad antes de renacer como Nataly, Harvey jugaba a ser era un muchacho más. Como tal tenía que simular que cuando fuera grande sería doctor, abogado o policía. Y a lo mejor tendría que fingir que le gustaría poseer muchas mujeres igual que cualquier compañero de la clase.

La acogida popular la hizo reflexionar. Los vecinos habían recogido firmas para que sustituyera a Tatiana Paola por ella, sin siquiera detenerse en el hecho de que *ella era él*.

-La gente barranquillera está aceptando al gay. Antes esto era imposible. Los reinados eran

clandestinos. Se realizaban en discotecas como La Cueva y Platanal. Ahora ya tenemos reina gay en los desfiles normales. Ya existimos y asistimos.

Nataly pronuncia esta declaración con una gravedad especial. O más bien con cierta altanería de autoafirmación que hasta entonces no había mostrado. Aunque no esté vestida de reina es una proclama soberana y por eso no se la discute. Además, la pronuncia sentada en una mecedora, con las piernas deslizadas una sobre otra y las manos delicadamente cruzadas sobre la rodilla, igual que lo haría una mujer.

Sin embargo, a diferencia de otros homosexuales, Nataly no hace de la discriminación una bandera. Los prejuicios que ha sufrido le parecen poca cosa y asegura que nunca ha experimentado marginación por parte de sus amigos, familiares o compañeros de trabajo. El único acto de rechazo que recuerda fue el que le propinó un evangélico de mala fe: "Cristo te ama", le dijo. Con esas palabras infelices Nataly sintió que le habían echado encima una maldición eterna que la convertiría en la persona más miserable que existía sobre la tierra. Esta anécdota ilustra a la perfección la candidez de su carácter, pero no implica que siempre le ponga la otra mejilla a sus agresores.

-De niño me comportaba como un varoncito, pero una vez un compañero de clase me agarró el trasero. Yo me volteé y le rajé la cara. El resulta-

do fue que me expulsaron 15 días del colegio, pero él nunca más se va a meter con un gay.

De cualquier manera, ¿quién dijo que resultaba fácil ser gay y para colmo tranfor en un pueblo pequeño y conservador? Cuando Nataly sale a caminar por Barranquilla se viste de forma discreta. Pero todavía así recibe piropos a granel. Se trata de piropos que con el menor error de cálculo de su parte se pueden volver insultos crispados. Nataly piensa que el progreso social ha llegado a un momento en que 70% de los hombres barranquilleros son de mente abierta, mientras el restante 30% sigue aferrado a un machismo implacable. La estadística sirve también de cartografía urbana. Hay zonas de Barranquilla, como el centro, que no se atreve a pisar sola ni de casualidad. No vaya a ser que termine lapidada por ese andar empalagoso de mariposa linda. Para Nataly lo primero es cuidar su integridad.

En este momento, Gonzalo y Fernando, los fotógrafos, pidieron hacer una pausa para aprovechar la luz vespertina que ya empezaba a sedarse. Tomaron algunas fotos afuera de la casa. El ventarrón que entraba desde el mar Caribe a través del río Magdalena impedía sentir los 32 grados a la sombra, pero hacía casi imposible mantener a Nataly peinada para las fotos. Esas raudas ventiscas que alcanzan hasta 80 kilómetros por hora son tan típicas de Barranquilla como el picó o las carimañolas.

Luego Nataly inició su sesión de maquillaje.

El proceso me recordó las ceremonias de vestidura en las que el torero se inventa otro personaje para enfrentar al toro. Delineó con esmero sus ojos y colocó con mucho cuidado una tenue base en todo el rostro.

-Me estoy maquillando para una reunión casual, como para ir al cine o a una cena entre amigos.

Luego se aplicó con gran cuidado unos tonos verdes sobre los párpados y más arriba una línea más gruesa de color marrón. Avivó sus mejillas con un suave rubor. Y casi por último repasó los labios con un lápiz labial carmín suave. Nubia dijo: "Me hubiera gustado que le tomaran fotos disfrazada". Era la primera vez que hablaba esta tarde y también la primera vez que se refería a su hijo como a una mujer.

Esta apertura inesperada de Nubia me dio pie para preguntarle cómo era tener un hijo transformista. Antes de entrarle al tema, hicimos un breve preámbulo conversando sobre la importancia de decorar la casa en época de carnaval. "Los evangélicos me pidieron que quitara los adornos, pero yo no los quito. También ellos oran por Harvey, porque según dicen es un hombre y un hombre no debe parecer una mujer. Para ellos eso está mal. Pero yo les expliqué que a los siete años lo llevé al pediátrico. Estaba preocupada por su comportamiento. Le hicieron un examen de hormonas y el doctor me dijo que tenía más hormonas de mujer que de hom-

bre. Eso me dio muy duro, pero no había nada que hacer. Mi familia se preocupó también. 'Compórtate que eres un hombre', le decían los tíos. Pero Harvey ni de casualidad jugaba al fútbol. Lo de él eran las muñecas y los cochoritos de hacer sancocho”.

La sesión de metamorfosis había terminado. Ya la había visto antes con su rostro de mujer. Pero nada me había preparado para ese cambio tan sutil y a la vez radical en el que Harvey y Nataly se fundían en una sola persona.

-Apenas comienzo a maquillarme, me meto en el cuento de ser mujer, soy muy femenino –dijo tras despedir a los fotógrafos.

Volvimos a la sala y nos sentamos en un largo sofá blanco que parece nuevo. Nataly recostó la cabeza en un extremo de la cabecera y estiró con cierta pereza sus largas extremidades, cruzando los largos dedos con uñas también largas, como si se tratara de un felino despertando de la siesta. No le costó trabajo retomar el hilo de la conversación con Nubia. Sin duda quería completar la versión contada por su madre.

La rutina se fue encargando de que la familia asumiera que Harvey tenía un pronunciado afe-minamiento. Pero salir del closet era algo muy distinto. Hasta los 12 años, según dice, era un varoncito. Iba a la escuela como cualquier otro niño y pretendía tener una vida común y corriente. Por dentro, sin embargo, llevaba un secreto que guardaba para sí como una maldición. Le daba

vértigo pensar que un día pudiera aceptarse a sí mismo como mujer. El silencio era su mordaza y el cuerpo su cárcel. Era como estar encerrado en una mentira. Poco a poco, las consecuencias de su inconformidad se volvieron rebeldía.

Algunos detalles del cambio de Nataly se han perdido en el fragor de la adolescencia, pero el número doce todavía persiste nítido, como un número cabalístico, la edad en que su vida sufrió una revolución copernicana. Fue a los doce años que decidió salir del closet y perdió la virginidad en un hotel para amores furtivos.

Lo segundo ocurrió primero. Y fue de la siguiente manera:

En las tardes, al regresar de clase, Harvey solía sentarse en la ventana a esperar que pasara el amor de su vida. Era un hombre de 28 años y, para más señas, policía.

-Es el tipo más lindo que he visto en mi vida –puntualiza.

Pues una de esas tardes de bochorno tropical, el policía fue a buscarlo al colegio y se lo llevó a comer helados. Sin embargo, esa cita no lo preparó para la velocidad con la que sucedió todo. La segunda vez, el policía fue directo al grano: después de recogerlo detuvo su carro en el hotel. Harvey sintió el miedo mezclado con la devastadora fuerza del deseo. No midió que el hombre que lo desvirgaría le llevaba más del doble de su edad. Jamás le importó un comino que era casado en segundas nupcias ni que, para colmo, tenía

tres hijos, aunque ahora, después de varios amores contrariados con hombres casados, dice que no dañaría un hogar. Aquel día lo que más lo impresionó fue otra cosa:

-Hay algo que todavía no olvido: como yo era menor de edad él le pasó un billete de 20 mil pesos al portero –dijo con un suspiro resignado.

Quizás eso fue lo que le empujó a dar el paso definitivo. Un día, apenas cumplidos los 13 años, se armó de valor y marchó a Riohacha con un primo, ofreciendo la excusa de ponerse a trabajar. En esos meses, lejos de casa y de sus críticos, no hubo dilema. Dejó que la inercia se encargara de completar su conversión de crisálida en mariposa. Cuando volvió a Barranquilla, medio año más tarde, su cabello le llegaba más abajo de los hombros, tenía las cejas finamente delineadas y los labios pintados de rosa ardiente.

Nataly cuenta estos episodios con cierta efervescencia, pero sin ninguna afectación. Es, en realidad, la persona menos afectada que he conocido y quizás la menos oportunista. Por eso su relato carece de alegría u orgullo. Es, en cierta forma, el fruto de su valentía durante los tiempos difíciles de su autodeterminación.

-En mi casa había un reglamento: el hombre es hombre. Por eso me fui.

Algo sucedió a estas alturas de la conversación. Nataly adoptó un gesto taciturno y después insistió en que su familia, sus primos, primas e incluso su abuela materna, quien es testigo de

Jehová, le habían dado la bienvenida a su nueva persona. Todavía no se había reinventado por completo, faltaba el alias o nombre artístico, pero eso vendría mucho después, durante su estancia en Bogotá, donde vive actualmente.

La mención de su abuela paterna, me dio por fin la oportunidad de preguntarle por su padre. Desde el principio yo quería saber dónde estaba y qué pensaba de su hijo. Había tejido una serie de preguntas y suposiciones sobre el progenitor: ¿Lo habría abandonado cuando era pequeño o lo habría rechazado al ver su incorregible amaneramiento? Pero en lugar de la figura autoritaria o indiferente que yo esperaba, lo que me salió al paso fue una historia de zozobra malditamente colombiana. El padre biológico de Harvey era un marinero que murió tiroteado por un socio durante una disputa por un taxi de su propiedad. De modo que solo guarda de él un recuerdo muy borroso o por fotografías y relatos familiares que no reproducirán siquiera pálidamente el calor de sus abrazos. Pero lo que más me asombró fue la continuación de la respuesta.

-Mi segundo papá también murió por las balas.

Nataly se refiere al segundo marido de Nubia y padre de dos de sus hermanos y quien fungió como figura paterna. Su voz se volvió de pronto más gruesa y adoptó una expresión distante.

-El era portero de la discoteca Champán Vallenato y esa noche unos sicarios fueron a matar

a un mafioso que estaba allí y el asunto terminó en una masacre.

Cirith, la hermanita de diez años de Nataly, había dejado de barrer las hojas que las ráfagas de febrero desperdigaban por la sala de la casa y se había sentado frente al televisor a ver *La mujer en el espejo*, la telenovela de las 4 de la tarde. Nataly seguía sentada en el sofá, a unos centímetros de mí. En silencio. Tenía las piernas recogidas de lado y la mirada ausente.

Sin que yo preguntara nada, reanudó el diálogo para hablarme de los amores que había tenido en Bogotá. Uno es un arquitecto también casado y con dos hijos. El otro un ingeniero metalúrgico con quien vivió durante algún tiempo y que la ayudó a mantenerse económicamente hasta hace poco.

Me atreví a preguntarle qué siente de la ambivalencia que lo caracteriza como ser humano. Ella me habló de la diferencia entre ser marica vestido de mujer y ser como es ella. De acuerdo con Nataly, un gay travestido es ordinario. No se mueve como una mujer, sino que tiene gestos bruscos de hombre, aunque sea amanerado.

-Por ejemplo se sienta con las piernas abiertas igual que un hombre.

Los transformistas como ella, sean travestis o transexuales, pertenecen a otra categoría.

-Yo me siento muy mujer, porque me considero superfemenina.

Ya a punto de concluir, tocamos el tema del

futuro. Nataly asomó la posibilidad de operarse para dar el paso definitivo de su transfiguración. Había hecho averiguaciones con otras travestis y tenía muy claro lo que significaba en términos de riesgo “un cambio de sexo”. Después de evaluarlo, dijo que todavía no estaba preparada para dar el gran salto, pero parecía determinada a comenzar tratarse con hormonas y hacerse cirugías para implantarse busto y glúteos, y eliminarse las costillas falsas para sacar cintura.

-No me cambiaría el sexo, como han hecho otros homosexuales amigos. Por ahora, no.

Hubo un prolongado silencio. Nataly no parecía dispuesta a seguir con el tema.

De repente ocurrió algo tan insólito como divertido. Desde la televisión escuchamos una voz grave decir con seductora entonación: “Tú eres una real mujer”. Era Juan Bautista, el galán del culebrón *La mujer en el espejo* que parecía haber estado espiando nuestra conversación y quería dejar constancia de su parecer.

La hora de la espuma

Al día siguiente la calle era efervescencia. Se notaba que era la víspera de la Batalla de Flores. Los carros pasaban tocando la bocina con desespero y por el lugar menos pensado aparecía gente disfrazada, llevando botellas de aguardiente para calentar la garganta a la hora de gritar en la parada gay: ¡¡¡MARICA, CACHACO, MIGUELÓN!!!

El carnaval es una experiencia límite: quien se entrega a él sabe por qué puerta entró pero no sabe por cuál saldrá. Es como un volcán que acumula energía durante un año y que durante una semana estalla en miles de cuerpos alborotados, alegres y sudorosos. Ese cuerpo se acelera. Se multiplica en otros cuerpos. Busca despegar de la mente. Quiere explotar con consecuencias imprevisibles.

Una hora más tarde, Gonzalo Martínez, el fotógrafo, y yo íbamos rumbo al desfile gay. Tuvi- mos que abandonar el taxi pues el tráfico no nos dejaba avanzar. Arrastrado por las fuertes ráfagas de viento, el sonido de los tambores y las flautas de millo se podía escuchar a varias cuerdas de distancia. El olor a cerveza, ese olor agrisado y pegajoso, invadía el aire. Después de casi ser aplastados por una horda de locas tarambanas, logramos abrirnos paso, no sin antes ser tildados de maricas, miguelones y cachacos.

-Corazón, yo pensé que no ya no venían –me asaltó Nataly cuando dimos con ella.

Naturalmente no cabía en sí de la felicidad. Un rutilante bikini dorado con un tocado que parecía un plumaje de pavo real, también dorado, cubría su cuerpo magro. El atuendo daba la impresión de combinar elementos de un sueño africano con una pesadilla amerindia.

Para muchos gays y lesbianas no hay nada comparable a la viva alegría de este desfile. Se sienten en confianza para desplegar su imagina-

ción y talento en la confección de disfraces.

Los *drag queens* habían recuperado su rol de vanguardia y la gente maravillada no perdía ninguno de sus aspavientos. Por momentos, el desfile se movía a mayor velocidad que la mirada. Según el reloj era casi la medianoche, pero el tiempo ya no importaba.

Todo se había vuelto una gelatina multicolor de brazos, tetas falsas, lápiz labial, risas, traseros convulsivos, pubis falsos, broma e insultos. Esto hacía muy difícil distinguir quién era hombre o era mujer. Había un grupo que llevaba máscaras venecianas y una bata roja que los cubría hasta los tobillos. Sus movimientos eran femeninos. Pensé por un momento que se trataba de un grupo de lesbianas que prefería mantenerse en el anonimato. En eso andaba, cuando por debajo de las batolas se asomaron unos zapatones y una docena de piernas peludas.

El carnaval había por fin adquirido su naturaleza de laberinto.

Nataly retorció los hombros y quebraba las estrechas caderas adolescentes al compás de los tambores. No era ciertamente la mejor bailarina, pero digamos que invertía un gran esfuerzo en defenderse del viento que estaba a punto de volarle el tocado. Casi sin poder intentaba mantenerlo sobre su cabeza sujetándolo con la mano izquierda. El público avivaba sus contoneos con ráfagas de pitas, aplausos y expresiones soeces que se disolvían en una risotada.

En una especie de ataque terrorista un lugareño le vació una lata de espuma en el rostro a una *drag* vestida de abeja afrocaribeña. La *drag* se puso enojadísima, porque se le estaba corriendo el maquillaje. Saqué mi pañuelo para ofrecérselo sin darme cuenta de que cometía un grave delito error. El público que atiborraba las aceras —compuesto en su mayoría por heterosexuales de todas las edades— me abucheó vomitándome ráfagas de obscenidades impublicables.

Otro terrorista se aproximó furtivamente y me bañó de espuma de pies a cabeza. “Oye tu, periodista, ¿también eres marica?, me dijo una mujer a la que apenas podía ver a través de los lentes empañados. “Marica, miguelón”, era el único sonido descifrable para mis oídos rellenos de espuma como si fueran frutillas con crema. A Gonzalo le hicieron lo mismo, obligándolo a correr para no poner en peligro la cámara. ¿Quién dijo discriminación?

En ese momento, se fue la luz a lo largo de la carrera 38 y todo quedó sumergido en las sombras. ¿Un apagón más de los muchos que suceden en Barranquilla? ¿Un pequeño gran acto de intolerancia y desaprobación contra aquellos que practican el pecado nefando y gozan del

amor que no se atreve a decir su nombre?

Importaba sí, pero, en verdad, no demasiado. Por el contrario, el apagón había llevado la fiesta a una intensidad de descarga y apoteosis. Tambores, millos, flautas, gritos.

Se hizo la luz.

Bajo la metralla del flash, el traje de Nataly brillaba con reflejos dorados. Sus compañeros de desfile la miraban con malos ojos, en palpable muestra de envidia. ¿Cómo y por qué tiene un fotógrafo para ella sola? A Nataly, en medio de la lluvia de luz, la sonrisa no le cabía en el rostro que brillaba de sudor. Era la euforia, la histeria, el éxtasis. La vi contonearse con todo el cuerpo salpicado de espuma y los grandes ojos abiertos. Sin dejar de mover la cintura y batir los hombros me hizo una seña para que llegara hasta ella. Acerqué mi oído lo más que pude a su boca, pero su voz usualmente desentonada y quebradiza era ya un grito afónico. Al voltear le pedí que repitiera la frase, pero alguien me tomó del brazo arrancándome de su lado. En ese momento, entre un centenar de cuerpos bamboleantes, creí leer en sus labios la frase que había querido decirme.

-Qué noche tan linda, ¿verdad corazón?

Las otras soberanas de La Arenosa

Sara Araújo Castro (Colombia).

Taller de periodismo cultural 2006.

Publicado en *El Espectador*, Bogotá,

26 de febrero de 2006.

82

Un grupo de gigantescas negritas puloy con labios rojos cosidos a su cara negra de dacrón corren por entre la multitud vestidas de mil colores. Mientras caminan a paso de jirafa, una de ellas responde “Sí. Estamos en el puesto 44D, en la comparsa de Jairo Polo”. 44D, la posición asignada por la Fundación Carnaval de Barranquilla a los miembros de la comparsa de la Corporación Carnaval Gay. Es el desfile de Guacherna que preside Estercita Forero el último viernes de precarnavales. Detrás de las puloy, llega triunfal la reina gay: Dayanara Polo, su nombre hace honor a la Miss Universo puertorriqueña y su apellido a Jairo Polo, el mecenas de los gays de Barranquilla y el gran ausente de la noche.

Polo es el nombre más mencionado entre las enormes mujeres. Lo repiten enarbolando el orgullo gay y con agradecimiento tácito a su padrino por haberse atrevido a poner la cara. Sacó reinados, tocados y tacones de las discotecas para darles un lugar en la Batalla de Flores que recorre la Vía 40, la que todo el mundo reconoce como el clímax del carnaval.

Las negritas, con la bamba colorá al estilo de Celia Cruz, bailan al público que chifla, grita y aplaude. Unos metros más adelante, los muchachos de una comparsa de monocucos hacen lo mismo mientras el público enardecido grita con tono de provocación: “¡Marica, marica!” un insulto común y casi afectuoso en tiempos

de carnaval, que no usan con los miembros de la comparsa gay. Una provocación muy obvia tal vez.

Hace 20 años la cosa era distinta, el público no ahorra insultos: “La primera vez que salí montada en una carroza durante una Batalla de Flores fue porque la reina de Curazao, que no podía venir, me escogió para reemplazarla. Fue un escándalo, me gritaron de todo. El infierno y la gloria”, cuenta Polo sentado con compostura en el sofá blanco de su casa, que se abre en la sala como una concha de vieira.

Polo es un hombre grande y robusto, atento a aquellos detalles que delatan a una verdadera *show girl*: uñas largas y atentamente arregladas para poder lucir cualquier color; cejas depiladas una y mil veces para enmarcar esa mirada que guarda los años de plumas y maquillaje que han pasado y ropa adecuada para esconder la línea que se fue. Jairo fue una de las transformistas de los tiempos en que todo sucedía encerrado en las cuatro paredes de las discotecas: “En esa época sonaba *Las Tapas* —éxito de Alfredo Gutiérrez del año 1982—, estábamos celebrando en la discoteca *El Gusano* y decidimos salir a desfilas por la calle, en ese momento nos dimos cuenta de que la gente estaba preparada para tolerarnos como gays”, recuerda Jairo.

Él, con su voz ronca y andar de gran buda, fue quien persuadió a muchos homosexuales para ganarse un lugar en el Concejo Municipal



F.M.

En la sala de su casa, Jairo Polo, fundador de la Corporación Carnaval Gay y uno de los personajes más apreciados de la comunidad gay en Barranquilla.



El Heraldo

Hasta hace 20 años, el Carnaval Gay era clandestino y se llevaba a cabo en espacios cerrados. Ahora, hay no sólo una Guacherna Gay sino que una Reina Gay e, incluso, un Rey Momo Gay.

declarándose como tal y uniendo fuerzas en torno a la causa. En 1996, como tercer renglón de la lista liberal encabezada por Orlando Rodríguez, realizó brevemente el sueño de poder y democracia local: “Estuve sentado en la silla del Concejo sólo diez minutos, el presidente no me dejó posesionar por mi condición de gay confeso. Fue realmente humillante”.

La casa de Polo no es la de alguien que pasa dificultades económicas. La decoración ecléctica muestra su afición por los recuerdos de otras tierras: perros chinos de piedra, porcelanas, cuadros artesanales de paisajes y una araña al estilo veneciano que pende sobre la mesa central, dan fe de su preocupación por la casa. Desde allí maneja la Corporación y recibe a sus clientes. Su oficio explica esa actitud misteriosa y poco locuaz: es un reconocido santero dedicado, como él afirma, a recibir personas prestantes que comprendan su haché que se expresa a través de la lectura del tabaco.

Jairo guarda en su casa en Los Nogales, un barrio acomodado de Barranquilla, las fotos de sus desfiles anteriores. Sobre una columna al estilo grecorromano está apoyada una corona parecida a la de Miss Universo. Es la joya de Alexis Polo, reina del desfile de la calle 44 el año pasado. El recorte del periódico local que registra el acto de coronación está colocado en un portarretratos sobre la mesa de centro. “Es mi hija”, ¿Adoptiva? Preguntamos tímida-

mente. “No. Tengo una hija de 19 años y un hijo de 25”.

Más que un sueño

En Barranquilla el Carnaval incluye fiestas y desfiles simultáneos durante cuatro días. La Batalla de Flores es el evento principal que recorre la Vía 40. La encabeza la reina del Country Club; un cupo en el palco puede variar entre \$100.000 y \$300.000 sin mencionar los que tienen aire acondicionado y concierto privado de vallenatos. Hace algunos años por una disidencia se creó un desfile simultáneo por la Vía 44 que al final el carnaval oficial terminó aceptando. Allí un puesto en las sillas para el público cuesta \$5.000 y lo preside una reina cívica elegida por tener a flor de piel el espíritu del carnaval sin tantos abolengos. Este año Alexis entregará esa corona antes del sábado.

Mientras Polo menciona con orgullo que en su familia corre sangre real carnavalera, una tropa de asistentes musculosos entre los 25 y 35 se dedican a arreglar la casa y a hacer tocados con plumas y pedrería para los eventos de la semana. “Nosotros tenemos mucho que aportar con nuestro talento y nuestra cultura. Todos saben que lo que hacemos los gays es de primera”, continúa nuestro entrevistado desde su mullido sofá.

Como faro del desorden ordenado que son las fiestas carnavaleras para la comunidad ho-

mosexual del Atlántico, está Polo. “Jairo es un líder. Es la persona más querida entre nuestra comunidad”, afirma Eusebio Castro, el Rey Momo gay de 2001, propietario de un salón de belleza. Eusebio, que será el homenajeado de este año, da testimonio de lo que significa tener un encargo real: “El sueño de cualquier gay es ser reina o rey, eso da el reconocimiento que por los vacíos afectivos necesitamos tanto”.

En el fondo este sueño aplica para toda la población barranquillera –sin importar afinidades de género– que vive su carnaval con fervor desde la lectura del bando por parte de la soberana a finales de enero, hasta el próximo martes cuando se entierre a Joselito. “Nunca antes se había visto que una reina gay se hiciera presente en la coronación de nuestra majestad del carnaval (se refiere a María Isabel Dávila, reina oficial de este año). Estamos contentos con nuestra reina porque a pesar de tener mucha estirpe, es sencilla y dada al pueblo”. Así resume la característica principal que debe tener una soberana del carnaval.

En la sede de la Corporación se han hecho algunos de los preparativos para las actividades del Carnaval Gay. Los tocados sirven para la Guacherna Gay, para la que se espera la participación de cerca de 3.000 personas, y la coronación de su reina que se institucionalizó como abre bocas la víspera de la Batalla de Flores. En realidad, la fiesta no es una, es un gran reci-

piente de festividades que transitan entre municipios del Atlántico y entre clases sociales, entre la tradición y lo novedoso. En medio de este gran universo carnestolendo están los gays con un carnaval propio que tiene comparsas, desfiles, coronaciones y que es reflejo de la vitalidad que tiene esta fiesta tradicional.

Lo cierto es que, contraria a la idea de que las ciudades costeñas se caracterizan por su machismo, Barranquilla no sólo en época de carnaval es ejemplo de apertura. La presencia de más de 20 discotecas gay, que funcionan con éxito relativo todo el año, y de una población gay numerosa y abierta demuestra que muchos de los homosexuales que vienen de municipios en donde su condición genera vergüenza familiar, encuentra en Barranquilla un espacio de tolerancia.

Como cualquier barranquillero, Polo ha estado la última semana corriendo para que todo saliera perfecto desde la noche del viernes. Hay que hacer de todo. “Empezando por los permisos, que es un lío. El año pasado nos quedamos sin tarima porque el teniente que tenía que dar el permiso era evangélico y no lo dio. Jairo tiene su genio pero sin él esto sería un desorden”.

El Carnaval de Barranquilla es un gran desorden ordenado, este es su espíritu. Además de ser patrimonio de la humanidad, es una fiesta que mueve masas, pone a dos millones de ciudadanos a vestirse de modo exuberante, a



El Heraldo

El esplendor gay tiene su noche: el Carnaval Gay, que desfila por la Carrera 38 todos los viernes antes de la Batalla de Flores.



El Heraldo

Algunas puestas en escena y atuendos con máscaras venecianas son distintivas de las comparsas de fantasía gay en la Batalla de Flores.

bailar, festejar cuatro días enteros y a mover cielo y tierra para hacerlo bien. La comunidad gay con tres reinas oficiales no es la excepción: “Nosotras somos barranquilleras, queremos a Barranquilla y por esto hacemos todos los sacrificios para que nuestro carnaval se muestre al mundo”, concluye Polo con la vanidad del gran monarca. **89**

Destino de Farota

Carla Martínez Gallardo (Ecuador).

Taller de periodismo cultural 2006.

Revista *Encuentro*, Quito.

Texto inédito.

A lo largo del desfile nocturno de la comparsa “Disfrázate como quieras” en los días de fiesta del Carnaval de Barranquilla, La Farota está rodeada de ninfas, Césares, Cleopatras y minotauros; parecería que desentona con el tema de este año de mitos y leyendas en el que aluden con sus disfraces a la época clásica, sin embargo, de todos, La Farota es el personaje más cercano a la tierra del Río Magdalena que rodea a esta ciudad.

Cada año, Alfonso Suárez Ciodaro hace revivir La Farota durante los días de carnaval. Recuerda cómo conoció la leyenda sobre ese personaje ribereño en Mompo, la isla fluvial en la que nació.

“A los cinco años, agarrado de los barrotes de la ventana de mi casa, vi por primera vez a los campesinos bailando la danza de Farotas. Ellos, con sus manos de ordeño, su piel curtida y sus bocas sin dientes, vestían de mujer para revivir la leyenda que cuenta que los indios Farotos se disfrazaban para engañar a los españoles y dárles muerte, en venganza del abuso sexual del que eran víctimas sus indias”.

La Farota es uno de los miles de personajes de esta fiesta que durante La Guacherna –el gran desfile nocturno del precarnaval– sacan sus mejores galas para lucirse y contar en su disfraz un poco de su historia.

Con su falda de colores y su sombrero, La Farota que recrea Alfonso es carnalera, pero a su

modo. Es distinta a los demás personajes que desfilan. No es excesiva, sino formal, no desborda de alegría como las reinas de belleza, los monocucos, o el Rey Momo. Se muestra, pero no se exhibe. Sus pasos son refinados, su vestido impecable, no colorinche como el propio del carnaval, en el que los fosforescentes son la bandera de esos días de viento fresco de febrero. Alfonso camina sobrio y elegante y su baile no es una marea de movimientos, da pasos para adelante y pasos para atrás, gira sólo cuando la música le permite, y aunque sonrío, lo hace discreto, sin ser vulgar, como él diría.

En medio del desfile, la música de la orquesta de la comparsa calla y, ahí, es que, algunos, entre los millares de personas a pie o sentados sobre las aceras que bordean el trayecto, aprovechan para gritarle a La Farota: “Marica, marica”.

Alfonso, con el seño fruncido de su rostro maquillado, dice que no acepta insultos y tan pronto puede, se vuelve hacia los que gritaron, toma su faldón, acomoda su cabeza y empieza a girar con elegancia. Va despacio, las flores de su falda se levantan en vuelo y regresan a la calma cuando el público aplaude a La Farota. Sonríe levemente y continúa desfilando. De vez en cuando, bebe aguardiente de una botella –también disfrazada– de Pedalyte.

Largas tres horas pasan hasta que el desfile concluye y desemboca en una calle oscura de es-



F.M.

Alfonso Suárez es un artista plástico residente en Barranquilla que ha creado su propia versión de la danza de los indios farotos. Sus movimientos son sobrios y pausados.



F.M.

Los elementos de su atuendo de farota, almacenados en la antigua bodega de su casa, se complementan con joyas de fantasía provenientes de distintas regiones de Colombia.

ta ciudad caribeña, donde quedan los murmullos y el aliento a aguardiente de los participantes.

No es el fin, la fiesta solo cambia de lugar: la calle por la casa. Cachacos—tanto bogotanos como foráneos en la jerga del caribe colombiano—y barranquilleros nos basta encontrarnos en una casa de El Prado, uno de los barrios más antiguos y bien tenidos de la ciudad. La fiesta posguacherna se goza, es rica en expresiones y en personajes, todos parte del mundillo intelectual barranquillero. Los dueños del lugar son un dramaturgo y un neurólogo, honorable pareja gay, buenos anfitriones. La orquesta con sus músicos, mareados por el alcohol, se reagrupa y devuelve el contagiante son de cumbia. Las horas pasan mientras la música se ajusta a los cuerpos tiesos y andinos de los cachacos. El aguardiente ayuda en el proceso.

Entre el humo y el baile, alcanzo a ver que se encuentra aquí La Farota. Su amplia sonrisa se ha desvanecido. En la silla donde se asienta, muestra sus pies desnudos y lastimados a la Eva de la fiesta, una sensual barranquillera que tienta a los hombres con el enterizo intravenoso, color carne.

Sólo pocos quiénes se creen el disfraz lo conservan, los otros ya se cambiaron para estar más cómodos y frescos. Alfonso es todavía Farota. Su vestimenta, con los colores, texturas y detalles, se asemeja a los de la mexicana Frida Kahlo; sus cejas pintadas, que se cruzan como si fue-

ra una sola, son otra característica más de la pintora. La voz de Alfonso Suárez es gruesa, me habla pausadamente: “Soy artista plástico. Hace años que hice un *performance* con este personaje y me enamoré de éste. Me regocijo con su vestido, su historia y valentía”.

Baila frente al enorme espejo de una sala de la casa. Muy concentrado, se mira y se observa, olvidando las heridas de las abarcas de tres puntas, el calzado de los campesinos ribereños, hecho de cuero y suela.

Se luce. Su faldón gira como una copa, sonríe, coquetea con su propia imagen, con las mujeres, pero nunca con los hombres. La Farota es sobria pero no afeminada. Alfonso no intenta parecer una mujer. Sus movimientos y gestos son los de un hombre, y agrega que esa justamente es la cualidad de ser Farota. “Es un hombre que se disfraza de mujer, no un hombre que quiere ser mujer”, afirma.

Voy al baño y La Farota me sigue, entra tras de mí. Se coloca frente al espejo cuando de pronto alza la pollera floreada y saca del elástico del pollerín un estuche con labial incluido. Lo saca y con la habilidad y seriedad indispensable para tremendo suceso se va coloreando los labios y, luego, los cachetes. Sólo lo hace, se mira por última vez y se va. No había necesidad de que retocara su maquillaje, Alfonso lo hizo por el puro placer de mostrarse en el personaje. Me quedo con la imagen—cliché de la sensuali-

dad femenina— hasta el próximo encuentro con La Farota.

Después de la corta conversación, me queda la impresión de que Alfonso es uno de esos artistas cotizados de las ciudades pequeñas. Pero cambié de parecer al conocer su casa y sus limitaciones. Él comparte con su hermana, su cuñado, su sobrina y su madre una casa de dos pisos en el sur de Barranquilla, una zona de clase media, organizada y con fachadas cuidadas.

Apenas timbro, Alfonso sale a recibirnos en la puerta y nos da la cordial bienvenida. La colorinche Farota ha desaparecido. La pollera floreada se ha traducido en un jean corto desteñado, la pechera en una camiseta negra con la imagen del doctor José Gregorio Hernández, el beato venezolano a quien se le atribuyen curaciones milagrosas, y el gran sombrero, ahora es una gorra que le da un aire de adolescente. Sus pies ya no están descubiertos, tiene medias blancas y zapatos de lona pulcros, recién lavados. Su aire es jovial y su sonrisa, amplia.

Me ubiqué en una casa cero extravagancias, sin ni un solo rastro de carnaval, a diferencia de las otras de la ciudad. Sus muebles son tallados, tipo clásico de madera oscura, las paredes están llenas de cuadros de paisajes campestres y se ubican algunas porcelanas en las mesas, sobre tapetitos de croché. Definitivamente, Alfonso no había intervenido en lo mínimo en la decoración, y no era necesario que me lo afirmara.

Nos sentamos para la entrevista en el patio. Me muestra la pieza artística en la que trabaja estos días, un collage que tenía como personaje central a La Farota. La prepara para una amiga suya de Nueva York. Junto a la obra, reposa una especie de altar con ángeles negros y, nuevamente, la imagen del venerado doctor José Gregorio Hernández.

Apenas comenzamos a hablar, saca un álbum de fotos con la cubierta afelpada y atigrada. Son sus recuerdos fundamentales de artista y de hombre. Son fotos antiguas en blanco y negro de sus padres, de su infancia y, después, una sucesión de imágenes con el personaje estelar: La Farota.

La dualidad del hombre en falda resalta con las mejillas y labios rojizos y se perfecciona con la licra —bajo la falda— que en la zona genital, se pinta de un color distinto. En las fotos, como el día que lo conocí, muestra un aire como por decirlo de algún modo agresivo, en el que asume su papel con la rabia de los indios Farotos. Pero el Alfonso que tengo en frente es inofensivo y de una gentileza absoluta, distinta a las intenciones originales de las Farotas.

“He aprendido a ser Farota. Me he ido perfeccionando año a año. Sé quién es, cómo se mueve, cómo mira, cómo disfruta. La entiendo como si fuera yo mismo”, dice.

Me habla de la ropa como elemento fundamental del personaje. “Cuido mucho la ropa, la almidono, tengo dos paradas, pero cuando hay



F.M.

Lo que él personifica no es una mujer, sino un hombre enfurecido
que se disfraza de mujer para vengarse.



F.M.

Las tradicionales farotas del pueblo de Talaigua, en la isla de Mompo, recrean una danza que representa a hombres cultivadores de la tierra y pescadores que se disfrazaban de mujer.

Varias versiones existen simultáneamente del origen de esta tradición.

platica es un gusto estrenarle. Yo me encargo del diseño; hasta cuando hace falta echo puntadas”.

Antes de llegar a su casa, habíamos acordado fotografiarlo en el proceso de transformación en Farota. En el momento en que le recuerdo, da vueltas al asunto con cierta incomodidad y me pide que lo dejemos para otro día. Sin más insistencia, lo dejamos así.

Nos abre el baúl artístico —que originalmente era la bodega de la casa—, en donde guarda un sinfín de objetos que recuerdan su condición de artista y rebuscador de significados. Había más fotos suyas, plumas, imágenes de José Gregorio Hernández, de Frida y algunas láminas elaboradas con conceptos de hombre rana y otras cosas más. Es un potpurri de arte, extravagancias y cualquier-cosas. Alfonso, muy orgulloso, se afana en explicar el significado de cada elemento.

Entre líneas, sabía que la incomodidad para disfrazarse en su propia casa era la falta de un espacio propio para hacerlo, pues, silenciosamente, allí se encontraban su hermana y su cuñado, que aún le critican al verlo vestido de mujer. Aunque Alfonso me recuerda que no es una mujer lo que él personifica.

Su niñez en Mompox fue difícil y solitaria. El padre de Alfonso murió cuando éste tenía sólo seis meses, así que se crió junto a su madre, su hermana y dos empleadas.

“Yo era muy distinto a los otros niños, porque mucho del dolor que sufrí en la escuela me con-

virtió en un ser rebelde que no aceptaba, como los otros, la educación severa de la época”. Ahora tiene 57 años y recuerda que hacía los ocho años, lo amarraron en una silla en el patio de la escuela, y en un intento de moverse, se cayó en pleno pavimento. La cicatriz en su quijada perdura en el tiempo, y se alarga en unos siete centímetros hasta su cuello.

“Siempre fui muy sensible. El maltrato de los profesores me deprimía y no lograba comprender cómo la gente guardaba tanta maldad en su corazón, pero para aquella época mi observación era única pues al resto les parecía de lo más normal”. Tuvo muchos problemas en las escuelas. No se sometía ante los otros, fue de muy pocos amigos y apenas jugaba con sus primos. Era más de escuchar conversaciones de adultos, de rebuscar entre los baúles secretos de su madre, donde se encontraban marfiles, sedas, cajas de té, aceitunas y más cosas exóticas que llegaban a Mompox a través del Magdalena desde Italia, la tierra de la familia materna de Alfonso. En las tardes, cuando estaba cerca de la casa, su madre le tocaba alguna pieza de Beethoven en el piano. “Me lastimaba ver a mi madre llena de vida, belleza y con tanta tristeza en su interior. Después de enviudar quedé muy sola y al frente de la familia. Jamás acepté a ningún otro hombre. Sólo se dedicaba a ver por nosotros”. Ella aún vive, es una viejecita que habla orgullosa de su hijo declarando que, desde siempre, tenía dotes de artista.

Mientras Alfonso me cuenta lo anterior aclara que él no es ningún amargado, ni depresivo. Eso sí, detesta a la gente primitiva, vulgar e ignorante, porque hacen daño con sus palabras y sus actos.

“Soy incansable. Yo subo el ánimo a la gente que está a mi alrededor porque he aprendido a reírme de la vida, a bailar solo en mi cuarto, a hacer locuras siendo recursivo”.

Alfonso es también sombrío. Además de su infancia, su adolescencia rígida en un internado de Cartagena y su adultez y vida artística talentosa pero limitada, por el medio y la falta de recursos, le han convertido en un personaje con contrastes y contradicciones.

Aclara que La Farota y él se parecen mucho porque rechazan el abuso, la limitación y dice que ambos son valientes porque guerrear. “Exorcizo mis días de penas y gloria, con el personaje de La Farota que se venga con las ropas de mujer ante los que le hacen daño”.

Cuando le hablo del amor, me dice que es un solitario, pero que le gustaría amar aunque le da miedo porque dice “Somos ciento por ciento frágiles y podemos quebrarnos en cualquier momento”. “Me encanta la forma de ser de las mujeres y las he amado. Son bellas, pero creo que, con ustedes, me llevo mejor de amigos. Por eso, me gustaría amar a un hombre, aunque son muy inmaduros y complicados”. Uno de sus amigos cercanos –que prefiere no dar su nombre– dice

que jamás le ha conocido pareja y que le parecía que Alfonso es asexual, “No va ni para un lado, ni para otro,” afirmó.

Alfonso accede a encontrarse conmigo en otro lugar para realizar, paso a paso, su transformación en Farota. Se ha transportado hasta la carrera 53 con 54, al *Hotel Majestic*, con cada detalle suyo y todo el vestuario para hacer las fotos. Lo siento algo nervioso e intranquilo. Yo, trato de hacerlo sentir cómodo, sin preguntar más. Ha traído muchos de sus objetos más íntimos: las siempreubícuas imágenes de José Gregorio Hernández, láminas de un fotomontaje suyo en el que aparece amarrado sobre el mar, postales de los años 20, un celular de juguete, algunas flores y otros detalles. Comienza por desatarse sus zapatos, y me muestra las heridas que le dejaron las abarcas de tres puntas. “Yo no pienso cambiar nunca a éstas por un zapato más cómodo, pues son las propias de La Farota, aunque duelan y lastimen”.

Se saca la camiseta, queda en bividí para vestir el “amansalocos” que es una franela que se usa para la labor del campo. Alfonso está serio, de vez en cuando suelta algún suspiro nervioso. Desde que llegó se ha colocado frente al espejo. Está ahí, erguido, colocándose los collares, los anillos y los aretes, todos colorinches, como el mismo carnaval.

Sobre el mismo jean descolorido se coloca el pollerín, un forro que le dará volumen a la falda

completamente almidonada, que sí logra volar con el viento barranquillero de febrero. Hace esfuerzos para colocarse la pechera negra, “me he engordado”, dice.

Y por fin, da el último suspiro. Ahora se pone frente al espejo y comienza por pintar las cejas juntas. Surge gratuito el comentario que Frida le apasiona y que espera pronto rendirle el homenaje que se merece.

Todo lo hace muy delicado. Ahora, con el labial, rellena sus párpados y después sus mejillas y, por último, sus labios. Me regresa a ver, y a mí lo único que se me ocurre es decirle que se ve excelente. Se fija el sombrero en la cabeza y desen-

reda las cintas. Así, en menos de diez minutos, Alfonso se ha convertido en La Farota. Casi no sonrío, aún está tenso, aunque en el momento de la foto se queda inmóvil, una estatua que sin posar posa.

Me dice que su sueño es internacionalizar a La Farota en su *performance*, “sería un éxito en Nueva York, París y Tokio. Algún día llegaré y ya vas a ver el fulgor que causará”.

Con su cara brillante, del sudor que le entrega toda la carga de ropa que viste, Alfonso sentencia, mirándome firme a los ojos. “He jurado que cuando me muera me entierren vestido así, porque el cariño que le tengo a La Farota es eterno”.

Libertad, igualdad y ‘fraternidá’

María Teresa Ronderos (Colombia).

Taller de periodismo cultural 2004.

Publicado en la revista *Semana*, Bogotá,

1 de marzo de 2004.

El lema de Revolución Francesa se vive y se goza en el Carnaval de Barranquilla.

Simón Ojeda, de ojos verde marino, manos anchas y sonrisa escasa, ya sobrepasa los 70, pero sólo faltó al Carnaval en 1992, cuando murió su madre. Ella lo llevaba vestido de niño mexicano, patillas y bigotes pintados con corcho quemado. A los 18 se inventó la comparsa El Baile del Zoológico. Para ingresar sólo había que ser del barrio, el de Abajo, uno de los dos primeros de Barranquilla, y tener sobrenombre de animal, como Ojeda, a quien le decían “El Burro”, o sus amigos “El Pavo”, “El Canguro”, “El Oso” y dos “Tigres”, uno de madera porque era carpintero y otro de aluminio porque trabajaba en Reynolds.

Mientras se hamaca en una pequeña mecedora en su modesta casa de Barrio Abajo, donde todavía habita, con el álbum familiar sobre las piernas, don Simón, oficinista contable pensionado de Avianca, se entusiasma con sus recuerdos. En su larga vida carnestoléndica se ha paseado por casi todas las tradiciones del Carnaval de Barranquilla, cuya arrolladora fuerza cultural fue reconocida este año por la Unesco, que lo declaró "Obra maestra del patrimonio inmaterial de la humanidad". Don Simón ha sido cumbiambero de “La Moderna”, letaniero de “El Mundo al Revés”, y miembro y orgulloso fundador de “Las Marimondas del Barrio Abajo”.

Lee en un viejo documento escrito a máquina que saca de su álbum: “Un día domingo de di-

ciembre de 1983, sentados en el pretil de la tienda El Tío, en la esquina de la calle San José con carrera Primavera, un grupo de amigos constituyó Las Marimondas del Barrio Abajo, con familiares, novios y mujeres de los integrantes. Se nombró ad honorem al señor Mauro Núñez como coreógrafo de la comparsa”. Cuenta luego del éxito de las marimondas, del sitio de honor que ocupan en el carnaval y remata su lectura con el lema: “Querer y defender a Barranquilla, gozar el Carnaval con bastante recocha, dentro de las normas de la decencia, realizando las costumbres del verdadero barranquillero honesto”.

El personaje de la marimonda nació en el carnaval hace tiempo. Nadie sabe bien si desde sus inicios, a mediados del siglo XIX, cuando los europeos inmigrantes que llegaron a Barranquilla con sus costumbres medievales de celebración de plaza pública antes de empezar la Cuaresma, ya había algún barranquillero pobre, mamador de gallo, que improvisó un disfraz poniéndose al revés saco y pantalón. Esa era la auténtica marimonda que salía al carnaval a burlarse de las autoridades, jocosa, irreverente, que hacía señas groseras con las manos. Para que no lo reconocieran se tapaba la cara con un saco de harina al que le abría tres huecos y cargaba una varita de totumo para espantar a quien le quisiera quitar su máscara.

La comparsa de Las Marimondas que fundaron don Simón y sus vecinos sofisticó el disfraz



G.M.

El disfraz de marimonda, uno de los más tradicionales y representativos del carnaval. Originalmente, el atuendo constaba de harapos roídos, una máscara con grandes orejas, una obscena nariz y un silbato de caucho llamado “pea-pea”.



G.M.

La familia Ojeda, al igual que otras miles en Barranquilla, trabaja casi todo el año para participar de esta obra de arte intangible que es el carnaval.

—más aún después de que el empresario León Caridi, dueño de Industrias Cannon, se convirtió en su mecena. Con telas sedosas de satín y lamé, máscara con nariz protuberante de elefante y orejas de mico salieron a desfilar el sábado pasado de carnaval, en la Batalla de Flores, 500 marimondas, bailando al compás de varias papayeras de tambor, trompeta, saxo, flauta y bombardino. Adelante iba su director, César Morales, apodado “Paragüita” por los globitos que bateaba cuando jugaba *soft ball*. Atrás lo seguían en la procesión parrandera, barrioabajeros comunes, empresarios como Caridi y Obregón Santo Domingo, políticos como el ex ministro Arturo Sarabia, y científicos que viajaron desde Estados Unidos, como el biólogo molecular Luis Fernando Parada. Todos anónimos tras la máscara que aún conservan el tono grotesco del disfraz original. Todos bailando. Todos gozando la vida. Por cuatro días del año iguales, ricos y pobres, intelectuales y analfabetas, hombres y mujeres, negros y blancos.

Sólo en Barranquilla, ciudad que no fue fundada en la colonia, ciudad de libres, de indios, negros y mestizos, de inmigrantes italianos, chinos y de muchos otros países, podría darse esta maravilla; una fiesta en la que la profunda desigualdad social de Colombia desaparece por cuatro días como por arte de magia. La de cumbia y porro, garabato y congos, flauta de millo indígena y tambor alegre africano. La magia que cuaja

cada año en febrero, luego de que un millón de barranquilleros han trabajado en forma voluntaria y desinteresada desde octubre, cosiendo disfraces, fabricando máscaras, ensayando danzas, planeando coreografías, inventando nuevas comparsas y cumbiambas. Diez mil millones de pesos de economía, 10.000 empleos directos, 5.000 indirectos, 800.000 personas disfrazadas, una cantidad inconmensurable de goce bañada en nueve millones de cervezas y tres millones de botellas de alcohol, una obra de arte en movimiento de valor intangible.

Este año, don Simón no salió con las marimondas. Ni tampoco Mauro Núñez, el coreógrafo original, bailarín profesional y gerente regional del laboratorio Lafrancol. En 2000 se armó un pleito en la comparsa. Hay varias versiones de por qué. Don Simón, sin ganas de entrar en detalles, dice que “Paragüita” era muy dominante y que “se creía que era el único fundador de las marimondas”. Núñez, que sí, que era muy temperamental y a veces maltrataba a la gente. Pero lo que más resienten ellos y otros vecinos es que “Paragüita” se llevara las marimondas a otro barrio. “Se nos han ido llevando todo del barrio, patrimonio de la cultura, las marimondas, la danza de la chiva, el disfraz de murciélago”, dice Núñez.

José Ignacio Cassiani, “El Pavo”, electricista, vendedor de antigüedades, músico, de cara llena y corazón contento, no estaba dispuesto a dejar que eso pasara. “No joda, había que recu-

perar la identidad del Barrio Abajo”, explicó parado en la puerta de su casa. Por eso se fue donde Simón y lo convenció de que montaran una disidencia: “La Rebelión de las Marimondas”, una comparsa que volvió a los orígenes del saco y pantalón viejos al revés, pero adornado de parches de colores para darle un toque de modernidad. Retornaron también al baile, a la buena coreografía, y Núñez se ofreció de nuevo de voluntario. La bronca se les fue en ensayo, en competencia, en aspirar a ganarles a las Marimondas originales en el terreno de juego: el carnaval. Así fue. En 2000 salieron y barrieron: dos Congos de Oro, mientras las Marimondas no obtuvieron ningún trofeo.

“Nos sentimos como un millón de dólares”, grita desde adentro de la casa la señora de “El Pavvo” Cassiani, mientras cosía en su máquina los parches del disfraz de este año. Fue una venganza de trapos y fandango. Cada disputa entre los

grupos del carnaval, que son decenas, termina en una nueva creación. La obra de arte se ensancha. Es otro de los sortilegios escondidos detrás de la fiesta barranquillera en un país donde cada conflicto se resuelve a bala. No en este encuentro de colores que mueve los tejidos de la gente y la torna mansa y feliz por cuatro días. Por eso, a pesar del torrencial de locura, máscaras y trago hay pocas muertes violentas en cada carnaval. Este año fueron 14, menos de los que hay en la ciudad cualesquiera otros cuatro días del año.

Así que don Simón salió a gozar el carnaval este año, como todos los otros, menos aquel cuando perdió a su madre. Y eso que el médico se lo prohibió por su diabetes. “Te vas a morir en esas comparsas”, le advirtió. “Si me voy a morir es de gusto”, respondió Simón. Y se dejó arrastrar por el remolino que chupa esta ciudad caribe cada año y les devuelve su identidad de ciudadanos libres, iguales y fraternos.



G.M.

Don Simón Ojeda, pensionado y vecino del Barrio Abajo, fundó en 1982 “Las Marimondas del Barrio Abajo”. Pero, desde 2004 desfila con un grupo de disidentes pacíficos de arte y música, que se hacen llamar “La Rebelión de las Marimondas”. En la foto, se le ve listo para salir a desfilarse con su nieto.

La cabeza perdida del carnaval

Andrés Zamora (Venezuela).

Taller de periodismo cultural 2006

Publicado en *El Nacional*, Caracas,

12 de marzo de 2006.

Esta fiesta centenaria colombiana es, antes que todo, un festival de tradición. Eso lo sabe bien el septuagenario Ismael Escorcía Medina, un artesano que creó, hace más de 50 años, el disfraz del descabezado. Desde entonces, sus hijos y nietos han seguido el legado de la brutal imagen de un hombre que recorre los carnavales sin cabeza, pero con mucho en qué pensar.

I

Entre una masa de cuerpos apiñados, siempre se cuele una fisura. Es una grieta por donde se puede pasar intentando, cual hombre sobre la cuerda floja, no tener que recuperar el equilibrio con la mano apoyada en la espalda transpirada de algún espectador de dos metros de alto, tocado con una máscara de mono. Antes de transgredir esta barrera humana, Steven Escorcía, ayudado por su primo Wilfrido, se coloca el armatoste de varillas y goma espuma, la camisa de varias tallas más grande, un pantalón y saco a rayas blancas y negras y una corbata azul y roja. A mitad del desfile del Carnaval de los niños, saltándose esa barrera de gente apretujada, la irrupción de Steven, de 13 años, abofetea la percepción. No inicia la parada como el resto de los infantes, desde el comienzo, sino justo cuando el punto más álgido está por llegar.

Después del paso de uno de los grupos, carnaladas, alimentado por pequeñas finamente

acomodadas con vestidos de tul rosa y lentejuelas, quienes ejecutan graciosos malabares con coquetas sombrillas amarillas, queda en la calle una morbosa estela. Una figura de un hombre niño decapitado, de poco más de metro y medio de alto, se tambalea de un lado al otro, casi cayéndose con cada paso y blandiendo al aire un machete rojo. Su otra mano sujeta una cabeza, sonriente y desproporcionada, y al final del cuello sólo sobresale un muñón ensangrentado.

En cada pisada, Steven se va sumiendo más en su caracterización del Descabezadito. Y así, mientras el desfile dobla la calle y pasa frente a la Casa del Carnaval, y el Rey Momo infantil se desvive en sonrisas con su fulgurante smoking plateado, y una niña de la Escuela Superior La Normal, con botas atigradas y maquillaje felino, recibe atención paramédica..., así y nada más, el joven sigue, dentro de su feroz aspecto, desollando la normalidad de un evento para infantes.

El Carnaval de los Niños se realiza justo el domingo antes del Carnaval de Barranquilla. Desde 1992, se lleva a cabo y circula a todo lo largo de la calle 53. La cita congrega a infantes y adolescentes entre 2 y 15 años de edad, pertenecientes a más de 200 agrupaciones de distintos planteles educativos de la ciudad. Llenos de plumas, escarcha, ropas vistosas, representaciones curiosas y sombreros brillantes, marchan alentados por juiciosos padres que no dejan ni un segundo de soltar una orden –disfrazada de suge-



G.M.

El artesano Ismael Escorcía Medina creó en 1953 el disfraz del Descabezado, que ahora es un legado familiar. La sede del disfraz está ubicada en su casa de El Santuario, un barrio popular de Barranquilla.



G.M.

El Descabezado alude a la violencia sangrienta que vivió Colombia a mediados del siglo XX, producto de los enfrentamientos entre liberales y conservadores.

rencia— muy propia de estas fiestas: ¡Baila, baila!

Cuando el Descabezadito se filtra entre los participantes, cientos de niños impecablemente ataviados de una ternura glaseada y en actitud de Broadway, hace saltar risas en algunos y genera contracciones intestinales en otros. Un hombre lo llama para presentárselo a su esposa, una chica de 25 años que se lleva las manos a los ojos, se deshace del brazo del marido y sale corriendo, horrorizada por la imagen. Una anécdota para que Steven la recuerde, el día siguiente, con carcajadas.

Al final, cuando un embudo de cuerpos cada vez más amontonados hace suponer que la parada ha terminado, Steven es atajado por su primo y mentor, Wilfrido Escorcía Camargo. A sus 15 años, un conocedor de fondo del Descabezadito y participante del Carnaval formal de Barranquilla. “Desde los cinco años salgo con el disfraz. Ahorita estoy en décimo grado y, cuando se enteraron de la cosa del personaje, los compañeros ya no me llaman por Wilfrido, sino ‘descabezado’. Ellos me dicen: “Oye, desca... Ahí viene el desca”, deja saber y Steven asiente, como quien vive lo mismo, pues su primo es ahora su maestro. “Hasta los profesores me maman gallo: ‘Pilas con Matemáticas que te voy a descabezar o estás descabezado en Sociales’”. Ya Wilfrido, el “desca”, adolescente al fin, no se viste para el Carnaval de los niños, aunque su legado,

sin lugar a dudas, sigue desfilando en la interpretación nada mutilada de Steven.

109

II

Horas antes, bebiendo un café muy dulce y tinto, Wilfrido Escorcía Salas, padre de Wilfrido, habla, muy diligentemente, sobre el mensaje del Descabezado. Su discurso —sí, discurso, con todas las de la ley— es veloz. Mueve sus manos con gestos firmes y, como un ideólogo serio, plantea sus puntos de vista. “De repente, compañero, la gente en algún momento lo vio como una apología a la violencia, pero no. Nosotros estamos impulsando un ‘no’ rotundo a la guerra”.

El motivo y origen del Descabezado es representar una visión simbólica de la violencia en Colombia, especialmente la que empapó de sangre el interior del país a mediados del siglo XX, cuando los enfrentamientos de liberales y conservadores se convirtieron en una fábrica de asesinatos entre coterráneos.

“Cuando estaba muchacho, no le hacía mucho caso al carnaval, compañero. A pesar del entusiasmo del viejo”, manifiesta Wilfrido y, aunque luego admite que ha llevado, desde 1965, ese traje caluroso y pesado, siempre en la Batalla de Flores—marcha cumbre de las festividades carnestolendas—, se puede percibir en el ambiente las pocas ganas que tiene de referirse a los aspectos técnicos y operacionales. En cambio, la

charla política, vinculada necesariamente con el disfraz, lo apasiona.

“En algún momento, dentro de mis inquietudes juveniles, pensé que el carnaval era un medio del gobierno para distraer al pueblo”. Así era antes de percatarse del carácter simbólico del personaje del Descabezado. “Es un gesto para esos compañeros que están en la miseria, que no tienen techo ni posibilidades de empleo. En este momento, donde tú te metas, tanto colombianos como venezolanos, peruanos, ecuatorianos y el resto del continente, no tenemos ni para el bus. ¡Aquí el pueblo hermano latinoamericano está des-ca-be-za-do! Es más, nos encantaría llevarle el personaje al presidente de Venezuela, Hugo Chávez, siempre dentro de un marco cultural...”.

Luego de la tormenta viene la calma y Wilfrido bebe un poco de tinto café y se relaja —se recoge, mejor dicho—. Por otro lado, el Descabezado también representa un activo intangible para su familia, algo no menos pasional que sus visiones de la realidad latinoamericana. “Esto para nosotros es un patrimonio. De hecho, con esa idea, además de una consigna para defender a los actores del carnaval, llegué a ser presidente de la Asociación de Grupos Folklóricos. Yo soy el representante legal, notariado y todo, del Descabezado... mi viejo escribió: ‘Mi hijo Wilfrido Escorcía Salas, en caso de que yo fallezca, se queda con la tradición’”.

III

El Santuario es el nombre de un barrio popular de Barranquilla que se encuentra a un lado de la avenida Murillo, en el suroccidente de la ciudad. Sus casas son similares, la mayoría no exhibe más que un corto porche y una fachada lisa y pintada de colores vivos. Pero, una de las construcciones hace gala de una identificación irremplazable. “Bienvenidos a la sede del Descabezado”, se puede leer en el cartel ilustrado con la figura del hombre del machete.

Al dejar atrás el marco de la puerta, un salón de estar muy pequeño le hace ver al visitante que la escasez de espacio no es razón para una decoración austera. De las paredes penden machetes con filos impregnados de pintura roja, retratos familiares, fotografías de las distintas etapas del disfraz decapitado, casi una decena de artículos de prensa y, por el suelo, arrumados en las esquinas, bustos de muñecas calvas y sonrientes, de miradas perturbadoras, artilugios incomprensibles de metal y cabezas, varias cabezas gigantes hechas de yeso. Una de ellas se asemeja al pibe Valderrama, otra al actor de la telenovela colombiana Pedro El Escamoso.

Una tercera simula un rostro pálido con ojos verdosos de lentejuelas, bigotillo ralo y blanquinegro. Su mirada, ingenua y de piñata, pareciera seguir la pared donde un retrato de Jorge Eliécer Gaitán, el líder liberal colombiano asesinado en 1948, se apoya sobre la frase: “Por la restaura-



G.M.

Las cabezas son elaboradas con yeso y representan personajes famosos de la cultura colombiana, como el futbolista Carlos 'El Pibe' Valderrama.

112



F.M.

Ismael Escorcía inventó el disfraz inspirado en tres temas fundamentales: la cultura del carnaval, los espantos y el caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán.

ción moral del país... ¡A la carga!”, escrita a mano sobre un pedazo de papel.

Los ojos idealistas y creativos de Ismael Escorcía Medina, de 77 años, autorretratado en esa figura de yeso en el piso, también miran desde una esquina de la habitación. Sin muchos rodeos, Ismael, padre de Wilfrido Escorcía Salas, artesano y pintor de automóviles, hace notar su fanatismo hacia tres temas fundamentales: los espantos, la cultura del carnaval y Gaitán. Sobre esos pilares, inventó el disfraz del Descabezado.

“Cuando era un niño vivía en una población muy pequeña, llamada Calamar. Allá, a los nueve o diez años, uno podía irse de curioso a ver qué arrastraban los pescadores del río Magdalena y, para la sorpresa de uno, a veces sacaban cuerpos con la cabeza *mochá*”. De esa historia consigue Ismael el antecedente más lejano de la concepción de su disfraz.

“En el momento en que matan a Gaitán, en 1948, esta situación de violencia entre hermanos colombianos se agravó... Yo sé que, a veces, nuestro Señor nos da 'algo', es decir, aquello que llaman talento y que algunos lo utilizan y otros no. Entonces, yo me puse a pensar, carajo, que yo debería hacer algo que transmita lo que yo vengo viendo”.

En 1953, trabajando en las horas de almuerzo, pues para el momento se desempeñaba como pintor en una empresa pública, elaboró el traje

del Descabezado. Pencho, un compañero de labores de generosas proporciones, aportó un pantalón. Otros amigos le ayudaron con el resto del vestuario. En el Carnaval de Barranquilla de ese mismo año desfiló por primera vez y el engendro decapitado llamó tanto la atención que hasta por radio anunciaron su paso. El traje era, en ese momento, mucho más sencillo que ahora, pues le ha tomado 50 años crear uno con la comodidad del que usó su nieto en el Carnaval de los niños, hecho de un esqueleto de varillas envuelto por goma espuma.

Dentro de los dispositivos del disfraz que más enorgullecen a Ismael está, además de los bombillos en los ojos, un corazón artesanal que no bombea sangre, sino agua aromatizada. “A base de un sistema de tres mangueras, con un recipiente y un tapón, se puede controlar la salida del líquido. Es un poco difícil explicarlo *hablao*, pero la persona se pone una de las mangueras en la boca y cuando sopla, sale agua por el cuello”. Así, mientras desfila, el portador del disfraz puede mojar a quienes presencian el desfile.

Ahora trabaja con sus hijos y nietos, Wilfrido Escorcía padre e hijo y Steven Escorcía, en una llave de tres generaciones, sosteniendo el curso de la tradición, pero sobre todo dejando colar el motivo principal del personaje. Eso lo atribuye a la buena educación que le dispensó a su familia. “El carnaval representa integración, paz, armonía, fraternidad..., la gente se com-

penetra y no hay distinción. El ejemplo soy yo mismo, aquí vienen niños y ancianos, gente que me visita y quiere estar conmigo. Hay pequeños que se la pasan pidiéndome que les haga un disfraz. Pero eso es en esta época. Los muchachos de antes creían en todo lo que les decían los padres para meterles miedo. Esta mañana oí a un sacerdote diciendo que el diablo le tenía miedo a los niños de ahora... ¿Qué le parece?”. Al salir de la casa, una pequeña de dos años llamada Génesis, vecina de la acera del frente, parece no estar de acuerdo. Toma en su mano piedritas del suelo y las arroja a la imagen del sin cabeza diciendo (en su versión infantil de la palabra “monstruo”): “Motro... ¡Motro!”

La muerte carnavalera

Arturo Mendoza Mociño (México).

Taller de periodismo cultural 2006.

Publicado en la revista *Emeequis*,

Ciudad de México, D.F., 12 de junio de 2006.

La guerra está por venir. María la intuye, la teme. Sabe que la muerte de Carlos Arturo Posada Flores, acribillado por seis sicarios la tarde del miércoles 15 de febrero, desatará la red de la venganza sobre Zona Negra, cerca de Tres Postes.

Viene una matazón grande, insiste María, vendedora de madera y testigo del atentado que ocurrió a las 4:30 de la tarde, a cien metros de su negocio, enclavado al sur de Barranquilla, donde los olvidados de esta ciudad colombiana y carnavalera viven en calles sin pavimentar, sin parques para los niños ni brigadas médicas y donde sobran los tiros y la droga, los delincuentes y los ajustes de cuentas impuestos por Manuel Patiño *Mañecadena*, un mafioso que mataron el año pasado dos sicarios vestidos de mujer.

Sus grandes ojos negros revelan terror. Muestran que no hay consuelo alguno para María. Ni siquiera lo brinda ese versículo bíblico, colgado en medio de sala, que asegura que “por la entrañable misericordia de Dios nos visita el sol que nace de lo alto”. Las palabras de San Lucas son inútiles para dispersar la nube negra de malos presagios que la cerca.

Los ojos de María se nublan de lágrimas por estar viva, porque ella pensó que de su cuerpo manaba sangre y se moría irremediamente aquella tarde en que tres motocicletas montadas por seis sicarios se acercaron al Mazda 626 que conducía Carlos Arturo y lo acribillaron a pesar de tener vidrios blindados.

De nada sirvió esa armadura de cristal ante las balas que zumbaron en el cruce de calle 17 y carrera 38. De nada sirvió tampoco que en la zona operen tres retenes de policía, conocidos en Colombia como CAI (Centro de Atención Inmedita), que realizan inspecciones a todo tipo de vehículos y encararan cualquier delito que se presente.

Nada, nadie, evitó que Carlos Arturo Posada Flores cayera acribillado con *el plomo* de dos pistolas nueve milímetros, una negra y la otra plateada, apunta María. Los seis *manes*, como llaman aquí a todo hombre adulto, cercaron a este vendedor de autos que nació a mil 800 kilómetros de distancia de aquí, en Medellín.

Ya muerto, le arrancaron unos *maletines con plata* y emprendieron la huida, pero atraparon a dos de ellos. Uno, vestido con camisa amarilla, apunta María, tenía unos 37 años, y el otro más joven, de unos 32, llevaba una camisa verde esperanza.

Los dos perdieron el control de la motocicleta roja que montaban y huyeron corriendo, se defendieron de la policía que los perseguía y que los terminó capturando cuando se quedaron sin balas a cien metros de distancia del cuerpo de Carlos Arturo Posada Flores, cuyo cadáver permanece en la morgue de la ciudad sin que ninguno de sus familiares, en la lejana Medellín, lo reclame todavía.

Una canción sintetiza la relación de la muerte con la festividad más importante y célebre de Barranquilla: el carnaval que el 7 de noviembre de 2003 fue designado por la Unesco como Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad:

“Disculpas siempre existen. Bueno, éste es el amor amor.

El amor que me divierte
cuando estoy en la parranda
no me acuerdo de la muerte”.

El psicólogo Patricio García no duda en considerar estos versos como el himno emblemático del carnaval. La síntesis de una cultura. Porque para él todas las culturas son *engañamuertes*. Y este festejo es también, como refieren la también psicóloga Mirtha Buelvas y el melómano Rafael Bassi, el mestizaje de mestizajes, una catarsis social, el disfraz colectivo donde reina la alegría y el desenfado, para olvidarse de la Parca, ¡hasta que crujan los huesos de tanto rumbear!

Por eso, la muerte se pasea por donde quiere en Barranquilla. Y el viernes 17, en La Guacherna, un desfile nocturno que calienta motores y ánimos para lo que serán los cuatro días de carnaval, en la recta final de febrero, la muerte ronronea sin recato a lo largo y ancho de la carrera 44.

Se metamorfosea y se multiplica. Bromea. Baila. Lanza besos. Y se burla siempre de los espectadores ya sea como mosquito del dengue,

como parca, como guerrillero desalmado, como *la bestia extraña*, esa que tiene tenazas de langosta, cola de largatija y fauces de dragón.

Se pierde en las aguas de un río donde cardúmenes de cumbiancheros, toritos, gallinazos, reyes momos y marimondas se pelean por arrancar la mayor cantidad de aplausos y bailes cuerpo con cuerpo.

Un ejemplo de la muerte jocosa es Boli Barreto. Este hombre de 42 años se gana la vida haciendo *trabajo sencillo* en la albañilería. Va todo vestido de negro, con alas de gasa y su disfraz lo coronan esos ojos plateados y relumbrantes que sólo proporcionan los psicodélicos discos compactos. Estos van montados en una careta de cartón del cual emerge su rostro aperlado de sudor y un largo aguijón con el que aterroriza a quien se deje. Es el terrible mosquito del dengue. Por eso silba cada vez que pica y estira la mano, pidiendo monedas, para alejarse con su pícaro zumbido y sangrar a otro cristiano, o para aturdirlo con la nube de ron que altera su andar y silbidos.

Otros vampiros monetarios son Danny Bustamante, Luis Fernando López, Edgardo Muñoz, Edwin Hurtado, Juan Carlos y Joan Barrios, veinteañeros que sueñan con ir a Estados Unidos para presentarse como *Los altaneros de la soledad*. Ellos encarnan a unas parcas con hábitos verde fosforescente que terminan cada uno de sus rezos con un amén y una mano extendida:

“Se tomó un frasco de Baygón

para suicidarse la muchacha y cada vez que se hecha un pedo hace como la cucaracha”.

Sus letanías se empequeñecen por el retumbar de los picós, un enjambre de bocinas que, montadas en un triciclo o en motos, acompañan a las comparsas y vomitan su estruendo en un duelo de potencias voltaicas.

Así, a todo volumen, se escucha esa canción de Tobías Enrique Pumarejo que sostiene:

“Yo les digo a mis amigos
muchachos gocen la vida
si la muerte me llama le digo
déjame gozar amiga”.

Aunque no hay muchas canciones que mencionen a la muerte directamente, explica Bassi, hay quienes afirman que la cumbia surgió como un baile fúnebre, allá en Cartagena, donde esclavos negros unieron los tambores de doble percusión a las flautas de carrizo de los diezmados indígenas para invocar la ansiada libertad que ahora distingue el ritmo y popularidad de la cumbia colombiana.

Antes de que La Guacherna se desplegara por Barranquilla, a las tres de la tarde de ese viernes 17 de febrero, dos días después del asesinato de Carlos Arturo Posada Flores, la muerte lanzó otra dentellada en el barrio La Manga y hurtó la vida a los hermanos Emilio y Nicolás Vargas Colina, de 45 y 43 años de edad, respectivamente. Se convirtió en la sombra del comando de

cuatro sicarios que viajaban en dos motocicletas. Alcanzó al Mazda blanco con placas BAM 423 de Bogotá donde viajaban los hermanos y desató su furia.

A Emilio, los sicarios le pegaron 18 tiros y a Nicolás le dispararon en la cabeza, pero tuvo la fuerza suficiente para salir del coche y tomar un taxi que lo llevó al hospital más cercano donde murió poco tiempo después. Su hijo David, estudiante de medicina, cuenta afuera de su casa, flanqueado por dos amigas, que ese día su papá, un desempleado más en Barranquilla, le pagó su último almuerzo y ese hecho representa para él una señal de la misericordia de Dios.

“Ese día un amigo nos iba a llevar a un lugar para comer un almuerzo fino, pero no fue a la escuela y, cerca de la clínica, me encontré a mi papá y él me pagó un almuerzo sencillo de arroz, un trocito de carne y totumo, así que yo tuve tiempo de ver a mi papá ese día”.

David, de frondoso y moreno cuerpo, con largos cabellos que divide en dos con una recta raya, cuenta lo que fueron aquellos momentos con entereza, sin lágrimas. No titubea ni cuando explica que su mamá, Jacqueline de la Puente, le dijo siempre a su marido que se alejara de su hermano Emilio, abogado de oficio, porque ya había sobrevivido a un atentado el año pasado y porque la herencia maldita de unas tierras en disputa, en la cercana Tubará, sólo traería desgracias a la familia.

El papá de David desoyó a su mujer porque su hermano era su empleador y andaban juntos por todos lados. De hecho, ese viernes se iba a sumar al negocio del día, la venta de una casa en Palmas, otro de los cinco hermanos de los asesinados. Un dolor de estómago salvó de milagro a Milton. Entonces se indispuso, pasó al baño, y Emilio y Nicolás marcharon a su cita con la muerte. Sin él.

Que el doble asesinato haya ocurrido en tiempos de carnaval tiene una innegable explicación para David: “El carnaval no le agrada a Dios porque es una fiesta satánica y demoníaca. Es la celebración de la carne y la invocación del demonio Val, por eso se llama carnaval y el Rey Momo es el príncipe de la oscuridad y la risa, como Satanás. En estos tiempos se desatan fuerzas satánicas”.

El joven deplora que tanta gente se haya alejado de Dios y que no sepa que el carnaval es una celebración diabólica. Por eso, junto con otros integrantes de la iglesia a la que pertenece, realiza *guerras de oración* para salvar el alma de los barranquilleros que se disfrazan y rumbean todas las noches a ritmo de cumbia, puya y vallenato.

Las armas de estos guerreros se velan en círculo y en silencio. Son oraciones que nacen en el corazón de los cristianos. Son palabras que Dios da a la persona para que las rece durante horas y horas. Todas las oraciones son diferentes y todas buscan salvar el alma de los carnavaleros, aque-

llos que, en palabras de Roberto de Castro, ex presidente de la Junta del Carnaval y asesor cultural de la Fundación Carnaval de Barranquilla, siempre están dispuestos a la fiesta en el momento que sea, pues para los barranquilleros hacer una parranda es lo más fácil que hay en la vida.

Así era también para David hasta que, hace seis años, se volvió cristiano y dejó de ser un joven rebelde que no le hacía caso a nadie y llevaba una vida desordenada. El desenfreno acabó cuando sus padres lo llevaron con una psicóloga que era pastora evangelista y ella le preguntó: “¿Deseas aceptar al señor Jesús en tu corazón?”.

Y David dijo que sí y atrás quedaron aquellos días donde participó en el carnaval, como bailarín de la comparsa de La Danza del Garabato, donde la muerte y el diablo toman las almas de los marchantes con engaños y una guadaña, a la que todos los colombianos llaman *garabato*.

“La Danza del Garabato” es una invención de campesinos y todas sus claves responden a tradiciones que evocan los ciclos de la siembra y cosecha. El primero en dirigirla en el Carnaval de Barranquilla fue Sebastián Mesura en el lejano año de 1938, en el barrio Rebolo. Esta pieza representa un duelo circular entre la vida y la muerte. Es un ying-yang donde un hombre, que representa a un caporal, armado con un machete, defiende a cuadrillas de jornaleros, conocidos como garabateros, de la muerte que este año encarnó Eduardo Guzmán Arjona, un espigado



G.M.

La danza del garabato plantea la lucha entre la vida y la muerte. Los garabatos personifican a los esclavos negros que se pintaban de blanco para imitar a los españoles. En carnaval, la vida mata a la muerte.



G.M.

La danza de congo *El Torito Ribeño* es una tradición de la familia Fontalvo. Cada año, antes de desfilarse en la Batalla de Flores, asisten al cementerio, como mandato ritual, para cantar algunos versos frente a los restos de tres generaciones pasadas.

joven enfundado en un traje de esqueleto que esgrime su *garabato* para pescar a sus víctimas.

A Eduardo le divierte su papel y ni se le ocurre pensar cómo será el día en que a él se le aparezca la huesuda. En esta noche de Guacherna, se desplaza en todas direcciones y va arrebatando al caporal los garabateros que le placen. Éstos llevan sus rostros maquillados en rojo y blanco, colores que también simbolizan a la vida y la muerte como el resto de su atuendo: pantalón bombacho negro, con bolsillos y costados rematados con encajes. Todos calzan medias blancas altas y zapatos negros. La camisa es amarilla, con mangas largas y sobre ella portan una pechera adornada y a la espalda una capa roja y corta donde la lentejuela conforma jardines de rosas o playas con palmeras intoxicadas con ron.

David Vargas, hoy como cristiano y severo crítico del carnaval, recuerda que su atuendo lo coronaba un sombrero blanco adornado con cintas de colores y flores que también se repiten en un garabato pintado de blanco y de menor tamaño al que porta la muerte.

Recuerda también el duelo entre la parca y el caporal, el cual se da en medio de choques, saltos, giros, caídas y rodadas por el suelo donde el diablo ayuda a hechizar a los garabateros alejándolos del grupo que marcha marcialmente haciendo figuras de caracolas, culebras, abanicos, túneles y olas en cualquiera de las dos orillas de la comparsa, la de la vida, la de la muerte.

Poco a poco, la muerte diezma a los garabateros hasta que llega el turno del heroico caporal que cae ante los guadañazos que le prodiga la muerte, terminando así el ciclo de la pieza dancística.

De sus tiempos carnavaleros y de los carnavaleros, David resume lapidario: “Todos son unos hipócritas que durante cuatro días cometen todos los excesos y después se ponen una cruz de ceniza en la frente para tapar los pecados que hicieron”.

Y va más lejos: una Barranquilla sin carnaval tendría menos violencia, menos apuñalados, menos atropellados, menos muertos.

En Barranquilla viven, según el censo del año 2000, un millón 549 mil 197 habitantes. Es la cuarta ciudad de Colombia por su población y no sólo es célebre por su carnaval sino también porque aquí Gabriel García Márquez forjó sus armas periodísticas y literarias.

La máquina *Underwood* donde escribió su primera novela, *La hojarasca*, se exhibe en el Museo Romántico y en La Cueva, la cantina donde se reunía con sus amigos, tan mamadores de gallo como él, se puede encontrar un cartel de advertencia de aquella época:

“Señora:

Si no quiere perder a su marido.

No lo deje ir a “La cueva”

Centro de intelectuales y cazadores.

Situado en la carrera 43, calle 59, esquina Barranquilla-Teléfono No. 19-813”.

Allí también está *El Heraldo* de Barranquilla, donde el premio Nobel de Literatura, publicó sus primeros textos periodísticos y donde se ha consignado la estela de muerte de cada carnaval realizado en Curramba “La Bella”, como se le apoda cariñosamente a la ciudad.

En 2004, consignó el diario, murieron 18 personas. Un año después nueve personas perecieron en los cuatro días de carnaval. En 2006, como escribió el reportero Juan Alejandro Tapia, hubo 17 muertes violentas en la ciudad informó el Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses, a donde fue trasladado el cuerpo del medellidense Carlos Arturo Posada Flores.

“Desde el viernes a las 6 de la tarde hasta ayer a la misma hora fueron cometidos seis homicidios con arma de fuego, una persona perdió la vida por golpes con un garrote, otra fue asfixiada, una más murió al caer de un puente cuando se encontraba en estado de embriaguez y un niño se ahorcó en el municipio de Malambo”, escribió Tapia el miércoles 1 de marzo, miércoles de ceniza, fin del carnaval.

Buena parte de los muertos de este año perecieron en accidentes de tránsito. Juan Isaac Llanos, director local de Medicina Legal, y Rafael Parra Garzón, comandante de la policía, atribuyeron los accidentes al consumo de alcohol.

Así perecieron: Alfredo Navarro D'anetra, de 30 años, al chocar contra un camión cuando ma-

nejaba un automóvil Corsa en la Circunvalar entre carreras 38 y 46.

El infante de marina Víctor Rodríguez Barrios, arrollado por un camión de basura en la Circunvalar con calle 30 cuando viajaba en un bicitaxi.

Jairo Enrique Lara, de 41 años, supervisor de una empresa de vigilancia, al chocar en una moto contra un poste de energía localizado en la Vía 40 con 64.

Abel Pérez Serrano, de 24 años, quien conducía una moto y colisionó contra un separador en la Murillo con entrada a la Terminal de Transportes.

Mónica del Carmen Oliveros Sanguino, de 36 años, ama de casa, y William Grimaldo Ayala, de 42 años, quienes se desplazaban en dos motocicletas que chocaron en la calle 30 con carrera 6B.

Y Ramón Orozco Padilla, de 72 años, atropellado por una moto en la calle 17 con carrera 8.

Las otras muertes de esos días carnavaleros no dejan de estar marcadas por el azar y el odio: en Manatí, calle 9 con carrera 7, murió el jornalero Roberto Antonio Jiménez Cuello, de 54 años, como resultado de los golpes que le dio con un garrote su hermano Jaime Jiménez, de 44 años, quien fue detenido por la Policía.

El celador Iván Manuel Vargas Figueroa, de 27 años, fue alcanzado por un proyectil cuando un amigo manipulaba un arma en el patio de una casa del barrio La María, en Soledad.



G.M.

La muerte, burlona e irreverente, recorre la Vía 40 en la Batalla de Flores, amenazando con segar la vida de los garabatos y el público.



G.M.

A orillas del río Magdalena, algunos quedan rendidos por el cansancio después de cuatro días de excesos.

También, muertos por bala, resultaron Armando Díaz Gutiérrez, de 52 años, impulsador de planes para teléfonos celulares, en la carrera 38 con calle 71 de Barranquilla

Y Ricardo Patiño Correa, de 26 años, y Juan Jesús Vega, de 18, durante un tiroteo en la calle 21 con carrera 35, barrio San Roque.

Orlando Santamaría Santamaría, de 48 años, vendedor de chorizos, fue alcanzado por una bala perdida.

En Malambo, el niño Luis Miguel Benítez Barreto, de 13 años, se ahorcó en circunstancias que son investigadas por las autoridades, finaliza su nota Tapia.

El mayor José Bolaño, vocero de la policía de la ciudad, apunta que, lejos de lo que cree cualquiera, durante el carnaval no se disparan los índices delictivos porque la ciudad entra un limbo, todo mundo está en fiesta y la gente duerme poco. Niega rotundamente las afirmaciones de varios barranquilleros que aseguran que en algunos carnavales los narcotraficantes, disfrazados y festejantes, se mataban entre sí, aunque esta leyenda urbana compite ahora con la del incremento de asesinatos de mujeres por parte de celosos maridos. El policía ni lo niega, ni lo confirma.

Lo que no rechaza este hombre de 34 años, que cursó estudios en negociación de rehenes y resolución de conflictos en Israel y que decidió convertirse en policía cuando apenas tenía nueve años, tras la muerte de su padre y hermana por

un atentado realizado por el narcotráfico en la Sierra de Magdalena, es que el carnaval es una época propicia para la infidelidad.

En su oficina de tenues paredes verdes, ubicada en el Comando Central, despliega su inseparable y seductora sonrisa y recomienda pícaro: “Si el carnaval te quieres rumbear al nido tienes que llegar”.

Sí, el sexo es la vaina más linda, insiste Bolaño.

Bolaño, católico creyente, divulgador del Evangelio, aunque no beato, aclara, se asume también como parrandero y mamador de gallo. Su vida, una suma de cajas chinas, se desdobra para revelar otras facetas: la del periodista y la del memorioso porque Bolaño estudió periodismo y sabe muy bien cuáles fueron los asesinatos más célebres de Barranquilla, aquellos que nadie olvida, aquellos que demuestran que en estos días de euforia todo puede suceder.

El policía acomoda su delgado cuerpo y hunde su afilada nariz en sus recuerdos. Evoca el año de 1984. Un estudiante de medicina de noveno semestre llamado Miguel Ángel Socarroz mató en la madrugada del lunes de Carnaval a tres mujeres. ¿Su arma? Una tranca de madera. Se dice que, ahora en libertad, el asesino regresó a Barranquilla. Bolaño tampoco desmiente esta versión, pero apunta su memoria y su relato hacia otra dirección, hacia la novela que Alberto Duque López escribió sobre los hechos.

En *El pez en el espejo*, editado nueve meses después de ocurridos los hechos, Duque López detalla cómo tres generaciones de mujeres, la abuela, la tía y la nieta, terminan siendo un amasijo de huesos y tendones y nervios y músculos destrozados por parte de Sebastián, un chico de 24 años, alto, atlético pero retraído, que leía la Biblia con ellas al caer la noche.

La novela es un espejo destrozado, una polifonía donde se entremezclan las voces y los recuerdos del asesino y sus víctimas cuando estaban vivas y cuando, ya muertas, ellas mismas presencian y comentan cómo terminan desfigurados y sangrantes sus cuerpos y cómo reaccionan los vivos ante sus cádaveres:

“(...) Sintió asco, se incorporó y entonces siguió hasta el final del corredor y tropezó con el cuerpo de Margarita, atravesado como una barrera (Pensé que no me verías, papá, pensé que el dolor y el asco por haber encontrado a la abuela en ese estado lamentable no te dejarían mirarme en esta oscuridad que cada vez es peor a pesar del sol que está calentando allá afuera, pensé que no me verías), tropezó y se agachó. La miró con lágrimas y pensó: No me imaginé que doliera tanto la muerte de un hijo, que doliera tanto como la muerte de una madre. Le pasó la mano por el pelo untado de sangre y una sustancia blancuzca. Pensó: ¿Semen? El vómito era inatajable. Aguantó las ganas y volvió a mirar el cuerpo que estaba doblado, como defen-

diéndose de los golpes. También tenía los huesos de los hombros quebrados y asomados por la piel tumefacta”.

Margarita, la joven asesinada, canta, a manera de despedida, un bolero que sostiene que los vivos, y quizás también los muertos, son un sueño imposible que busca la noche.

Aunque la abuela tenía por costumbre contar todas las noches los billetes que había ahorrado, el joven asesino no se llevó nada consigo. Mató sin razón y huyó hacia Cartagena. En una página de internet, el escritor costeño Ramón Illán Bacca critica la novela y afirma que, como el autor publicó la novela antes del juicio al asesino, no registró las audiencias en la que uno de los abogados se desmayaba por insuficiencia de azúcar, y éste era atendido con puñados de caramelos por un ejército de enfermeras uniformadas con tocas blancas. Ni tampoco registró la presencia de los locutores de las cadenas radiales que transmitían el juicio, mientras preguntaban al público si el debate tenía “cañamazo jurídico”. En la plaza, la gente daba su versión de lo que en realidad había ocurrido.

“Tales lances le hubieran enriquecido el tema”, escribe Illán Bacca. “A lo último, hubo vasos comunicantes entre la novela y la realidad. Uno de los abogados leyó partes de la novela de Duque López en el juicio, y el acusado amenazó al autor porque, según él, había ofendido a su mamá. Un entreverarse entre novela y realidad”.

La relación muerte-carnaval tiene otro capítulo escalofriante. Hacia 1992, señala Bolaño, el memorioso: Un hombre llega a un establecimiento de salud. Iba muy golpeado. Dice que lo trataron de matar en la Universidad Libre, sede Centro.

Tras la denuncia, la policía descubrirá los cuerpos de once recicladores, chatarreros les llaman también en Barranquilla, a quienes dieron muerte los celadores de la universidad para vender sus cuerpos a los estudiantes de medicina.

“Los recicladores son gente sin familia que recogen materiales en desuso para venderlos”, comenta el oficial. “Nunca se supo desde qué año sucedían los asesinatos. Tampoco los estudiantes preguntaban de dónde venían los cuerpos. Y quizás no se hubiera sabido nunca si este hombre, inteligentemente, no se hace el muerto tras ser golpeado por una tranca y después huir y contar la historia”.

Hoy todos, con humor negro, llaman al plantel *Unitranca*.

El lunes 27 de febrero, casi dos semanas después de su muerte, familiares de Carlos Arturo Posada Flores llegan a la sede del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses y ponen fin al limbo en el que estuvo su cuerpo y se lo llevan.

Allí nadie proporciona informes hasta después de que acabe el carnaval, ese otro limbo de festejos, juergas y olvidos. En la policía también hay hermetismo porque el caso está en investi-

gación. Sólo se sabe que los hombres detenidos el 15 de febrero están en la Cárcel Distrital del Bosque y que se llaman Miguel Angel Portillo Pallara, de 31 años, y José Carmen Amaya Quintero, natural de Ciénaga, Magdalena. Los dos iban a bordo de la Suzuki TS125 Placas FBJ93.

Quien informa que el cuerpo de Carlos Arturo ya se encuentra en Medellín es Emilio Álvarez, carroceros de la Funeraria Remanso. Lleva 14 años en el negocio y en esta tarde de martes 28, último día de carnaval, sonrío al preguntársele sobre su trabajo.

“Siempre hay un servicio, aún en carnaval”, afirma este hombre de menuda estatura y ojos vivaces. “Aunque ahora hay menos muertos que antes, no falta el asesinato por arma de fuego o el muerto por accidente de tráfico. Siempre hay trabajo”.

Por servicio cobran 800 mil pesos. Eso incluye velatorio, preparación del cuerpo y traslado. Trabajan por turnos de 24 horas. Y, en el traslado de Carlos Arturo, informa, cobraron dos millones y medio de pesos.

“Eso cuesta llevar un cuerpo hasta Medellín”, añade. “Se hace una preparación especial para que el cuerpo dure 15 días. Yo sé que ayer se lo llevaron y, seguramente, ya debe estar allá. Son 18 horas de camino”.

Esos traslados son la parte más jugosa del negocio, admite. Cuenta que mensualmente la funeraria para la que trabaja reingresa 15 cuerpos

del extranjero. Siempre con una tarifa especial. Si los cadáveres provienen de los Países Bajos o Estados Unidos se cobran cinco mil 600 dólares por servicio.

De pronto, Emilio decide callar y remata la conversación: “Es delicado, marica, mejor ve con aquella chica porque ella te contará sobre la vendetta de dos familias y porque estoy esperando su muertito para llevarlo a preparar pal’entierro”.

“Aquella chica” es Eli Sehuán y está en *shock*. A sus 23 años es viuda y madre de dos pequeños. Una pariente suya le ahorra el dolor de las palabras y entonces ella se ensimisma al escuchar que el domingo 26 en San Roque, en el cruce de calle 21 con carrera 35, José Manuel Gómez dio muerte a Ricardo Patiño. En la cabeza de Eli resuena todavía la bala que entró al ojo izquierdo de su esposo.

Las dos mujeres afirman que José Manuel Gómez debe ya varias muertes y que debería ser capturado por la policía. Exigen justicia y quieren que las balas dejen de marcar el ritmo de la vida y la muerte en su barrio, un lugar tan violento como aquel donde fue acribillado Carlos Arturo Posada Flores.

Quienes delinquen, como los sicarios, tienen una virgen a la cual encomendarse. En Barranquilla, la ayuda mística recae en *Los niños en cruz*, un conjuro que está creciendo en los sureños barrios marginales, aquellos que se rigen bajo la ley de la pólvora.

Esta *aseguranza* permite a quien lo porta ser invisible en las persecuciones, inmune a las balas y dar billetes falsos con cualquier trozo de papel, la clave para que el hechizo funcione y no se descubra radica en no recibir el cambio porque así se descubrirá que el burdo papel no es en realidad un billete.

La ceremonia del culto es de origen campesino y se realiza primero con rezos y el entierro de un huevo de ave negra. Luego se hace una incisión en forma de cruz en la muñeca o en el brazo y se introducen dentro de ella diminutos crucifijos de oro para después coser la herida. Aquellos que tienen *niños en cruz* en su brazo adquieren una fuerza descomunal en éste y otros poderes como la invisibilidad y la inmortalidad. Es por ello que los que recurren a esta *aseguranza* y delinquen pueden huir de la justicia y no morir porque las balas pierden su poder letal.

Mirtha Buelvas, psicóloga social, explica que ese rito no es el único que converge en esa mezcla de culturas y creencias esotéricas que es el Carnaval de Barranquilla porque también, el último día de la celebración, se puede apreciar otro sortilegio: la quema de la muerte.

El miércoles de ceniza arden todos los disfraces para que la muerte no alcance a quienes los portaron porque aquí, al último rostro, insiste Buelvas, se le respeta mucho porque se le ve como la antesala de un mundo distante y mágico. Los integrantes de las Danzas de Congo, por

ejemplo, visitan las tumbas de los integrantes fallecidos de la comparsa para pedirles protección durante estos días. Antes de la Batalla de Flores, el sábado de carnaval, van al camposanto para que los compañeros muertos dancen de nueva cuenta con ellos como espíritus protectores en estos días de frenesí.

El que de plano no recibirá ayuda alguna, rezo o conjuro para evitar su muerte será Joselito Carnaval, cuyo deceso, según Pedro Ramayá Beltrán, suena a ritmo de flauta de millo, tambores y maracas. El cumbiambero de Barranquilla ha compuesto una pieza que pone a bailar a cualquiera por la cadencia de música y sus versos sencillos:

“Barranquilla fue la novedá, murió Joselito Carnaval. El tanatorio ya estaba listo para el velorio de Joselito”.

Joselito está condenado a morir y resucitar todos los años. Como el carnaval mismo. Él fue un cochero rumbador cuya identidad se ha perdido en la noche de los tiempos. Se sabe en cambio que, como tantos hombres de la ciudad, se le perdió a la mujer durante todo el fin de semana que dura el carnaval.

Melanie, una joven que corea todas las canciones y comparsas que desfilan en La Guacherna, comenta que Joselito Carnaval morirá el últi-

mo día de los festejos, antes del miércoles de ceniza, para que marque el fin de la festividad.

Su deceso lo lamentan todas sus mujeres, catedrales y capillitas, embarazadas y solteritas, todas aquellas que enamoró con sus promesas y galanterías. Sólo que esa parvada de viudas son hombres disfrazados de mujer llorona.

En una especie de mea culpa de género, las viudas acompañan al féretro, patalean, moquean, gritan, se desmayan en pleno cortejo y Joselito revela con su muerte lo que fue su vida pendenciera: tabaco y ron y mujeres a montón durante el carnaval y durante todos los días y noches del año.

Lloran también la muerte del carnaval y mañana, como todos los católicos del mundo, lucirán una cruz de ceniza que los mantendrá en recato, 40 días de sacrificio, a dieta de pescado y verdurillas como un conjuro ante los excesos de la carne.

Y allá va el cortejo fúnebre, con ritmo vibrante y lágrima fingida. Al fondo del ataúd que cargan ya no hay cadáver, aquel muñeco de trapo de otros carnavales, el amigo fingiendo ser Joselito. Sólo está un espejo que refleja el rostro de quien se asome para encontrar la muerte que lleva sus mismos ojos y labios. La muerte propia. La que espera paciente a todos.

Carnaval a ojos de Perro (fotoensayo)

Fernando Mercado Santamaría (Colombia).

El Heraldó, Barranquilla.

El Carnaval es una alegría desbordante y contagiosa que se manifiesta en quienes participan en los desfiles y las distintas actividades; y en el público, que también debe portar ese sentimiento que podríamos decir es una epidemia. Y es que como dice el lema de estas fiestas: ¡¡¡Quién lo vive (y a veces hasta quien lo muere) es quien lo goza!!!



Un grupo de letanías, que recitan versos que parodian los rezos de la iglesia, repasan sus burlones libretos antes del desfile de la Batalla de Flores.



‘El rey de los gallinazos’.



Los disfraces de las comparsas, fantasía afrocaribeña.



Telas que brillan al sol y rostros maquillados que sonríen.



La exageración del carnaval, unas gafas gigantescas.



La exageración del carnaval, un sombrero 'vueltaio'.



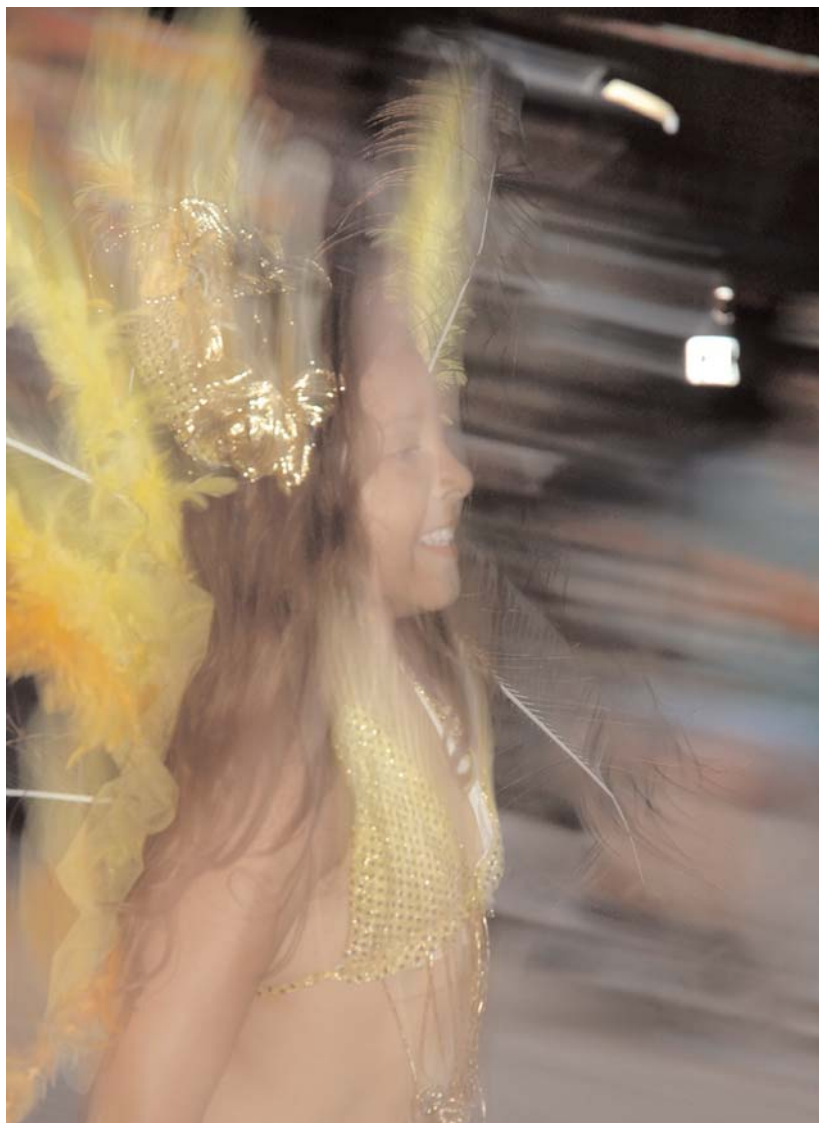
“Shakira en el carnaval”.



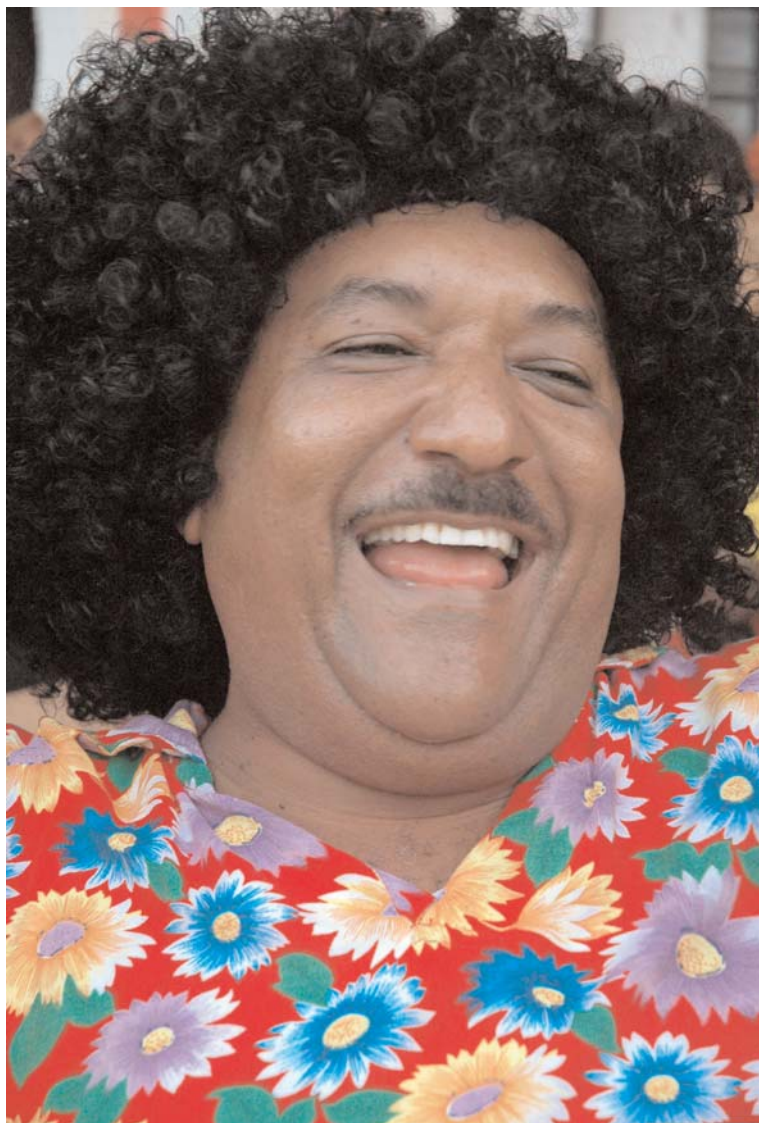
La imaginación del carnaval, un fauno danza para la cámara.



Un gorila con gafas.



El Carnaval de los Niños.



La alegría del disfrazado del carnaval.



La danza *El Torito Ribeño* en el Cementerio Calancale.

Este libro se terminó
de imprimir en noviembre de 2006
Caracas – Venezuela
La presente edición consta
de 1.000 ejemplares